

IRENE NEMIROVSKY

DAVID GOLDER



XII-e
2076

IRENE NEMIROVSKY

860-31 (866) NEMIROVSKY

1434

DAVID GOLDER

(NOVELA)

TRADUCCION DEL FRANCÉS DE

J. CAMPO MORENO

9633 MAR 1993

004204-J



M. AGUILAR. EDITOR. MADRID

MARQUÉS DE URQUIJO, 39

1930

ES PROPIEDAD

Tip. Yagües. -- Plaza del Conde Barajas, 5.

CAPITULO PRIMERO

—¡ No !—dijo Golder.

De pronto levantó la pantalla, de modo que toda la luz de la lámpara le diese en la cara a Simón Marcos, que estaba sentado frente a él, al otro lado de la mesa. Contempló un momento los pliegues, las arrugas que surcaban la alargada cara morena de Marcos en cuanto movía los labios o los párpados, del mismo modo que se arruga un agua oscura agitada por el viento. Pero sus ojos pesados, medio dormidos, de oriental, permanecían tranquilos, aburridos, indiferentes. Una cara impenetrable como una muralla. Golder bajó poco a poco la varilla de metal flexible que sostenía la lámpara.

—¿A ciento, Golder? ¿Has calculado bien? Es buen precio—dijo Marcos.

Golder repitió :

—No.

Y dijo además :

—No quiero vender.

Marcos se rió. Sus dientes, largos, relucientes, incrustados de oro, brillaban de un modo extraño en la sombra.

—¿Cuánto valían tus famosas petrolíferas cuando las compraste en 1920?—preguntó con su voz gangosa, irónica, que arrastraba las palabras.

—Compré a cuatrocientos. Si esos cochinos de Soviets hubieran devuelto a los petroleros los terrenos nacionalizados, hubiese sido un buen negocio. Tenía a mis espaldas a Lang y a su grupo. En 1913, la producción diaria de Teïsk era ya de diez mil toneladas... Sin exageración. Después de la Conferencia de Génova bajaron mis acciones, de cuatrocientos a ciento dos; bien me acuerdo... Luego... (Hizo un ademán indefinido.) Pero las conservé... En aquel tiempo había dinero.

—Sí. Ahora... ¿te das cuenta de que en 1926, y en Rusia, los terrenos petrolíferos son para ti una porquería? ¿Eh? No tienes medios ni intenciones de ir allá para explotarlos personalmente. ¡Digo, me parece a mí!... Lo que se puede hacer es ganar algunos puntos, creando oscilaciones bursátiles... Ciento es un buen precio.

Golder se frotó un buen rato sus párpados hinchados, irritados por el humo que llenaba la estancia.

Volvió a decir en voz más baja :

—No, no quiero vender. Sólo venderé cuando la Tübingen Petroleum haya concertado ese convenio en que tú piensas.

Marcos pronunció algo como un «¡ Ah, sí! » ahogado, y no hubo más. Golder dijo lentamente :

—El negocio que llevas a mis espaldas desde el año pasado, Marcos ; ese mismo... ¿ Te ofrecían un buen precio por mis acciones en cuanto se firmara el convenio ?

Calló, porque le palpitaba el corazón casi dolorosamente, como después de cada triunfo. Marcos aplastó poco a poco su cigarro contra el cenicero, lleno ya de colillas.

—Si dice que a repartir—pensó de pronto Golder—, es que está perdido.

Bajó la cabeza para oír mejor.

Hubo una pausa breve y luego dijo Marcos :

—¿ Jugamos a medias, Golder ?

Este apretó las mandíbulas.

—¿ Qué ? ¡ No !

Marcos murmuró, bajando las cejas :

—No conviene tener un enemigo más, Golder. Ya tienes bastantes.

Sus manos oprimían la madera de la mesa y se movían débilmente, produciendo un leve crujido de uñas, agudo y rápido. Alumbrados por

la luz de la lámpara, los dedos, largos, delgados, blancos, cargados de gruesas sortijas, brillaban sobre la caoba de la mesa estilo Imperio, y temblaban un poco. Golder se sonrió.

—Ahora no eres temible, chico...

Calló un momento Marcos y contempló sus pintadas uñas.

—David... ¡a medias!... ¿Eh?... Hace veintiséis años que estamos asociados. Pasemos la esponja, y empecemos otra vez. ¡Si hubieras estado aquí en diciembre, cuando me habló Tübingen!...

Golder retorció nerviosamente el cordón del teléfono y se lo enrolló a la muñeca.

—En diciembre...—repitió haciendo un gesto—. Sí... Eres muy bueno... pero...

Calló. Marcos sabía tan bien como él que en diciembre estuvo en América buscando capitales para la Golmar, la empresa que desde hacía tantos años los tenía unidos como un grillete de presidiario; pero no dijo nada. Marcos prosiguió:

—Aún es tiempo, David... Vale más, créeme a mí... Trataremos con los Soviets, ¿quieres? El negocio es difícil. Partiremos las comisiones y los beneficios... Esto es lo leal, me figuro... ¿Eh, David?... Si no, hijo mío...

Esperó un instante la respuesta: un asentimiento, una ofensa...; pero Golder respiraba tra-

bajosamente y seguía callado. Marcos murmuró:

—Mira, en el mundo hay algo más que la Tübingen...

Tocó el inerte brazo de Golder, como si quisiera despertarlo.

—Hay otras sociedades más modernas y de... de un carácter especulativo — dijo buscando las palabras— que no han firmado el convenio de 1922 acerca de los petróleos, y que se ríen de los antiguos derechohabientes; de ti, por lo tanto... Ellas podrían...

—Hablas de la *Amrum Oil*, ¿no?—dijo Golder.

Marcos rechinó los dientes.

—¿También sabes eso? Pues bien, óyeme, chico. Yo lo siento, pero los rusos van a firmar con la Amrum. Y ahora, ya que te niegas, guárdate tus Teisk hasta el día del Juicio Final y que te entierren con ellos.

—Los rusos no firmarán con la Amrum.

—Ya han firmado—proclamó Marcos.

Golder hizo un ademán.

—Sí, lo sé. Un convenio provisional que tenía que ser ratificado en Moscú dentro del plazo de cuarenta y cinco días. Ayer. Pero como tampoco ha habido nada, una vez más te has preocupado y has venido a probar fortuna conmigo, de nuevo...

Acabó muy de prisa y tosiendo.



—Te lo explicaré. A Tübingen, ¿verdad?, le birló la Amrum los campos de petróleo de Persia, hace dos años. De esta vez me parece que preferiría reventar antes que ceder. Hasta ahora no ha sido difícil; han ofrecido más a ese judío que trataba contigo en nombre de los Soviets. Telefonea, si quieres, y verás...

De pronto Marcos gritó, con una voz extraña y penetrante, como la de una vieja histérica:

—¡Mientes, cochino!

—Telefonea y verás.

—¿Lo sabe... Tübingen?...

—Sí, naturalmente.

—¡Tú eres quien ha hecho eso, canalla infame!

—¡Sí, qué quieres! Acuérdate: el año pasado, en el negocio del petróleo de Méjico, y hace tres años, en el del *Mazut*, ¿cuántos millones se trasladaron de mi bolsillo al tuyo? ¿Y qué dije yo? ¡No dije nada! Además...

Pareció que buscaba argumentos, que se agrupaban en su imaginación, y que, por último, los rechazaba con un encogimiento de hombros.

—¡Los negocios!—dijo sencillamente, como si nombrase a un dios terrible.

Marcos se calló en el acto. Cogió un paquete de pitillos de la mesa, le abrió y rascó una cerilla esmeradamente.

—¿Por qué fumas esta marca, Golder, siendo tú tan rico?

Le temblaban mucho los dedos. Golder los miraba sin hablar, como si estuviera calculando la vida en los últimos estremecimientos de un animal herido.

—Necesitaba dinero, David—dijo Marcos de pronto, cambiando de voz; una mueca brusca le torció una comisura de la boca—. Tengo... tengo muchísima necesidad de dinero, David... ¿No quieres... dejarme ganar un poco?... ¿Te figuras que...?

Golder impelió brutalmente el aire con la frente.

—No.

Vió que sus pálidas manos se trenzaban, se anudaban, entrelazando los dedos, crispados, hundiendo las uñas en la carne.

—¡Me arruinas!—exclamó, por último, Marcos, con voz sorda y desusada.

Nada contestó Golder, que seguía con los ojos bajos. Titubeó su socio; luego se puso de pie y apartó suavemente su silla.

—Adiós, David... ¿Qué?—preguntó de pronto en medio del silencio, con extraordinaria energía.

—¡Nada! Adiós—dijo Golder.

CAPITULO II

Encendió Golder un pitillo, y como desde la primera chupada le quitaba la respiración, lo tiró. Una tos nerviosa, de asmático, ronca, sibilante, agitaba sus hombros y le llenaba la boca de un agüilla amarga que le ahogaba. Sus facciones, habitualmente blancas, de un blanco mate, de cera, con una bolsas azuladas bajo los párpados, se colorearon merced a un aflujo de sangre. Era un hombre de más de sesenta años, enorme, de miembros gruesos y fofos, de ojos de color de agua, vivaces y pálidos, de abundante cabellera blanca, que enmarcaba el rostro atormentado, duro, como amasado por una mano ruda y pesada.

La habitación apestaba a humo y a ese olor de hollín frío, peculiar, durante el verano, de las habitaciones de París que llevan mucho tiempo desocupadas.

Golder hizo girar su silla y entreabrió el balcón. Durante un buen rato estuvo mirando a la Torre Eiffel iluminada. La luz roja, líquida, fluía como sangre sobre el fresco cielo del amanecer... Se acordó de la «Golmar». Seis letras doradas, luminosas, esplendentes, que giraban también, como soles, aquella noche en las cuatro mayores ciudades del mundo. La «Golmar», contracción de los apellidos de Marcos y el suyo reunidos. Apretó los labios: «Golmar... Ahora, David Golder nada más...»

Cogió el taco de notas que estaba al alcance de su mano y volvió a leer el membrete impreso:

GOLDER Y MARCOS

Compra y venta de toda clase de productos petrolíferos. Gasolina para aviación. Gasolina ligera, pesada y mediana. White-spirit. Gas oil. Aceites lubricantes.
NUEVA YORK, LONDRES, PARÍS, BERLÍN

Borró lentamente la primera línea y escribió con su letra gruesa, que agujereaba el papel: «David Golder.» Al fin iba a estar solo. Pensó, sintiéndose aliviado: ¡Se acabó, gracias a Dios! Ahora se marchará... Más adelante, la concesión del Teisk a Tübingen, cuando también él forma-

ra parte de la más poderosa compañía petrolífera del mundo, pondría a flote fácilmente a la «Golmar».

Hasta entonces... Se puso a escribir números rápidamente. Los últimos años, sobre todo, habían sido terribles. La quiebra de Lang, el convenio de 1922... Al menos no tendría que pagar las mujeres de Marcos, ni sus sortijas, ni sus deudas... Ya había bastantes gastos sin él... Todo lo que le costaba aquella vida imbécil... Su mujer, su hija, la casa de Biarritz, la casa de París... Solamente en París pagaba de alquiler sesenta mil francos, y además los impuestos. El mobiliario les costó más de un millón en su tiempo. ¿Y para qué? Allí no vivía nadie. Persianas cerradas. Polvo. Miró con una especie de odio algunos objetos que le inspiraban más odio que otros: cuatro victorias de mármol y de bronce, que sostenían la lámpara; un tintero vacío, cuadrado, enorme, adornado con abejas de oro. Había que pagar todo aquello. ¿Y el dinero? Gruñó encolerizado: «¡Imbécil... me arruinas!... ¿Y qué?... Yo tengo sesenta y ocho años... Que empiece otra vez... Yo he tenido que hacerlo muy a menudo...»

Volvió rápidamente la cabeza hacia el espejo grande que había sobre la chimenea desprovista de adornos. Contempló un momento, contraria-

do, sus facciones descompuestas, pálidas, jaspeadas de manchas moradas; las dos arrugas profundas que tenía a los lados de la boca, como surcos en la carne, como los caídos carrillos de un perro viejo. Gruñó rencoroso: «Envejezco, sí, envejezco...»

Desde hacía dos o tres años se cansaba en seguida. Luego pensó: «Lo primero de todo va a ser marcharme, mañana mismo... Ocho o diez días de descanso en Biarritz, y ¡que me dejen tranquilo, porque si no, reviento!»

Cogió el calendario, lo puso derecho sobre la mesa, apoyado en el dorado marco de un retrato de muchacha; lo hojeó. Estaba marcado con números y nombres, y la fecha del 14 de septiembre, subrayada con tinta. En aquel día le había de esperar Tübingen en Londres. Apenas podría estar una semana en Biarritz, y luego, a Londres, a Moscú, a Londres otra vez, a Nueva York. Dejó escapar un quejido de irritación; miró fijamente el retrato de su hija, suspiró, dió media vuelta y se refregó despacio los doloridos ojos, abrasados por el cansancio. Aquel mismo día había regresado de Berlín, y ya desde mucho antes no podía dormir en el tren, como en otro tiempo.

Se puso de pie maquinalmente para ir al Casino, pero vió que eran ya más de las tres. «Voy a acostarme—pensó—, y mañana, ¡otra vez al

tren !...» Vió colocado en una esquina de la mesa el montón de cartas que tenía que firmar, y volvió a sentarse. Todas las noches leía y releía la correspondencia preparada por sus secretarios. Eran éstos una reata de burros, pero él los prefería así. Se sonrió al acordarse del de Marcos, que era un judío menudo, de ojos ardientes, que le vendió el contrato con la Amrum. Se puso a leer, bajando mucho la cabeza de abundante cabello blanco, que fué castaño en otro tiempo, y en el cual subsistían aún, en las sienes y en la nuca, unos mechones de aquel color cálido, brillante como un ascua medio apagada entre la ceniza.

CAPITULO III

El teléfono, colocado a la cabecera de Golder, prorrumpió en un largo repiqueteo, chillón, interminable. Golder seguía durmiendo; al amanecer le dominó un sueño pesado, profundo como la muerte. Por fin abrió los ojos, quejándose apagadamente, y cogió el receptor.

—¿Quién?

Siguió preguntando con la misma palabra durante unos instantes, sin conocer la voz del secretario. Al cabo oyó:

—Señor Golder... Se ha muerto... el señor Marcos se ha muerto...

Hizo una pausa y a poco volvió a exclamar:

—¿No me oye usted? ¡Que se ha muerto el señor Marcos!

—¿Que ha muerto?—repitió Golder lentamente, sintiendo al mismo tiempo que se estremecía por la espalda—. ¡No es posible!

—Ha sido esta noche... en la calle de Chaba-

nais... Sí... En una casa... Se mató de un tiro de revólver en el pecho... según dicen...

Golder dejó suavemente el aparato sobre las sábanas y le echó la colcha encima, como si quisiera ahogar la voz, a la cual seguía oyendo zumbar como si fuese una mosca prisionera.

Por fin calló.

Golder oprimió el botón del timbre.

—Prepáreme usted el baño—dijo al sirviente, que entraba con el correo y el desayuno—, un baño frío.

—¿Pongo el *smoking* del señor en la maleta?

Frunció Golder, nerviosamente, el entrecejo.

—¿Qué maleta? ¡Ah, sí, que me iba a Biarritz!... Ya no sé... Me iré mañana, en todo caso... u otro día... No sé, no sé...

Refunfuñó por lo bajo, murmurando: «Tendré que ir a su casa mañana... El martes será el entierro, de fijo... ¡Por vida de...!»

El criado, en la habitación vecina, dejaba caer el agua del grifo en el baño.

Bebió Golder un trago de te hirviendo, abrió al azar unas cuantas cartas, lo tiró todo al suelo después y se levantó. Pasó al cuarto de baño, tomó asiento, se cruzó sobre las rodillas los faldones de su bata y miró cómo corría el agua, absorto y malhumorado, trenzando maquinalmente las borlas del cordón de seda del cinturón.

—Muerto... muerto...

Poco a poco se apoderaba de él un sentimiento de ira. Se encogió de hombros y murmuró, contrariado :

—Muerto... ¿Acaso se muere uno?... Si yo...

—Está preparado el baño, señor—dijo el criado.

Al quedarse solo se aproximó Golder a la pila, metió la mano en el agua y la dejó estar. Todos sus movimientos eran lentos, vagos, incompletos. El agua fría le helaba los dedos, el brazo, el hombro; pero él no se movía. Con la cabeza baja miraba estúpidamente el reflejo de la bombilla eléctrica colgada del techo, que brillaba y se movía en el agua.

—Si yo...—repetía.

Renacían en lo más profundo de su ser recuerdos olvidados, confusos, chocantes. Una existencia entera, difícil, zarandeada... Hoy la fortuna, mañana la carencia de todo. Y volver a empezar... La verdad es que si él hubiera tenido que hacer aquello, haría mucho tiempo ya que... Se irguió, sacudió maquinalmente su mano mojada y fué a apoyarse en la ventana, poniendo por turno al calor del sol las manos, que se le quedaron frías... Bajaba la cabeza y decía en voz alta :

—Sí, verdaderamente ; en Moscú, por ejemplo, o en Chicago...

Y su imaginación, torpe para el ensueño, re-

constituía lo pasado en imágenes pequeñas, secas y breves. Moscú... cuando él no era más que un judío joven, flaco, de pelo rojo, ojos pálidos y penetrantes, botas agujereadas y bolsillos vacíos... Dormía en los bancos, en las plazas, durante aquellas oscuras noches, tan frías, de principio de otoño... Al cabo de cincuenta años le parecía sentir aún en la médula de sus huesos la penetrante humedad de las primeras nieblas, densas, blancas, que se le adherían al cuerpo y le dejaban una especie de escarcha tiesa y helada... Luego, las tormentas de nieve; el marzo, el viento...

Y después, Chicago... el modesto bar, el gramófono que gangoseaba y chirriaba un antiguo vals europeo, la sensación de hambre devoradora, en tanto que el olor de la cocina caliente da en el rostro. Cerró los ojos y volvió a ver con extraordinaria exactitud la cara negra y reluciente de un negro borracho o enfermo que gritaba echado en un rincón, encima de una banqueta, con alaridos quejumbrosos, como un mochuelo. Y aun más cosas... Le ardían las manos. Las puso con precaución sobre el cristal, las separó a poco, movió los dedos y se frotó las palmas suavemente una contra otra.

—¡ Idiota !—murmuró, como si pudiera oírle el suicida—. ¡ Idiota ! ¿Por qué has hecho eso?

CAPITULO IV

Golder buscó a tientas durante un buen rato, en la puerta de Marcos, antes de llamar : sus manos, blandas y frías, palpaban la pared sin dar con el timbre. Al entrar miró a su alrededor con una especie de espanto, como si creyese que iba a ver al muerto, ya echado y en disposición de que se lo llevaran. En el suelo sólo había unos rollos de tela negra, y en las butacas del vestíbulo, manojos de flores atadas con cintas de muaré, color violeta y tan largas que arrastraban por la alfombra, con inscripciones de letras doradas.

Cuando volvieron a llamar, después que Golder, y el criado tomó, al través de la puerta entreabierta, una corona grande de crisantemos encarnados, y se la colgó del brazo como si fuera una cesta, pensó aquél :

—He debido enviar flores...

¡ Flores a Marcos !... Se representó su cara tos-

ca, con aquella arruga que le deformaba, y con flores como una novia...

El criado cuchicheó :

—Si el señor quiere esperar un instante en la sala... La señora está junto a... (hizo un gesto vago, de contrariedad) junto al señor, al cadáver...

Le acercó una silla y se fué. En la estancia inmediata había una confusión de voces que producían un rumor ininteligible, misterioso, como el murmullo ahogado de unos rezos ; las voces fueron cada vez más altas. Golder oyó.

—En la primera clase extra están comprendidos el coche fúnebre, con imperial y cinco penachos ; el ataúd de ébano, con ocho asas cinceladas, plateadas, y forrado de raso acolchado. Además, tenemos la primea clase, tipo A, con ataúd de caoba barnizada.

—¿Cuánto?—preguntó una voz de mujer.

—Veinte mil doscientos, con ataúd de caoba, y la primera clase extra, veintinueve mil trescientos.

—No, no. Yo no quiero gastar más de cinco o seis mil. A saberlo, hubiera llamado a otra casa. El ataúd puede ser de roble ordinario, con tal de que esté bien barnizado.

Golder se levantó de pronto. La voz bajó de tono inmediatamente, fundiéndose otra vez en un cuchicheo pesado y solemne.

Apretando convulsivamente entre las dos ma-

nos el pañuelo, que anudaba y retorció, nervioso, entre sus dedos, pensó Golder :

—¡ Qué estúpido es todo esto ! ¡ Ah, qué estúpido !

No encontraba otras palabras... No las había. Aquello era estúpido, estúpido... El día anterior y frente a él, Marcos gritaba, vivía... y ahora... Ni siquiera le llamaban por su nombre : el difunto, el cadáver... Al percibir un olor desagradable que llenaba la estancia, pensó : «¿Será él ya, o será esta porquería de flores?... ¿Por qué habrá hecho eso? ¡Matarse a su edad, como una modista...—murmuró con cierto desdén—por dinero!... ¡Cuántas veces lo perdió él todo y volvió a empezar!... La vida es así. ¡En aquel negocio del Teisk había cien probabilidades contra una de triunfar!—dijo de pronto, en voz alta, acalorado, como si mentalmente se pusiera en el lugar de Marcos—. ¡Y con la Amrum detrás! ¡Qué imbécil!»

Imaginó, febrilmente, distintas combinaciones. «En los negocios no se sabe nunca... a veces hay que dar un rodeo, volverse, roer el hueso hasta lo último ; pero morir... ¿Me harán esperar mucho todavía?», pensó rencoroso.

Entró la viuda de Marcos. Su rostro flaco, con aquella nariz grande, dura, en forma de pico, estaba amarillo y opaco como el cuerno ; sus ojos,

redondos y brillantes, sobresalían mucho bajo las cejas escasas y claras, colocadas de un modo raro, desigual, muy altas.

Se acercó, sin hacer ruido, a pasitos rápidos, apresurados; tomó la mano de Golder y se quedó como esperando algo. El, con la garganta oprimida, no decía nada.

Ella murmuró, con un rechinamiento extraño, parecido a una risa irritada o a un sollozo seco:

—Sí. Usted no podía figurárselo... ¡Qué locura! ¡Qué ridiculez! ¡Qué escándalo! Bendigo al Señor por no habernos dado hijos... ¿Sabe usted cómo ha muerto? En una casa de... con unas mujerzuelas. ¡Como si no bastara con la ruina!—añadió llevándose a los ojos el pañuelo.

El brusco movimiento que hizo colocó a la vista, sobre el crespón del vestido, un collar de perlas enormes, que le daba tres vueltas al cuello arrugado, collar que se agitaba a saltos, como el de un ave de presa vieja.

—Debe tener mucho dinero esta lechuza—pensó Golder—. Siempre nos sucede a nosotros lo mismo. ¡Reventamos a fuerza de trabajar, para que «ellas» se enriquezcan!...

En su imaginación volvió a ver a su propia esposa escondiendo el cuaderno de cheques en cuanto él entraba, como si se tratara de un paquete de cartas de amor.

—¿Quiere usted verle?—preguntó la viuda.

Cayó sobre Golder una oleada de hielo; cerró los ojos y contestó con voz extraña, temblona, sin expresión:

—Naturalmente... si yo...

La viuda de Marcos atravesó sin ruido la sala grande y abrió una puerta. Aquello no era más que una habitación más pequeña, donde estaban dos mujeres cosiendo unas telas negras. Por fin murmuró la dueña de la casa:

—Aquí es.

Golder vió unos cirios que lucían débilmente. Se quedó inmóvil un momento, atontado, y luego, haciendo un esfuerzo, preguntó:

—¿Dónde está?

Ella indicó con la mano el lecho medio oculto bajo un amplio pabellón de terciopelo.

—Aquí. He mandado que le tapen la cara a causa de las moscas... El entierro será mañana.

Sólo entonces le pareció a Golder que reconocía las facciones del muerto bajo la tela. Le miró largo rato, experimentando una impresión extraña.

—¡Qué prisa se dan, Dios mío!... ¡Pobre amigo Marcos!... ¡Qué poca cosa somos así ya!...— pensó confusamente con una especie de ira y de dolor—. ¡Qué porquería!...

Había en un rincón un escritorio americano,

con la tapa levantada; en el suelo estaban tirados varios papeles y cartas arrugadas.

—Algunas cartas mías habrá ahí—siguió pensando Golder.

Tirado en la alfombra, y con la plateada hoja retorcida, vió un cuchillo. Los cajones habían sido violentados. No había llaves en las cerraduras.

La viuda de Marcos sorprendió sus miradas y ni siquiera apartó los ojos. Se limitó a murmurar secamente.

—No ha dejado nada. Estoy sola—dijo en voz más baja y con distinta expresión.

—Si puedo servir de algo...—dijo Golder maquinalmente.

Después de titubear un instante, contestó ella:

—¡ Es verdad ! ¿ Qué me aconseja usted que haga con estas participaciones en la Compañía Hullera ?

—Yo se las compro al precio de coste, aunque usted sabe que no valdrán nada nunca. La Compañía ha quebrado. Pero necesito recoger algunas cartas. Ya se le habrá ocurrido a usted también, ¿ no es cierto ?—añadió en tono irónico y hostil, que ella no advirtió, al parecer.

Contestó bajando la cabeza y retrocedió unos pasos. Golder se puso a revolver papeles en el cajón, ya medio vacío. No conseguía dominar un

sentimiento de indiferencia repentina, amarga y triste.

—Después de todo, ¿qué importancia puede tener eso, Dios mío?...

Y dijo de repente :

—¿Por qué habrá hecho ese disparate?

—Lo ignoro—contestó la viuda.

Siguió él pensando en voz alta :

—¿Por dinero? ¿Sólo por dinero? ¿Nada más?
¡No es posible! ¿Habló antes de morir?

—No. Cuando le trajeron aquí había perdido ya el conocimiento. Tenía la bala en un pulmón.

—¡Ya lo sé, ya lo sé!—le interrumpió él estre-meciéndose.

—Luego quiso hablar ; pero tenía la boca llena de espuma y de sangre, todo revuelto. Un poco antes de expirar... estaba casi tranquilo, y le dije : «¿Cómo y por qué has podido hacer semejante cosa?» Pronunció algunas palabras que no oí bien... Sólo comprendí una, que repitió varias veces : «¡Cansado... cansado... estaba... cansado!» En seguida se murió.

—¡Cansado! —pensó Golder, sintiendo de pronto su vejez como un cruel cansancio—. ¡Sí!

CAPITULO V

Como el día del entierro de Marcos descargó sobre París una tormenta espantosa, enterraron apresuradamente su cadáver, muy hondo, en la excavación seca, y le abandonaron.

Golder tenía el paraguas abierto delante de los ojos cuando pasó por junto a él el ataúd, balanceado por los hombros de cuatro hombres. Miró fijamente; el paño negro que lo cubría, bordado con lágrimas plateadas, se había corrido, dejando al descubierto la madera tosca y las asas de metal empañado. Golder se echó a un lado bruscamente.

Junto a él hablaban en voz alta dos hombres. Uno de ellos indicó el hoyo que estaban llenando de tierra.

Golder le oyó decir :

—Fué a verme ; me ofreció como pago un cheque contra el Banco Franco-Americano, de Nueva York, y yo tuve la debilidad de aceptar. Esto ocurrió precisamente la víspera de su muerte : un

sábado. En cuanto supe que se había suicidado, cablegrafié, y hasta esta mañana no he recibido la respuesta. Como es natural, me había engañado. Un cheque sin provisión de fondos. Pero esto no puede quedar así; reclamaré a la viuda...

—¿Es mucho?—preguntó alguien.

—Para usted, no, señor Weille—contestó la primera voz acremente—; pero para un pobre como yo, es una cantidad importante.

Golder le miró. Era un viejecito pobrementemente vestido, trémulo, encorvado, que tiritaba y tosía a causa del temporal. Como no le contestaba nadie, siguió lamentándose en voz baja. Uno se echó a reír.

—Mejor será que reclames a la prójima de la calle de Chabanais. Allí es donde ha ido a parar tu dinero.

Detrás de Golder cuchicheaban dos jóvenes, protegidos por un paraguas abierto.

—¡Qué cosa más curiosa! ¿Sabes que le encontraron con unas menorcitas de trece a catorce años?

—Sí, y además...

Bajó la voz el que hablaba.

—Nadie sabía que tuviera esas aficiones...

—¡Satisfacer una pasión secreta antes de matarse!... ¿Eh?

—Más bien se puede suponer que disimulaba.

—¿Sabes por qué se ha matado?

Involuntariamente dió Golder unos pasos hacia adelante y luego se detuvo. Contemplaba las sepulturas relucientes, las coronas agitadas, fustigadas por el chaparrón. Gruñó algo que no se entendía bien. El que estaba a su lado se volvió.

—¿Qué dice usted, Golder?

—¡Qué suciedad!—exclamó éste de pronto, con extraña expresión de sufrimiento y de cólera.

—Sí; en París, cuando llueve, son poco agradables los entierros. Pero todos tenemos que pasar por ello. Ya verá usted cómo el bueno de Marcos se las arregla de modo que, para ser la última vez que le acompañamos, reventemos todos de pneumonía... Debe darle gusto que chapoteemos en el barro... No era un hombre cariñoso, ¿eh? ¿Sabe usted lo que decían ayer?

—No.

—Pues decían que la Sociedad Alleman va a poner a flote a la Compañía de Petróleos de Mesopotamia. ¿Ha oído usted algo de eso?... A usted debe interesarle...

Interrumpió los comentarios e indicó, satisfecho, los paraguas que empezaban a oscilar delante de ellos.

—¡Oh! ¡Por fin se ha acabado! Nos vamos... ¡Ya era hora!

Levantándose el cuello de los abrigos, la gente

se empujaba para salir cuanto antes, aguantando la lluvia. Algunos corrieron por encima de los enterramientos.

Como los demás, Golder sostenía con ambas manos su paraguas abierto y andaba de prisa. La tormenta descargaba sobre los árboles y las sepulturas, azotándolos con violencia salvaje e inútil.

—¡Qué contentos parece que van todos!—pensó de pronto Golder—. Uno menos, un enemigo menos... ¡Y cuánto se alegrarán cuando me toque la vez!

En el paseo principal tuvieron que pararse un momento para dejar paso a otro entierro que iba en sentido contrario al de ellos. Braun, el secretario de Marcos, se unió a Golder.

—Todavía tengo documentos referentes a los rusos y a la Amrum que pueden interesar a usted—cuchicheó—. Parece que se han robado todos, unos a otros, en ese negocio... ¡Qué cosa más fea, señor Golder!...

—¿Le parece a usted eso, joven?—contestó, haciendo una mueca irónica—. Bueno, pues lléveme usted todo eso a la estación, a las seis, al tren de Biarritz.

—¿Se marcha usted?

El interpelado tomó un cigarrillo y lo retorció entre sus apretados dedos.

—¿Nos van a tener aquí toda la noche? ¡Por vida de...!

Pasaban incesantemente coches negros, implacables, calmosos, interceptando el tránsito.

—Sí, me marchó.

—Va usted a disfrutar de un tiempo magnífico. ¿Está bien la señorita Joyce? ¡Estará cada día más guapa! Por fin va usted a descansar. Tiene usted cara de cansado, de nervioso.

—¡Nervioso!—rugió de repente Golder, enfurecido—. ¡Eso no, gracias a Dios! ¿De dónde saca usted esas tonterías? Eso serviría para Marcos, que era tan nervioso como una mujer... Ya ha visto usted a lo que le ha llevado ser así.

Apartó de pronto, de dos empellones, a un par de enterradores de reluciente sombrero que go-teaban agua por todas partes y daban pataditas en meido del camino, y echó a correr, cortando la comitiva fúnebre, hasta la puerta del cementerio.

Hasta que estuvo en su automóvil no recordó que no había saludado a la viuda. «¡Vaya al diablo!» En vano intentó encender el pitillo, mojado por la lluvia; lo trituró entre sus dientes y lo escupió por la ventanilla abierta. Luego, al echar a andar el coche, se acurrucó en su rincón y cerró los ojos.

CAPITULO VI

Golder comió de prisa, bebió el pesado Borgoña, que le gustaba, y fumó un rato en el pasillo. Se tropezó con una mujer que le sonrió al pasar; pero él se echó a un lado con indiferencia. Era una cocota de Biarritz... Al fin se fué y él se volvió a su departamento.

—Esta noche voy a dormir bien—pensó.

Se sentía repentinamente rendido, tenía las piernas doloridas y pesadas. Apartó un poco la cortinilla, miró maquinalmente cómo caía la lluvia, escurriéndose a lo largo de los oscuros cristales. Las gotas se deslizaban rápidamente; se mezclaban agitadas por el viento, como lágrimas...

Se desnudó, se acostó y hundió profundamente el rostro en la almohada. Nunca se había sentido tan cansado. Estiró los brazos con esfuerzo;

los tenía rígidos, pesados...; la cama era estrecha... más estrecha que lo acostumbrado, al parecer. Pensó de una manera vaga: «Me han colocado mal... ¡Es claro! ¡Esos imbéciles!...» Sentía bajo su cuerpo las ruedas, que daban saltos a cada momento, produciendo un chirrido desgarrador. Hacía un calor sofocante. Dió vuelta a la almohada una vez, dos veces: ¡se asaba! La acomodó de un puñetazo bajo la cabeza, colérico. ¡Qué calor! Más valía bajar el cristal. Pero soplaba viento de tormenta. En seguida volaron los papeles y los periódicos que había sobre la mesa. Maldijo, volvió a cerrar, echó la cortinilla y apagó la luz.

El ambiente era pesado y tenía olor a carbón, un olor desagradable, asqueroso, confundido con un vaho de agua de tocador. Instintivamente se esforzó por respirar más hondo y por dar paso a aquel aire denso, que sus pulmones rechazaban, despedían, y que permanecía en su garganta, obstruyéndola. Del mismo modo que se ingiere por la fuerza un alimento que el estómago no admite... Tosió. Aquello era irritante... Sobre todo, le impedía dormir... «¡Y estoy tan cansado!...», murmuró, como si hablara con alguna persona invisible. Se volvió despacio, se tumbó de espaldas, luego de lado, y se acodó. Volvió a toser, de intento y con fuerza, para librarse de aquella in-

soportable molestia que sentía en la parte alta del pecho y en la garganta. No se le quitaba aquello, no; al contrario. Bostezó con trabajo, porque los espasmos interrumpían el bostezo, convirtiéndole en un ahogo breve, pero doloroso. Tendió el cuello, movió los labios. ¿Sería que tuviese la cabeza demasiado baja? Alcanzó el gabán, lo enrolló, lo puso debajo del almohadón; luego se incorporó y se quedó sentado. ¡Peor todavía! Pareció que se le obstruían los pulmones. Y... ¡qué extraño!... Le dolía... Sí... le dolía el pecho... la región del corazón... Un repentino estremecimiento le recorrió la nuca y la espalda.

—¿Qué será esto?—murmuró de pronto.

Y animosamente, a media voz, añadió:

—No, no es nada; ya se me pasará... no es nada...

Se dió cuenta de que estaba hablando solo en voz alta. Arqueó todo su cuerpo para realizar una inspiración furiosa e inútil... ¡No pasaba el aire, no! Le parecía como si tuviera un peso invisible sobre el pecho. Echó abajo la ropa, las sábanas, se desabrochó la camisa; alentó:

—Pero ¿qué tengo? ¿Qué me pasa?

La obscuridad densa y negra, opaca, pesaba sobre él como una losa. Sí, aquello era lo que le ahogaba... Hizo un movimiento para encender la luz, pero sus trémulas manos palpaban trabajo-

samente, buscando en vano la lámpara embutida en la pared, a la cabecera de la cama. Dió un suspiro de contrariedad y gimió. El dolor de la espalda era cada vez más lancinante, sordo, profundo... solapado, no despierto aún del todo; rondaba por alguna parte de su cuerpo, en las mismas raíces de su ser: en el corazón, que sólo esperaba, para estallar, un esfuerzo, algún movimiento.

Lentamente, como a pesar suyo, bajó el brazo. Esperar... no moverse... no pensar, sobre todo... Cada vez respiraba más fuerte y más de prisa. Entraba el aire en sus pulmones con un ruido extraño, grotesco, como el hervor del vapor que se escapa por la tapa de una caldera, y cuando lo espiraba, todo su pecho gemía, se llenaba de un silbido ronco, inarticulado, como un estertor, como una queja.

Aquellas tinieblas densas penetraban en su garganta con blanda e insistente presión, como si le metieran tierra en la boca, como al otro... al muerto... a Marcos... Y cuando, por fin, se acordó de Marcos, cuando se dejó dominar por su imagen, por el recuerdo de la muerte, del cementerio, del barro amarillento empapado de lluvia, con las largas raíces parccidas a serpientes, pegadas en el fondo del hoyo, sintió de repente tal necesidad, tan ardiente deseo de luz, de ver las

cosas cotidianas, familiares, que le rodeaban... las ropas colgadas y balanceándose por encima de la puerta... los periódicos en la tablilla... la botella de agua mineral... que se olvidó de todo. Extendió violentamente el brazo y un dolor fulminante, como una puñalada, como un balazo, agudo y profundo al mismo tiempo, le atravesó el pecho y pareció que se hundía, que penetraba hasta su corazón.

Tuvo tiempo de pensar : «Me muero», de advertir que le impulsaban, que le echaban a una especie de agujero, de embudo, sofocante y estrecho como una sepultura. Oyó sus gritos, su propia voz, como lanzados muy lejos por otra persona, separados de él por un espesor de agua negra y cenagosa, profunda, que pasaba sobre su cabeza y le empujaba más, cada vez más abajo, en aquel hoyo abierto, bostezante. Era espantoso su dolor. Después lo abolió parcialmente un desmayo, lo transformó en una sensación de pesadez, de ahogo, de lucha agotadora e inútil. Otra vez oyó que alguien, muy lejos, jadeaba, gritaba, forcejeaba. Le pareció que le sujetaban la cabeza debajo del agua y que aquello duraba ya desde hacía siglos.

Por fin volvió en sí. El dolor agudo había cesado ; pero sentía en todo su cuerpo tal cansancio, que parecía que tuviese rotos los huesos, tri-

turados por unas ruedas muy pesadas. Tenía miedo de moverse, de levantar un dedo, de llamar. Al menor grito, al más leve movimiento, podía repetirse aquello... lo presentía... y entonces sí que sería la muerte. ¡La muerte!

En medio del silencio oía a su corazón latir con golpes sordos y secos que parecía que fueran a romperle las paredes del pecho.

—¡Tengo miedo!—pensó con desesperación—. ¡Tengo miedo!... ¡La muerte!

¡No, no; no era posible!... ¿Acaso no adivinaría nadie que estaba él allí, solo como un perro, abandonado, moribundo?... ¡Si al menos pudieran tocar el timbre, llamar! Pero, no; hay que esperar, esperar... Ya pasará la noche... Debía ser tarde... muy tarde... Escudriñó ávidamente la obscuridad que le rodeaba, densa y profunda, sin un resplandor; la casi imperceptible radiación, la especie de halo alrededor de las cosas que precede al amanecer... ¡Nada! ¿Serían las diez, las once? ¡Y pensar que estaban allí el reloj, la luz... que le bastaba con levantar un poco el brazo, así... Y el timbre de alarma... ¡El pagaría lo que fuese!... Pero, no, no... le daba miedo alentar, le daba miedo respirar... ¡Si se reproduciese aquello!... ¡Si sintiera desfallecer su corazón!... ¡Y aquel golpe espantoso!... Aquel... No, entonces sería para morir. «Pero ¿qué es esto, Dios mío?

¿Qué es esto? El corazón. Sí.» Y eso que él no padeció del corazón nunca... Verdad era que nunca estuvo enfermo... Asma, sí, un poco... En la última época sobre todo. Pero a su edad todo el mundo tiene algo. Molestias. No sería nada. Régimen, descanso... ¡Pero aquello!... ¿Y qué más dá que sea el corazón u otra cosa? Todo son palabras; sólo significa algo la muerte, la muerte, la muerte... «¿Quién decía que todos hemos de someternos a ella?» ¡Ah, sí!... Hoy... en el entierro... Todos, y él también. Aquellas caras feroces, aquellos judíos viejos que se restregaban las manos y se reían sarcásticamente... ¡Para él sería peor! ¡Perros, perros... cochinos!... Y los otros... Su mujer... Su hija... Sí, ella también; lo sabía perfectamente. Una máquina de producir dinero... No era él otra cosa... Paga, paga, y luego... ¡anda y revienta!

—Pero, Señor, ¿no se detendrá nunca este maldito tren?

Hacía horas, muchas horas, que rodaba sin pararse... «En las estaciones hay gente que, por equivocación, abre la puerta de un departamento ocupado... ¡Si ocurriese esto mismo ahora!...» Se figuró ávidamente que oía ruido en el pasillo, que entreabrían la puerta, que veía figuras humanas... Se lo llevarían... A cualquier parte... a un hospital... a un hotel... ¡Con tal de que tuviese

una cama inmóvil!... De que oyese rumor de pasos... voces humanas... de que viera luz y una ventana abierta...

Pero no, nada. El tren corría más de prisa. Largos y desgarradores silbidos de la locomotora cruzaban el aire, se perdían... Ruido de hierros golpeteados en la oscuridad... un puente... Por un momento creyó que el tren disminuía su velocidad... Escuchó, anhelante. Sí, iban más despacio... más despacio... se detenían... Un silbido repentino, y el tren, después de detenerse un segundo en medio del campo, echó a andar otra vez.

Gemía. Ya no esperaba en nada. Ya no pensaba. Ni siquiera padecía. Unicamente murmuraba: «Tengo miedo. Tengo miedo.» Y el corazón galopaba, galopaba...

De repente le pareció que en la densa oscuridad brillaba algo débilmente. Era enfrente de él. Miró... Poco menos que una claridad leve, un poco de gris, algo lívido... Pero algo visible, distinto, entre la negrura... Esperó. Aquello fué creciendo, se hizo más blanco, más extenso, como un charco de agua. El cristal, era el cristal. Amanecía. Se disipaban las tinieblas. Eran menos densas; parecían líquidas, movedizas. Le pareció que le libran de un peso enorme que le oprimiera el pecho. Respiró. Aquel aire más ligero se

deslizaba, se introducía en sus pulmones. Con exageradas precauciones movió la cabeza. Oreó su frente anegada en sudor un airecillo más fresco. Ya veía en torno suyo formas y siluetas. El sombrero, por ejemplo, que se había caído al suelo... La botella... Acaso podría alcanzar el vaso y beber un poco de agua... Alargó la mano. Nada, no sentía nada. Con el corazón palpitante alzó la mano. Nada. Subió la mano hasta la mesa; cogió el vaso. Gracias a Dios, estaba lleno de agua; él no hubiera podido levantar la botella. Irguió ligeramente la nuca, estiró los labios y bebió. ¡Qué delicia!... El agua fresca que por ellos entraba humedecía la parte interior de los labios, la lengua hinchada y seca, la garganta. Con las mismas precauciones dejó el vaso, se incorporó un poco y esperó. Aún le dolía el pecho. Pero menos, bastante menos. Cada segundo. Más bien era como una neuralgia imprecisa alrededor de todos los huesos. A lo mejor aquello no era tan grave, ¿no?

¿Podría levantar del todo la cortina?... Bastaba con oprimir un botón... Otra vez extendió el brazo, temblando. La cortina se levantó de golpe. Amanecía. El aire era blanco, turbio y denso como la leche. Muy despacio, con movimientos calculados, metódicos, sacó el pañuedo y se enjugó las mejillas y los labios. Luego apoyó la cara

en la vidriera. El frío del cristal penetraba deliciosamente por todo su cuerpo. Contempló la hierba de los taludes, que iba recobrando poco a poco su color... los árboles... Muy lejos vió unas lucecillas que brillaban débilmente entre la bruma del amanecer. Una estación. ¿Sería cosa de llamar?... Era fácil. Pero ¡qué extraño que aquello se hubiera pasado así!... Ello demostraba que no era cosa grave, por lo menos tan grave como él temió. ¿Arrebato nervioso, tal vez?... No convenía descuidarse, así y todo, sin consultar al médico. Pero no debía ser cosa del corazón. ¿Acaso asma?... No, no llamaba. Miró el reloj. Eran las cinco. Un poco de paciencia, ¿eh? No debía dejarse ir así. Eran los nervios. Tenía razón Braun, el grandísimo pícaro... Se palpó un poco más arriba del pectoral, suavemente, con infinitas precauciones, como si tocara una llaga viva. Nada. Los latidos eran, sin embargo, muy raros, irregulares. ¡Bah! ¡Ya se pasaría todo! Tenía sueño. ¡Si pudiera dormir un poco, se pondría bien, de fijo! Le convenía amodorrarse, no pensar más. No recordar. Estaba rendido de cansancio. Cerró los ojos.

Estaba ya medio adormilado cuando se incorporó de pronto y dijo en voz alta: «¡Eso es! Ahora lo comprendo... Es Marcos. ¿Por qué?» Repitió: «¿Por qué?» Se figuró que en aquel instante

veía dentro de sí mismo con extraordinaria lucidez. ¿Sería... una especie de remordimiento? «No, yo no tengo la culpa.» Y en voz más baja, furioso, añadió: «No me remuerde nada.»

Por fin se durmió.

CAPITULO VII

Golder vió al «chauffeur» de pie ante la portezuela de un coche nuevo, y se acordó de pronto de que su mujer había vendido el Hispano.

—Ahora es un Rolls. ¡Naturalmente!—refunfuñó mirando con hostilidad la pintura blanca, deslumbradora, del coche—. Me gustaría saber qué se le antojará después.

El «chauffeur» se acercó para recogerle el gabán de las manos; pero Golder permaneció inmóvil, registrando con las miradas la obscuridad del coche, por la abertura del cristal bajado. ¿No estaba allí Joyce? Dió unos pasos hacia adelante, como a pesar suyo; dirigió una mirada rápida y humilde hacia el rincón oscuro, donde creyó que estaría su hija, con su traje claro y sus dorados cabellos. Pero no. El automóvil estaba vacío. Subió despacio y dijo:

—¡Vamos ya, hombre! ¿A qué espera usted?

Echó a andar el «auto» y Golder suspiró.

¡ Aquella niña !... Siempre que regresaba de un viaje la buscaba a su pesar entre la multitud. Pero ella no iba nunca... Sin embargo, seguía esperándola con la misma ilusión humillada, tenaz e inútil.

«Hace cuatro meses que no me ha visto», pensó. Aquella honda impresión de ofensa inmerecida que su hija le causaba tan a menudo le oprimió repentinamente el corazón, viva y dolorosa como un padecimiento físico. «Todos los hijos se parecen... y para ellos se vive, para ellos se trabaja. Como mi padre... eso es. A los trece años, ¡ anda y vete ! Tú te las arreglarás... ¡ Eso es todo lo que merecen !...»

Se quitó el sombrero, se pasó la mano por la frente, se limpió con calma el polvo y el sudor y luego miró maquinalmente hacia afuera. Había mucha gente, gritos, sol, viento. La breve calle de Mazagran estaba ocupada por tan numerosa muchedumbre, que el automóvil no podía avanzar. Un chiquillo pegó, al pasar, su cara a los cristales. Golder se retiró a un rincón y se subió el cuello del gabán. Joyce... ¿Dónde estaría y con quién?

«Ya le diré—pensó amargamente—, ya le diré yo ahora... Cuando necesitas dinero, aquí está tu querido Dadd, mi Daddy, *darling*; pero ni la me-

nor prueba de cariño, de...» Se interrumpió a sí mismo, haciendo un ademán de cansancio. Bien sabía él que no había de decir nada... ¿Para qué? Además era muy propio de su edad ser tonta y alocada. Una sonrisita, que desapareció al punto, distendió las comisuras de sus labios. La muchacha no tenía más que diez y ocho años.

Atravesaron Biarritz, hasta más allá del *Hotel del Palacio*. El miró indiferentemente al mar, que estaba agitado, aunque hacía buen tiempo, y formaba olas enormes, verdes y blancas. Sus violentos colores le cansaban la vista; se puso una mano delante de los ojos y se volvió. Al cabo de un cuarto de hora, cuando ya iban por el camino del «golf», se inclinó hacia adelante para ver su casa, que aparecía ya. Solía ir a ella, entre viaje y viaje, a pasar ocho días, como si fuese un extraño; pero cada año le tenía más cariño. «Voy siendo viejo... Antes no me importaba... el hotel... el vagón... pero ya, mi casa... La casa es muy hermosa...»

Compró el terreno en 1916 por millón y medio de francos. Ahora valía quince. La casa era de piedra labrada, bloques blancos y grandes, como de mármol. Una hermosa, una linda casa... Cuando se destacó sobre el cielo, con sus terrazas, sus jardines, un poco despoblados todavía, porque el aire del mar impedía el crecimiento de los árboles

jóvenes, pero imponente y magnífica, en las facciones de Golder se dibujó una expresión de ternura y de orgullo. «Fué un dinero bien empleado», murmuró.

Y gritó impaciente :

—¡Más de prisa, Alfredo, más de prisa!...

Desde abajo se veían claramente los arcos de rosales, los tamarindos, la avenida de cedros que bajaba hasta el mar.

—Han crecido las palmeras...

Se paró el automóvil ante la verja y sólo salieron los criados a recibir a Golder. Conoció entre ellos a la doncellita de Joyce, que le sonreía.

—¿No hay nadie en casa?—preguntó.

—No, señor; la señorita volverá ahora para desayunar.

No preguntó adónde había ido. ¿Para qué? Ordenó con urgencia :

—El correo...

Cogió el montón de cartas y de telegramas y empezó a leerlos mientras subía la escalera. En la galería titubeó un instante entre dos puertas parecidas.

El criado, que iba tras él llevando la maleta, le indicó una habitación.

—La señora ha dicho que pusiéramos al señor aquí. El cuarto del señor está ocupado.

—Bueno—murmuró él con indiferencia.

Cuando estuvo en su habitación se sentó en una silla, con el gesto cansado y ausente del hombre que acaba de llegar a la fonda de un pueblo desconocido.

—¿Va a descansar el señor?

Golder se estremeció y se puso de pie, pesadamente.

—No, no vale la pena.

Y pensaba:

—Si me acuesto, no volveré a levantarme...

Sin embargo, después de bañarse y de afeitarse, se encontró mejor; sólo persistía un leve temblor en las puntas de los dedos; se los miró: estaban hinchados y blancos, como la carne muerta.

Hizo un esfuerzo para preguntar:

—¿Hay mucha gente en casa?

—El señor Fischl, Su Alteza y el señor conde de Hoyos...

Golder se mordió los labios sin decir nada.

—¿Qué Alteza habrán inventado ahora? ¡El diablo se lleve a estas mujeres... Fischl—pensaba irritado—. ¿Por qué han traído a Fischl? ¡Por vida de!... Hoyos...

Hoyos era inevitable.

Bajó lentamente y se encaminó a la terraza. Durante las horas de calor la cubrían con grandes toldos de tela color púrpura. Golder se tumbó en una *chaise-longe* y cerró los ojos. Los ra-

yos del sol atravesaban el toldo y difundían por la terraza una luz extraña, roja y temblorosa. Golder se movió febrilmente.

—¡Ese color rojo... ha sido una idea imbécil de Gloria... ¿Qué me recuerda?—murmuró—. Algo espantoso... ¡Ah, sí! ¿Cómo decía aquella bruja? La espuma y la sangre que le llenaban la boca.

Tembló, suspiró, volvió varias veces, trabajosamente, la cabeza sobre los almohadones de telas blancas y de frágiles encajes, arrugados y mojados por su sudor. Luego, de pronto, se quedó dormido.

CAPITULO VIII

Cuando se despertó Golder, eran las dos dadas, pero la casa parecía desierta.

—No ha variado nada—pensó.

Se figuró, con una especie de humor sombrío, a Gloria tal como la había visto salir tantas veces a su encuentro por la avenida, apresuradamente, balanceándose sobre sus tacones excesivamente altos, con la mano puesta a guisa de visera sobre su rostro, viejo y pintado, que se desvanecía a la luz deslumbradora... Le diría: ¡Hola, David! ¿Cómo van tus negocios? y ¿cómo estás? Pero sólo le interesaría la respuesta de la primera pregunta.

Después la brillante baraúnda de Biarritz invadiría la casa. ¡Aquellas figuras!... Solo acordarse de ellas le daban náuseas: todos los petardistas, todos los rufianes y las perdidas del mundo... Y todos comerían, beberían, se embriaga-

rían a su costa durante la noche entera... Una corte de perros ansiosos. Se encogió de hombros. ¡Qué había de hacerle! En otro tiempo le divertió aquello, le halagó... El duque de... el conde... Ayer estuvo en mi casa el Maharajah... Barro... Pero a medida que se hacía más viejo y enfermo, se sentía más hastiado de la gente, de sus tumultos, de su familia y de la vida.

Suspiró, golpeó el cristal a su espalda, llamó al maestresala, que estaba poniendo la mesa, y le ordenó por señas que levantara los visillos. Resplandecía el sol en el jardín y en el mar. Alguien le gritó :

—¡Buenos días, Golder!

Conoció la voz de Fischl, y se volvió, muy despacio, sin contestarle. ¿Qué necesidad tenía Gloria de invitar a aquel individuo? Le miró con una especie de odio, como a una caricatura sangrienta. Estaba de pie en el paso de la puerta, era un judío gordo, rojizo y sonrosado, de aspecto cómico, innoble, un poco avieso, con sus ojos resplandecientes de inteligencia, tras los finos lentes de oro, su barriga, sus débiles piernecitas, cortas y torcidas, y sus manos de asesino que sostenían tranquilamente contra su pecho un receptáculo de porcelana lleno de caviar fresco.

—Dime, Golder, ¿piensas estar mucho tiempo?

Se acercó, tomó una silla, y dejó en el suelo la caja medio vacía.

—¿Estás durmiendo, Golder?

—No—gruñó el interpelado.

—¿Cómo van los negocios?

—Mal.

—Pues a mí me va muy bien—dijo Fischl cruzando los brazos trabajosamente sobre su tripa—. Estoy contento.

—¡Ah, sí! Las pesquerías de perlas en la bahía de Mónaco—bromeó Golder—. Yo creí que te habían metido en la cárcel.

Fischl se rió largo rato, muy divertido.

—Sí, hombre, sí; me juzgaron por lo criminal... pero como ves, la cosa acabó tan bien como de costumbre...

Se puso a contar por los dedos.

—Austria, Rusia, Francia, ya he estado en la cárcel en tres países. Supongo que ya es bastante y que me dejarán tranquilo... ¡El diablo se los lleve!... Ya no pretendo ganar más... soy viejo...

Encendió un pitillo y preguntó:

—¿Qué tal la Bolsa ayer?

—Mal.

—¿Sabes a cómo quedaron las Huanchaca?

—A mil trescientos sesenta y cinco—dijo al

punto Golder frotándose las manos—. Tú estás bien metido ¿eh?

Apenas lo había dicho, se preguntó a sí mismo por qué le alegraba tanto que Fischl perdiese su dinero. No le hizo nunca nada malo. «Y a pesar de eso, no puedo verle... ¡Qué raro!», pensó.

Fischl se encogió de hombros.

—*Iddische Glick*—dijo.

—Debe de ser enormemente millonario otra vez este cochino—pensó Golder, que sabía distinguir el estremecimiento inimitable y sincero que subraya las palabras indiferentes y descubre al hombre «tocado», tan evidentemente como un suspiro o una exclamación—. No le importa...

Y murmuró:

—¿Qué haces aquí?

—Me ha convidado tu mujer... Oye...

Se acercó a Golder y bajó, maquinalmente, la voz.

—Oye, tengo un negocio que puede interesarte... ¿Has oído hablar de las minas de plata de El Paso?

—No he oído, gracias a Dios.

—Allí hay miles de millones.

—En todas partes hay miles de millones, pero hay que saber cogerlos.

—Tu negativa a tomar parte en mis negocios es una equivocación. Hemos nacido para entendernos. Tú eres inteligente, pero careces de audacia, de afición a los riesgos; te dan miedo los gendarmes, ¿no es así?

Se rió, encantado.

—A mí no me gustan los negocios vulgares: vender, comprar... prefiero comenzar, lanzar algo, crear... Una mina en el Perú, por ejemplo, nadie sabe dónde se encuentra... Mira, yo lancé una cosa por el estilo hace dos años... Ya estaban suscritas las acciones, y no se había removido ni una pulgada de terreno, como es natural... Pues bien, la especulación americana intervino entonces... Puedes creerlo o no: en quince días había aumentado diez veces el valor de los terrenos... Los vendí con un beneficio enorme. Negocios así parecen cosas de poesía.

Golder se encogió de hombros.

—No.

—Como quieras... Lo sentirás... Te proponía un negocio honrado.

Fumó en silencio unos minutos.

—Dime...

—¿Qué?

Miró a Golder guiñando los ojos.

—Marcos...

Aquella cara de viejo permanecía inmóvil, pe-

ro, de repente, saltó un músculo en la comisura de la boca...

—¿Marcos? Ha muerto...

—Ya lo sé—dijo suavemente Fischl—. ¿Por qué?

Bajó la voz más todavía.

—¿Qué le hiciste, Caín?

—¿Que qué le hice—repitió Golder.

Y apartó ligeramente la cabeza.

—Trató de engañar al viejo Golder—dijo con repentina violencia, mientras sus hundidas mejillas perdían su color de ceniza y se ponían encarnadas—. Eso es peligroso...

Fischl se rió.

—¡Valiente Caín estás hecho a tus años! Pero tienes razón. Yo me paso de bueno.

Hizo una pausa y puso oído atento.

—Ahí está tu hija, Golder.

CAPITULO IX

—¿Estás ahí, Dad?—exclamó Joyce.

Golder la oyó. Cerró los ojos involuntariamente, como para oirla más tiempo. ¡Aquella chiquilla!... ¡Qué voz... qué estrepitosa risa tenía!... Con una sensación de gozo indefinible, pensó: «Parece de oro.»

Sin embargo, no se movió, no hizo nada para salir a su encuentro, y cuando apareció ella, saltando, por la terraza, con sus pasitos vivaces y ligeros que dejaban al descubierto las rodillas bajo la falda corta, se limitó a murmurar irónicamente:

—¿Ya has venido? ¡No te esperaba tan pronto, hijita!...

Ella se echó sobre él de un salto, le besó y se dejó caer hacia atrás en la *chaise-longue*, quedándose echada, con los brazos cruzados bajo la nuca y mirándole risueña al través de sus largas pestañas cerradas.

Como a pesar suyo, Golder acercó suavemente la mano y se la puso sobre el dorado cabello húmedo y enmarañado por el agua del mar. Parecía que apenas la miraba, pero sus penetrantes ojos veían la más mínima modificación de sus facciones, todas las líneas, todos los movimientos de su rostro. ¡Cuánto había crecido!... En cuatro meses se había puesto aún más bella, más mujer... Vió con desagrado que se pintaba más que antes, y bien sabe Dios que no lo necesitaba con sus diez y ocho años, su cutis admirable, de rubia, sus labios recortados con delicadeza, como una flor, que ella pintaba de un color de púrpura oscuro, como sangre. ¡Qué lástima!... Suspiró refunfuñando: ¡Tonta! Luego dijo:

—Estás alta...

—Y bonita, ¿verdad?—replicó ella.

Se incorporó de pronto, se sentó sobre las piernas dobladas y abarcándose con las manos las rodillas, le miró con aquellos ojazos suyos grandes, brillantes, con aquella mirada que él detestaba, imperativa, insolente, de mujer amada y codiciada desde su niñez. Era extraordinario que a pesar de todo ello y de la pintura y de las alhajas, conservara aquella risa loca de niña, aquellos ademanes angulosos, demasiado vivos, casi brutales, aquella gracia alada, ardiente, alegre, de la primera juventud.

—Esto no durará—pensó él.

Y dijo :

—Bájate de ahí, Joyce, me disgustas...

Ella le acarició levemente la mano.

—Me alegra mucho verte, Dad...

—¿Necesitas dinero?

Vió ella que él sonreía y bajó la cabeza.

—Siempre... No sé como me las arreglo. Se me va por entre los dedos...

Los separó riéndose.

—...Como si fuera agua... No es culpa mía...

Subían del jardín dos hombres. Hoyos y un muchacho de veinte años, muy guapo, de cara flaca y blanca, a quien Golder no conocía.

—Es el príncipe Alejo de...—le dijo apresuradamente al oído Joyce—. Tienes que darle tratamiento de Alteza Imperial.

Bajó al suelo de un salto. Montó a caballo, brincando, sobre la balaustrada.

—Alé... ven!... ¿Dónde te habías metido? Me he pasado toda la mañana esperándote y ya estaba furiosa... Aquí está Dad, Alé...

El joven se acercó a Golder, le saludó con arrogante timidez y luego se fué al lado de Joyce.

Cuando se apartó, dijo Golder :

—¿De dónde sale ese mocito?

—Es lindo, ¿verdad?—murmuró negligentemente Hoyos.

—Sí—gruñó Golder.

Y repitió, impaciente :

—Le he preguntado a usted que de dónde procede.

—De una buena familia—repuso Hoyos, que le miraba sonriéndose—. Es hijo del pobre Pedro de Carela, que fué asesinado en 1918. Es sobrino del Rey Alejandro, hijo de su hermana.

—Parece un chulito—opinó Fischl.

—Puede que lo sea. ¿Quién garantiza lo contrario?

—De todas maneras, «está» con la vieja lady Rovenna.

—¿Nada más? ¿Un mocito tan guapo? ¡Me extraña!...

Se sentó Hoyos, estiró las piernas, dejó cuidadosamente sobre la mesa de mimbre, sus lentes, su fino pañuelo, su periódico y sus libros. Con sus largos dedos tocaba las cosas de aquella manera delicada y acariciadora que desde hacía tantos años enfurecía a Golder... Con toda calma, encendió Hoyos un pitillo. Sólo entonces advirtió Golder que la piel de sus manos que sostenían el mechero de oro, estaba completamente ajada, suave y arrugada como una flor marchita. Era extraño pensar que también Hoyos, el bello aventurero, hubiese envejecido... Debía de andar cerca de los sesenta años... Pero aún estaba guapo

cómo antes, delgado, fino, con su cabecita de cabellos de plata muy erguida, su cuerpo alto, su rostro puro, y aquella osada nariz, grande, encorvada, con las ventanillas abiertas, palpitantes de ardor y de vida.

Fischl indicó a Alé con un malhumorado movimiento de hombros.

—Dicen que le gustan los hombres, ¿es cierto?

—Ahora, por lo menos, no—murmuró Hoyos que contempló irónicamente a Jayce y a Alé—. Es muy joven, a su edad aún no se han definido las aficiones. Oiga usted, Golder, a su hija Joyce se le ha metido en la cabeza casarse con él, ¿sabe usted?

Golder no contestó. Hoyos dejó oír una leve risita.

—¿Qué?—dijo Golder de pronto.

—Nada. Me preguntaba yo... ¿Permitiría usted que se casara Joyce con ese chico que es tan pobre como una rata?

Golder movió los labios.

—¿Por qué no?—dijo.

Hoyos repitió, encogiéndose de hombros:

—¿Por qué no?

Y aquel, pensativo, completó su pensamiento:

—Ella ha de ser rica... Además, sabe dominar a los hombres. Mírela usted...

Calláronse ambos. Joyce, a caballo en la balastrada, hablaba con Alé, de prisa y en voz baja. De cuando en cuando se pasaba con rápido movimiento las manos por el cortado cabello, echándolo nerviosamente hacia atrás. Al parecer estaba de mal humor.

Levantóse Hoyos y se acercó sin hacer ruido, guiñando un poco burlonamente sus hermosos ojos negros, extraordinariamente brillantes bajo las espesas cejas salpicadas de plata obscura, como una piel valiosa. Joyce cuchicheaba:

—Si tú quisieras, cogeríamos el coche para ir a España. Tengo muchos deseos de amar allí... Se rió, tendiendo a Alé los labios.

—¿Quieres? ¡Dilo, hombre, dilo!

—¿Y lady Rovenna?—objetó él con una sonrisita.

Joyce apretó los puños.

—¡Tu vieja! ¡La odio!... No, no; tienes que venir conmigo, ¿me oyes? ¿No te da vergüenza?... ¡Mira!...

Se inclinó señalando una marca azulada en torno de sus párpados.

—Tú tienes la culpa, ¿sabes?

Vió a Hoyos que estaba de pie tras ella.

—Oye, chica—murmuró él, y le acarició suavemente el cabello.

Madre, quisiera morirme,
dijo con toda su voz,
porque la primera vez,
es, señora, la mejor...

Joyce se retorció los brazos, riéndose.
—¡Qué bueno es el amor! ¿Verdad?—dijo

CAPITULO X

Cuando regresó Gloria eran cerca de las tres. Allí estaban Lady Rovenna, con un vestido color de rosa, la amiga de Joyce, Dafne Mannering, su madre y un alemán que las mantenía, el Maharajah, su mujer, su querida y dos hijitas, el hijo de Lady Rovenna, y una bailarina argentina, la María Pía, alta, morena, de piel amarilla, áspera y perfumada como las naranjas.

Se sirvió la comida, que fué larga, magnífica. Acabó a las cinco. Llegaron otros visitantes. Golder, Hoyos, Fischl y un general japonés se pusieron a jugar al bridge.

Esto continuó hasta la noche. Eran las ocho cuando se presentó la doncella de Gloria para avisar al marido de ésta que estaban convidados a comer en Miramar.

Titubeó Golder, pero como se encontraba mejor, subió a su cuarto, se vistió y cuando estuvo

listo se fué al cuarto de su mujer. De pie ante el enorme espejo de tres lunas, estaba acabando de vestirse; su doncella, arrodillada a sus pies, la calzaba con mucho trabajo; volvió lentamente hacia él su cara de vieja repintada, esmaltada como un plato de porcelana.

—No te he visto ni cinco minutos en todo el día, David—murmuró en tono de reproche—. Siempre con los naipes... ¿Qué te parezco? No te beso porque tengo la cara «hecha»...

Le tendió la mano, bella y chiquita, cargada de diamantes de gran tamaño. Luego se alisó cuidadosamente su rojizo pelo corto.

Tenía las mejillas pesadas, como infladas por dentro, afectadas por la congestión, y espléndidos ojos azules, crueles y claros.

—He adelgazado, ¿eh?—dijo.

Se sonrió y en el interior de su boca brillaron unos dientes de oro macizo.

—¿Eh, David?—repitió.

Lentamente, para que él pudiera verlo mejor, giró sobre sí misma, arqueando, envanecida, el cuerpo que seguía siendo bellísimo. Sus hombros, sus brazos, su pecho, firme y levantado, conservaba, a pesar de la edad, un esplendor extraordinario, una blancura brillante, una consistencia dura y apretada, de mármol; pero el cuello surcado de arrugas, la carne blanducha y temblona

del rostro, la pintura de un color de rosa subido que, a la luz artificial, tomaba visos de color de malva, la marcaban con una decrepitud siniestra y cómica.

—¿Ves cómo he adelgazado, David? He perdido cinco kilos en un mes, ¿verdad, Juanita? Tengo un masajista nuevo, un negro, que son los mejores, naturalmente. Las mujeres de aquí están locas con él. Ha adelgazado a aquella vieja de Alfand, aquel tonel, ¿te acuerdas? Ahora está esbelta como una muchacha. No tiene más inconveniente que el de ser caro...

Hizo una pausa. En el extremo de los labios se le había borrado un poco la pintura; cogió el lápiz rojo y dibujó por segunda vez, despacio, pacientemente, en la boca vieja y dilatada, el arco puro y atrevido que los años borraron...

—Confiesa que todavía no parezco vieja, ¿no? —dijo con una sonrisa de satisfacción.

El miraba sin verla. La doncella trajo un cofrecito. Lo abrió Gloria, sacó unas pulseras que habían sido echadas allí revueltas, enganchadas unas con otras, como ovillos de hilo devanados confusamente en el fondo de un cestillo de lator.

—¡Deja eso, David! —añadió, excitada, al ver que su esposo estaba arrugando, sin querer, el chal espléndido extendido encima del canapé,

una hermosa prenda de seda tejida con oro, y de púrpura obscura, bordada de pájaros color de escarlata y de flores grandes.

—David...

—¿Qué?—contestó él malhumorado.

—¿Cómo van tus asuntos?

Entre sus largas pestañas, pegajosas a fuerza de pintura, brilló como un relámpago una mirada diferente, penetrante.

Goldér se encogió de hombros, y ella siguió diciendo:

—Hay aquí una mujer cuyo amante ha sufrido pérdidas considerables en el juego. Es un chiquillo. Ella estaba loca; quiso venderme su abrigo de pieles de chinchilla incomparable; yo regateé; vino aquí; lloró, rehusé, porque creía que se affigiría más y yo acabaría por obtener más barato el abrigo... Mucho lo siento ahora, porque se ha suicidado su amante y, como es natural, ella conservará el abrigo... ¡Ay, David! ¡Si supieras qué soberbio collar ha comprado esa vieja loca de lady Rovenna!... ¡Maravilloso!... Una cadena de diamantes... Ya no se llevan las perlas este año, ¿sabes?... Dicen que le ha costado cinco millones... Yo mandé arreglar un collar antiguo que tenía guardado... pero necesitare comprar cinco o seis diamantes grandes, para hacerlo más largo... Cuando no se tiene lo nece-

sario, hay que industriarse... Pero ¡qué alhajas tiene lady Rovenna! Tan vieja y tan fea como es! ¡Lo menos tiene sesenta y cinco años!...

—Ahora eres tú mucho más rica que yo, Gloria.

Juntó ella las mandíbulas con un ruido seco, como el crujido de las fauces de un cocodrilo cuando se cierran de pronto sobre una presa.

—¡Ya sabes que no me gustan esas bromas!

—¿No sabes, Gloria—dijo él, titubeando un poco—que Marcos...?

—No—contestó la esposa distraídamente, mientras aplicaba un dedo mojado en perfume a los lóbulos de sus orejas, por detras de las perlas—, no... ¿qué es eso de Marcos?

—¿No lo sabes?—repitió él, suspirando—. Pues que ha muerto. Ayer le enterraron...

Gloria se quedó inmóvil, con el pulverizador ante la cara.

—¡Oh!—murmuró con expresión dulcificada, triste, como de espanto—. ¿Es posible? ¿De qué? No era tan viejo. ¿De qué ha muerto?

—Se mató. Estaba arruinado.

—¡Qué cobardía! ¿No te parece?—exclamó Gloria con vehemencia—. ¿Y su mujer?... ¡Qué cosa más agradable para ella! ¿La has visto?

—Sí—dijo Golder irónicamente—. Llevaba al cuello unas perlas como nueces de grandes

—¿Te hubiera parecido bien—le replicó ella con aspereza—que le hubiese dado cuanto poseía como una imbécil, para que volviera a arruinarse en la Bolsa o en otra parte, y se matara al cabo de dos años dejándola sin un céntimo? ¡Qué egoístas sois los hombres! Te hubiera parecido bien eso, ¿verdad?

—A mí me tiene todo ello sin cuidado—refunfuñó él—. Pero cuando pienso que nos matamos a trabajar para vosotras... Se mató y tenía una mirada extraña, de hiena.

Gloria se encogió de hombros.

—Mira, hijo mío, los hombres como tú y como Marcos no trabajan para sus mujeres, sino para ellos mismos... Sí—insistió—, los negocios no son, después de todo, más que una especie de vicio, como la morfina. Si tú no tuvieras negocios, serías el más desgraciado de los hombres, hijo mío...

—Tú siempre dispones las cosas a tu capricho, mujer.

CAPITULO XI

La doncella de Joyce entreabrió la puerta suavemente.

—Vengo de parte de la señorita—dijo a Gloria que la miraba con expresión de frío desagrado— a decir que ya está lista y que vaya el señor a ver su vestido.

Golder se levantó en el acto.

—Es muy fastidiosa esa niña—dijo Gloria entre dientes, con un tono irritado y hostil—y tú la mimas como un viejo enamorado. Eres ridículo.

Pero Golder había echado a andar ya. Su esposa encogió los hombros a hurtadillas.

—¡Al menos, dile que acabe pronto, por Dios! Cuando yo estoy esperándola en el coche, ella sigue todavía dando vueltas delante del espejo. Te vas a lucir... te lo prevengo... ¿Has visto cómo se conduce delante de los hombres? Avísale que si no está dispuesta dentro de diez minutos, me voy sola. Vosotros veréis.

Golder se fué sin contestar. Se detuvo en la galería, respiró, sonriente, el perfume de Joyce, tan tenaz y penetrante que aromatizaba toda la casa, como un ramo de rosas.

La muchacha conoció los pesados pasos que hacían crujir el pavimento y llamó:

—¿Eres tú? Entra, Dad...

Hallábase de pie, ante el espejo grande, en su cuarto bien iluminado, molestando con un pie a *Jill*, su perrito pequinés de pelo dorado. Se sonrió, volvió un poco la cabeza y dijo:

—¿Te gusta mi traje, Dad?

Estaba vestida de blanco y plata. Al ver que él la admiraba complacido, le indicó con la barbilla, haciendo una muequecita, su cuello de línea pura y sus admirables hombros.

—¿No te parece que no estoy bastante descotada?

—¿Me dejas que te dé un beso?

Se acercó ella, le ofreció una mejilla delicadamente estucada, y la comisura de su boca, pintada también.

—Te excedes en la pintura, Joy.

—Es necesario. Tengo las mejillas blancas del todo. Trasnócho demasiado, fumo demasiado, bailo demasiado—dijo ella con indiferencia.

—¡Es natural!... Las mujeres sois idiotas, y tú, además, estás loca...

—¡ Me gusta mucho el baile !—murmuró entor-
nando los párpados.

Sus bellos labios se estremecían.

Permaneció de pie ante él, abandonándole las
manos ; pero sus ojazos relucientes no le miraban,
se contemplaban a sí mismos en el espejo que
había detrás de Golder. Este no supo disimular
una sonrisa.

—¡ Joyce ! ¡ Eres más coqueta que nunca, hija
mía ! Ya me lo había dicho tu madre...

Replicó ella apresuradamente :

—Mi madre es mucho más coqueta que yo, y
no tiene disculpa, porque es vieja y fea ; en tanto
que yo... ¡ Soy bonita ! ¿ No es cierto, Dad ?

Golder le pellizcó una mejilla, riéndose.

—¡ Ya lo creo !... A mí no me gustaría tener
una hija fea...

Se calló de pronto, se puso muy pálido y se
llevó una mano al corazón. Alentó un momento
con los ojos muy abiertos, a causa de un terror
repentino. Luego suspiró, dejó caer el brazo...
Había pasado el dolor... pero muy despacio...
como contra gusto... Rechazó a Joyce, sacó el
pañuelo y se enjugó mucho la frente y las frías
mejillas.

—Dame de beber, Joyce...

Su hija llamó a la doncella, que estaba en la
habitación inmediata y acudió llevando un vaso

de agua; Golder bebió con ansia. Ella había cogido un espejo y se arreglaba el peinado, canturreando al mismo tiempo.

—Vamos a ver, Daddy, ¿qué me has comprado?

No contestó. Joyce se acercó a él y se sentó en sus rodillas.

—¡Mírame Daddy! ¿Qué te pasa? ¡Contesta! No me impacientes...

El sacó maquinalmente la cartera y le puso en la mano unos billetes de mil francos.

—¿Nada más?

—¡Claro! ¿No te basta?—murmuró él haciendo esfuerzos por reirse.

—No. Yo quiero un automóvil nuevo.

—¿Qué dices? Pues ¿y el tuyo?

—Ya me he cansado de él; es demasiado pequeño... Quiero un Bugatti, para ir a Madrid en él, con...

Se calló de pronto.

—¿Con quién?

—Con unos amigos...

El se encogió de hombros.

—¡No digas tonterías!...

—No es ninguna tontería. Quiero un coche nuevo.

—Bueno, pues te quedarás sin él.

—No, Daddy, Daddy *darling*!... ¡Dame un

auto nuevo, dámelo, ¿eh?... Verás qué buena soy... Dafme Mannering tiene uno muy hermoso que le ha regalado Behring.

Los negocios van muy mal... ¡El año que viene!

—¡Siempre me dices lo mismo!... Pero a mí no me importa eso. Tú verás cómo te las arreglas...

—¡Basta! Me estás molestando—dijo, por último, Golder, impaciente.

Ella se calló, se quitó de encima de sus rodillas; pero, después de pensarlo, volvió para rozarse contra él...

—Dime, Daddy. Si tuvieras mucho dinero, ¿me lo comprarías?

—¿Comprar, qué?

—El automóvil...

—Sí.

—¿Cuándo?

—En seguida. Pero como no tengo dinero... ¡Déjame en paz!

Joyce lanzó una exclamación de alegría.

—¡Pues ya sé lo que tengo que hacer! Esta noche vamos a ir al Casino... Yo haré que ganes... Hoyos dice siempre que doy suerte... ¡Y mañana me comprarás el automóvil!...

Golder movió la cabeza negativamente.

—No. En cuanto cenemos me vuelvo a casa.

¿No te das cuenta de que me he pasado la noche en el tren?

—¿Y eso qué importa?

—Hoy estoy enfermo, Joy...

—¿Tú? ¡Tú no estás enfermo nunca!...

—¡Vamos! ¿Tú crees eso?

De repente, le preguntó ella:

—Dime, Dad. ¿Te gusta Alé?

—Alé?—repitió su padre—. ¡Ah, sí, ese joven... Es agradable...

—¿Te gustaría verme convertida en una princesa?

—Según...

—Me llamarían Alteza Imperial...

Se colocó bajo la araña encendida, echando hacia atrás la cabeza fina y dorada.

—Mírame bien, Dad... ¿Me sentaría bien ese papel?...

—Sí—murmuró Golder con un impulso secreto de vanidad, que le hizo palpar casi dolorosamente el corazón—. Sí... te sentaría muy bien, hijita...

—¿Darías mucho dinero para conseguirlo?

—¡Qué! ¿Tan caro cuesta?—preguntó él, en tanto que sus labios se torcían con una sonrisa dura y extraña—. Me chocaría mucho; ¡los príncipes abundan ahora por todas partes!

—Sí pero yo estoy enamorada de éste.

Su rostro palideció, hasta los labios, con una expresión hondamente apasionada.

—¿Ya sabes que no tiene nada, ni un céntimo?

—Lo sé. Pero yo soy rica.

—Veremos.

—Pero te advierto—dijo apresuradamente Joyce—que yo, en este mundo, lo necesito todo. Si no, prefiero morirme. ¡Todo! ¡Todo!—repitió con su mirada ardiente, imperativa—. No sé cómo hacen las demás... Dafne se acuesta por dinero con ese viejo de Behring... Yo necesito amor, juventud... ¡todo lo de este mundo!

El padre suspiró.

—¡El dinero!...

Le interrumpió ella con ademán arrebatado y jovial.

—Dinero... ¡Dinero también, naturalmente, o mejor dicho, vestidos lujosos, alhajas!... Ya te he dicho que todo, querido Dad! Me entusiasman a perder. ¡Si tú supieras cuánto deseo ser feliz! Si no he de serlo, prefiero morirme. ¡Te lo juro! Pero estoy muy tranquila. Siempre he conseguido cuanto quería...

Golder bajó la cabeza y murmuró esforzándose por sonreír:

—Mi querida Joyce... ¡pareces loca!... Siem-

pre has estado enamorada de alguien desde que tenías doce años...

—Sí, pero esta vez—y le dirigió una mirada intensa y resuelta—le amo... ¡Dámelo, Dad!...

—¿Como el automóvil?

Se sonrió forzosamente.

—Anda, ponte tu abrigo y vámonos...

En el coche les esperaba Gloria, recargada de alhajas, tiesa y deslumbradora en la obscuridad, como un ídolo salvaje.

CAPITULO XII

Era ya la media noche cuando Gloria se inclinó hacia su marido, sentado frente a ella.

—Estás pálido como un cadáver, David. ¿Qué te sucede?—le preguntó con ansiedad—. ¿Tan cansado te encuentras? Te advierto que vamos a ir a Ciboure... Lo mejor que puedes hacer es volverte a casa.

Joyce oyó esto y dijo a voces :

—Es una idea excelente, Dad... Ven; yo te llevaré... En Ciboure me reuniré con vosotros, verdad *Mummy*? Voy a tomar tu coche, Dafne—añadió dirigiéndose a la hija de Mannering.

—No me lo estropees—le recomendó ésta con una voz extraña, abrasada, enronquecida por el opio y el alcohol.

Golder hizo una seña al maestresala.

—¡ La cuenta !

Habló impremeditadamente y después se acor-

dó de que según Gloria, les habían convidado en Miramar. Los hombres que estaban allí se volvieron de espaldas. Únicamente Hoyos se quedó mirándole y arrugando irónicamente los labios, sin decir nada. Pero él se encogió de hombros y pagó.

—Vamos, Joy...

Hacía muy buena noche. Subieron al auto abierto de Dafne. Joyce lo puso en marcha y salió a todo correr. Parecía que los álamos de ambos lados de la carretera, se hundían y desaparecían en el fondo de un pozo.

—Joyce... loca... vas a matarte cualquier noche en estas carreteras—exclamó Golder pali-deciendo.

Ella no contestó nada, pero redujo la velocidad, como a disgusto.

Cuando llegaron a la entrada de la ciudad, le miró con ojos muy abiertos y un tanto extraviados.

—¿Has tenido miedo, Dad?

—¡Te matarás!—repitió él.

Joyce hizo un gesto de indiferencia.

—¿Qué más da? Sería una muerte muy hermosa...

Suavemente, amorosamente, se pasó los labios por un arañazo de su mano, que sangraba, y murmuró:

—Una noche espléndida... vestida para un baile... se rueda un ratito... ¡y se acabó!

—¡Cállate!...—exclamó su padre horrorizado. Ella se rió.

—*Poor old Dad*

Y luego, de pronto:

—¡Vaya! Apeémonos, que ya hemos llegado. Golder levantó la cabeza.

—¡Pero si esto es el Casino!... ¡Ah! ¡Ahora comprendo!...

—Volveremos a marcharnos en seguida, si quieres.

Se quedó inmóvil, mirándole y sonriéndose. Estaba segura de que después de ver los luminosos balcones del Casino, las sombras de los jugadores que pasaban y volvían a pasar por el otro lado de las vidrieras, y aquel balconcito estrecho que daba al mar, no se marcharía.

—Vamos adentro. ¡Una hora, nada más!...

Joyce, sin hacer caso de los lacayos que se agrupaban en las escalinatas, dió un grito salvaje:

—¡Cuánto te quiero, Dad! ¡De fijo vas a ganar; ya verás!

El se rió y dijo:

—Pues no pienso darte ni cinco céntimos; te lo advierto, niña.

Entraron en la sala de juego. Algunas mujer-

citas que mariposeaban por entre las mesas, conocieron a Joyce y la saludaron. Ella suspiró :

—¡ Cuándo me dejarán jugar a mí, Dad ! ¡ No sabes con qué afán lo deseo !

Pero él no la oía ya. Miraba los naipes y le temblaban las manos. Tuvo que llamarle muchas veces su hija, hasta que, al fin, se volvió, diciendo :

—¡ Qué ! ¿ Qué quieres ? ¡ Me estás molestando !

—Voy a sentarme allí—le dijo indicándole un diván que había a lo largo de la pared.

—Bueno ; vete donde quieras, pero ¡ déjame en paz !

Joyce se rió ; encendió un cigarrillo, tomó asiento en el canapé de terciopelo, con las piernas dobladas debajo de su cuerpo, y se puso a jugar con sus perlas. Desde su sitio veía sólo a la muchedumbre que rodeaba las mesas : hombres callados, trémulos ; mujeres que alargaban el cuello, todas a la vez, con el mismo movimiento de zambullida, ávido y extraño, hacia las cartas y el dinero. Alrededor de Joyce daban vueltas unos hombres desconocidos ; de cuando en cuando ella, para distraerse, dejaba pasar por entre sus pestañas casi juntas, una mirada solapada de coqueta, voluptuosa y enamorada, que paraba en seco a alguno de ellos, casi involuntariamente. Enton-

ces soltaba la carcajada, se volvía hacia otro lado y seguía esperando.

Una vez, al separarse los grupos para dar paso a jugadores nuevos, pudo ver con toda claridad a su padre; el súbito y extraño envejecimiento de su demacrado rostro, que el reflejo de las lámparas ponía verde, la llenó de vaga intranquilidad.

—¡Qué pálido está!... ¿Qué le sucede? ¿Estará perdiendo?—pensó.

Se puso, luego, de pie, y miró ávidamente, pero ya la multitud había cerrado el cerco junto a las mesas... Hizo un gesto de desasosiego.

—¡Por vida!... ¿Me acercaré?... No; la persona interesada en el juego da mala sombra.

Buscó por la sala; vió a un joven desconocido que paseaba llevando del brazo a una bella mujer, casi desnuda, y le hizo una seña, imperiosamente.

—¡Oiga!... ¡A usted, sí!... ¿Gana ese viejo de Golder?...

—No, quien gana es el otro viejo feo, Donovan—contestó la mujer nombrando a un jugador ilustre en las timbas del mundo entero.

Joyce tiró con rabia el pitillo.

—¡Es preciso, es preciso que gane!—murmuró con desesperación—. ¡Quiero mi auto! ¡Lo quiero! Necesito irme a España con Alé... ¡Solos, libres!... Nunca he dormido una noche entera con

él, en sus brazos... ¡Alé de mi vida!... ¡Tiene que ganar! ¡Dios mío, haced que gane!...

Transcurría la noche. A su pesar, dejó caer Joyce la cabeza sobre uno de sus brazos. El humo le irritaba los ojos.

Oyó vagamente, como desde las profundidades de un sueño que alguien se reía, indicándola.

—¡Mira! ¡Joycita, que se ha dormido! ¡Qué hermosa es!

Se sonrió; acarició sus perlas con un movimiento suave del cuello y se quedó profundamente dormida. Poco después, entreabrió los ojos; las vidrieras del Casino estaban cada vez más pálidas y sonrosadas.

Hizo un esfuerzo para levantar la cabeza, que le pesaba, y miró. Había menos gente. Golder seguía jugando. Alguien dijo:

—Ahora gana. Había perdido cerca de un millón...

Salía el sol. Joyce volvió instintivamente la cara hacia la luz y siguió durmiendo. Era ya muy de día cuando notó que la zarandeaban. Se despertó, tendió las manos y las cerró al sentir las llenas de billetes prensados, arrugados, que su padre, de pie ante ella, le metía por entre los dedos.

—¡Ay, Dad!—dijo muy alegre—. ¿Es de veras? ¿Has ganado?

El no se movía; la barba, que le había crecido durante la noche, cubría sus mejillas de una ceniza espesa.

Articulando con trabajo las palabras, dijo:

—No. He perdido más de un millón, me parece; pero luego lo he vuelto a ganar con cincuenta mil francos encima. Tómalos, son para ti. Y no hay más. Vámonos.

Se apartó y echó a andar penosamente hacia la puerta. Joyce, a medio despertar aún, le seguía, y llevaba arrastrando, cogido de la mano, un hermoso abrigo de terciopelo blanco, que barría el suelo. Sus manos, repletas de billetes que se le salían por entre los dedos, caían a ambos lados. De pronto le pareció que Golder se paraba, se tambaleaba.

—¿Estoy soñando?... ¿Habré bebido?—pensó.

Y en aquel instante se inclinó aquel corpachón de un modo raro y alarmante; abrió los dos brazos en el aire, removi6 el vacío y se desplomó con ese ruido sordo y profundo como un gemido que parece ascender desde las raíces vivas de un árbol derribado, hasta su corazón.

CAPITULO XIII

—Apártese usted de la ventana, señora, que está usted estorbando al señor profesor—murmuró la enfermera.

Gloria retrocedió unos pasos maquinalmente, con la mirada fija en el lecho; la pesada cabeza, echada hacia atrás, hacia un hoyo de la almohada.

—Parece que está muerto—pensó estremeciéndose.

No había recobrado el conocimiento, al parecer. Inclinado sobre el cuerpo inerte, el médico le auscultaba, le palpaba; él no se movía, ni se quejaba siquiera.

Gloria retorció nerviosamente con ambas manos su collar y volvió la cara.

¿Iría a morirse?

—El se tiene la culpa de todo esto—murmuró

irritada, casi en voz alta—. ¿Qué necesidad tenía de jugar? ¡Ya estarás contento!—cuchicheó sin darse cuenta, como si hablara con él—. ¡Idiota! ¡El dinero que va a costar esto, Dios mío!... Con tal de que se cure... Con tal de que no dure mucho la enfermedad... Me volvería loca... ¡Qué noche he pasado!...

Recordó que había permanecido en aquella alcoba toda la noche, esperando hasta la mañana al doctor Ghédalia, preguntándose a cada instante si iría a morir se Golder, allí, ante sus ojos... ¡Era horrible!... ¡Pobre David!... Sus ojos...

Volvió a ver aquella mirada extraviada, que no se apartaba de ella. Le daba miedo la muerte, pero se encogió de hombros. ¡No se muere así como así!...

—¿Pero qué necesidad tenía yo de esto?—pensó mirándose a hurtadillas en el espejo.

Hizo un ademán brusco, de impotencia y de rabia, y se sentó, tiesa, rígida, en una butaca.

Entretanto, Ghédalia había vuelto a subir las sábanas sobre el pecho del paciente, y se levantaba. Golder dejó escapar un quejido muy perceptible. Gloria preguntó febrilmente:

—Dígame usted. ¿Qué tiene? ¿Es cosa grave? ¿Es enfermedad larga? ¿Tendrá que estar mucho tiempo en cama? ¡Dígame la verdad, se lo suplico; puedo oír todo lo que usted me diga!...

El doctor se recostó en el respaldo de su silla, se pasó lentamente la mano por la negra barba y se sonrió :

—¡ Qué conmovida está usted, señora! —dijo con voz dulce y musical que fluía como la leche—. No hay, sin embargo, motivo para tanto... Sí, sí, ese desmayo, ¿ verdad?, nos ha asustado un poco; nos ha impresionado, y es natural que así haya sido... Pero dentro de ocho o diez días, cuando haya descansado bien, no le quedará ni el recuerdo... Es un poco de cansancio... de exceso de trabajo... ¡ Ay! ¡ Cada día envejecemos veinticuatro horas, señor mío! Nuestras arterias no tienen ya veinte años. No se puede ser y haber sido...

—¿ Lo ves? — exclamó vehementemente Gloria—. ¡ Si ya lo sabía yo! Por menos de nada te figuras que te vas a morir. ¡ Mírele usted! ¡ Pero, habla, hombre; di algo, vamos a ver!

—¡ No, eso no — intervino apresuradamente Ghédalia—; no debe abrir la boca, sino todo lo contrario! Descanso, descanso y descanso... Vamos a ponerle una inyección que le calmará el dolor nervioso que padece, y vamos a dejarle tranquilo marchándonos de aquí, señora mía.

—¡ Pero dime de una vez lo que tienes! ¿ Te encuentras mejor? — repitió Gloria impaciente—. ¡ David!

Hizo él un leve movimiento con las manos; movió los labios, y ella vió en su boca la forma de la palabra, sin oírla: «Me duele...»

—Venga usted, señora; dejémosle tranquilo. No puede hablar, pero nos oye: ¿no es cierto, caballero?—añadió en tono animoso y cambiando una mirada rápida con la enfermera.

Salió. Gloria se reunió con él en la galería inmediata.

—No es cosa de cuidado, ¿verdad?—dijo—. ¡Es un hombre tan impresionable, tan nervioso!... ¡Si usted supiera qué noche tan espantosa me ha dado!...

El doctor levantó solemnemente su mano, blanca, chiquita y gordezuela, y dijo cambiando el tono de voz:

—¡No siga usted, señora! Es criterio mío, inquebrantable, no dejar que mis enfermos tengan la más mínima sospecha acerca de su dolencia, cuando ésta ofrece un peligro... evidente... Pero, ¡ay!, a sus parientes debo decirles la verdad, y también es criterio mío no ocultársela a la familia de mis enfermos... ¡No ocultársela nunca!—dijo con energía.

—Pero, ¿qué? ¿Acaso va a morirse?

El doctor dirigió a Gloria una mirada de sorpresa maliciosa, que quería decir claramente: *Por lo que veo es inútil andar con contemplacio-*

nes. Se sentó, cruzó las piernas, echó un poco atrás la cabeza y contestó con dejadez :

—Inmediatamente, no, señora...

—¿Qué tiene?

—*Angor pectoris*—Silabeó estas palabras latinas con evidente complacencia—. En nuestro idioma, un ataque de angina de pecho.

No dijo nada Gloria. El comentó :

—Puede vivir mucho tiempo todavía : cinco, diez o quince años, si se somete a un régimen y a cuidados apropiados. Tiene que renunciar, ¡ naturalmente !, a los negocios. Nada de emociones ni de cansancio. Una vida tranquila, apacible, normal, sin agitaciones. Descanso absoluto. Para siempre... Sólo con estas condiciones respondería de él, en cuanto es posible responder, porque esta enfermedad es fértil en sorpresas fulminantes... No somos dioses...

Se sonrió amablemente :

—Como es natural, no se trata de hablarle de ello ahora mismo ; ya lo comprenderá usted, señora. Ahora padece de un modo espantoso... Pero podemos confiar en que dentro de ocho o diez días se habrá resuelto la crisis en uno o en otro sentido, y entonces será ocasión de plantear el ultimátum...

—Pero...—replicó Gloria con la voz alterada—, eso no es..., eso no es posible... Renunciar a los

negocios... No es posible... Se moriría...—acabó, nerviosamente, viendo que el médico no decía nada.

—Señora — contestó Ghédalia, sonriéndose—, crea usted que he visto muchos casos de estos... Clientes míos son los poderosos de este mundo, si me permite usted decirlo... En su tiempo asistí a un banquero famosísimo... Entre paréntesis, mis colegas le desahuciaron unánimemente... Pero no es de esto de lo que se trata. El caso es que el caballero padecía una enfermedad semejante a la del señor Golder... Mi diagnóstico fué exactamente el mismo de ahora... Sus familiares temían que atentara contra su vida... Pues bien, ese famosísimo banquero vive todavía. Han pasado desde entonces quince años... Se ha convertido en un coleccionista inteligente y apasionado de objetos de plata cincelada, de la época del Renacimiento. Posee muchas piezas admirables, entre otras un jarro de tocador que se cree que fué la primera obra del gran Benvenuto Cellini... Me atrevo a decir que, con la contemplación de aquellas cosas bellas y raras, disfruta satisfacciones que no conoció nunca. Esté usted segura de que en cuanto pasen las primeras semanas de esa inevitable contrariedad, su esposo de usted descubrirá también su... ¿cómo le llamaría yo?... su *hobby*..., su manía... Colección de esmaltes, de

piedras preciosas, diversiones mundanas, ¡yo qué sé! Los hombres somos unos niños grandes...

—¡Qué imbécil!—pensó Gloria.

Y se vió acometida de un acceso de satisfacción amarga al figurarse a David preocupado con libros raros, medallones, mujeres... ¡Oh! ¡Qué imbécil! ¿Y vivir? ¿Y comer? ¿Y vestirse? ¿Acaso creía el médico que el dinero nacía como la hierba?

Se puso en pie de pronto e hizo una inclinación de cabeza.

—Muchas gracias, señor doctor. Ya resolveré...

—Pero yo he de estar al corriente de los progresos de mi enfermo—dijo Ghédalia sonriendo levemente—, y creo que sería mejor dejarme el cuidado de enterarle más adelante. Es preciso tener mucho tacto, mucha discreción... Nosotros, los profesionales, estamos, ¡ay!, acostumbrados a tratar el alma tanto como el cuerpo.

Le besó la mano y se fué. Gloria se quedó sola.

Se puso a recorrer de arriba abajo, en silencio, la desierta galería. Ella sabía... Siempre lo supo... que no ahorró jamás un céntimo para ella... Todo se gasta, todo desaparecía de un negocio a otro... ¿Y ahora? Miles de millones «en el papel», sí; pero en la mano... ¡ni esto! —silbó con rabia entre sus apretados dientes—.

El me decía : ¡ No te preocupes ! ¡ Aún estoy yo aquí ! ¡ Imbécil ! ¿ Acaso no se debe esperar la muerte a todas horas, a los sesenta y ocho años ? ¿ No es la primera obligación de un esposo asegurar a su mujer un capital decoroso, suficiente ? Ellos no poseían nada. Cuando David se retirara de los negocios, no les quedaría un solo céntimo. Los negocios... Si aquel río de plata, vivo, dejara de correr, « acaso le quedaría un millón—pensaba ella—, tal vez dos, arañando mucho... » Se encogió de hombros, furiosa. Un millón, con la vida que llevaban, les duraría seis meses... Seis meses... y aquel hombre inútil, aquel moribundo, sobre las costillas... Sería necesario que viviese quince años más, todavía—exclamó con voz rencorosa—. ¡ Para la dicha que me ha procurado !... ¡ No, no !... Le odiaba, porque era brutal, viejo, feo, porque no tenía en este mundo más amor que el del dinero. ¡ El cochino dinero, y no sabía conservar si quiera ! Nunca la quiso... La cubría de alhajas, más como a un escaparate viviente, como una muestra ; pero desde que Joyce empezó a crecer, las joyas eran para ella... ¿ Joyce ?... ¡ A ésta sí que la quería !... ¡ Y aun así !... Porque era joven, bonita, brillante. ¡ Orgullo ! ¡ No tenía en el fondo de su alma más que orgullo y vanidad ! Ella también, por un diamante, por una sortija nueva, tenía que aguantar escenas

y gritos. «¡Déjame en paz! ¡No tengo dinero! ¿Quieres que acabe de una vez?» ¿Y los demás? ¿Qué hacían? ¡Todos trabajaban, como él! No se creían más inteligentes ni más poderosos que los demás hombres; pero al menos, cuando llegaban a viejos, o se morían, dejaban a sus mujeres a cubierto de necesidades... ¡Hay mujeres con suerte!... Al paso que ella... La verdad es que nunca se cuidó de ella... Nunca la quiso... Si no, no hubiera podido vivir una hora tranquilo sabiendo que su mujer no tenía nada... nada más que los escasos ahorros que reunió, a costa de Dios sabe cuánta paciencia y cuántos esfuerzos... «¡Pero ese dinero es mío!, ¡mío! No vaya a creer que pienso atender con él a su existencia... Ya basta con un... entretenido—murmuró acordándose de Hoyos—. Que él se las arregle como pueda...» Después de todo, ¿por qué había de decirle ella la verdad? ¿A santo de qué? Bien sabía que con su temor de juicio a la muerte lo abandonaría todo para no pensar más que en su preciada salud, en su vida... ¡Egoísta! ¡Cobarde!... Pero, ¿tengo yo la culpa de que en tantos años no haya sabido ganar dinero bastante para poder morir tranquilo? ¡Y precisamente ahora, cuando los negocios se encuentran en situación tan difícil!... ¡Sería estar loca!... Más adelante... ¡Ahora estoy sobre aviso, y vigilaré... Ese nego-

cio que quiere emprender... Ha dicho que es una cosa muy interesante... Bueno. Cuando se haga ese negocio habrá llegado el momento oportuno de impedirle que se meta en otra combinación. Ya será hora...

Titubeó, miró hacia la puerta, se acercó a un escritorio pequeño que había en un rincón.

«Señor Doctor :

Consumida por la intranquilidad, me resuelvo, después de pensarlo mucho, a llevarme a toda prisa a mi querido enfermo a París. Adjunto va, con la expresión de mi agradecimiento...»

Se interrumpió; dejó la pluma, atravesó rápidamente la galería y entró en la alcoba de Golder. No estaba la enfermera. El dormía, al parecer. Agitaba sus manos un temblor imperceptible. Le dirigió una mirada distraída; buscó un momento a su alrededor, y acabó por ver las ropas abandonadas encima de una silla. Cogió la americana, registró el bolsillo interior, sacó la cartera y la abrió. Precisamente había en ella un billete de mil francos doblado en cuatro. Lo apretó en la mano.

Entró la enfermera.

—Está más tranquilo—dijo indicando al enfermo.

Haciéndose violencia, se inclinó Gloria y rozó con sus pinñados labios la mejilla de su marido. Golder dejó escapar un gemido, movió levemente las manos como si quisiera apartar el collar de frías perlas que se deslizaba a lo largo de su pecho. Gloria se irguió, dando un suspiro.

—Más vale que me vaya. No me conoce.

CAPITULO XIV

Aquella misma noche volvió el médico.

—No he querido—dijo—dejar que se marche el señor Golder sin salvar mi responsabilidad respecto a él. Su esposo de usted, señora, no está en condiciones de ser llevado a ninguna parte. Tal vez no me expliqué bien esta mañana...

—Al contrario—murmuró Gloria—, me alarmó usted de un modo... ¿exagerado tal vez?

Calló. Se miraron un instante en silencio. Ghédalia vacilaba, al parecer.

—¿Quiere usted, señora, que reconozca otra vez al enfermo? Voy a comer a la Villa de los Aonianos, a casa de mistress Mackay. Todavía dispongo de media hora... Me agradecería mucho, se lo aseguro a usted, poder modificar el rigor de mi diagnóstico.

—Muchas gracias—dijo ella hipócritamente.

Le hizo pasar a la alcoba de Golder, y se que-

dó sola, en el salón, detrás de la puerta cerrada y escuchando. El médico hablaba en voz muy baja con la enfermera. Se separó de allí con gesto de mal humor, y fué a acodarse en el balcón abierto.

Al cabo de un cuarto de hora salió el médico, frotándose las blancas manecitas.

—¿Qué pasa?

—Pues pasa, señora, que la mejoría es tan notable que empiezo a creer que estamos ante una crisis de índole puramente nerviosa... Es decir, no producida por una lesión del corazón... No he de pronunciarme aún de un modo definitivo, dado el estado de agotamiento en que se encuentra el paciente; pero puedo asegurar, desde ahora mismo, que en lo que concierne al porvenir, hay motivos para sentirse francamente optimista. No habrá necesidad, de fijo, de que el señor Golder renuncie a sus actividades, y esto duran te muchos años aún...

—¿De veras?

—Sí.

Calló y luego siguió diciendo, más ligeram ente :

—No obstante, repito que en el estado en que ahora se halla no se le puede mover. Usted hará lo que su conciencia le aconseje. Yo he descargado la mía de un peso muy grande.

—Ya no pienso en eso, doctor...

Le tendió la mano, sonriéndose.

—Le estoy a usted agradecida en el alma... Usted dispensará, ¿no es cierto?, un momento de ofuscación muy disculpable, y continuará asistiendo a mi pobre enfermo.

El hizo como si titubeara, y, por último, prometió.

Desde entonces, todos los días se paraba su auto blanco y rojo ante la casa de los Golder. Así transcurrieron cerca de quince días. Luego, de pronto, desapareció Ghédalia. El primer acto consciente que realizó Golder, un poco después, fué firmar un cheque de veinte mil francos para pago de los honorarios del médico.

Aquel día habían incorporado por primera vez al enfermo sobre sus almohadones. Amparándolo con un brazo por la espalda, le sostenía Gloria, le inclinaba un poco hacia adelante, sosteniendo con la mano derecha el cuaderno de cheques abierto ante él. Le miraba a hurtadillas y con dureza. ¡Cómo había cambiado!... Sobre todo la nariz... Antes no tuvo nunca aquella forma —pensaba Gloria—, enorme, ganchuda, como la de un usurero viejo y judío... Y aquella carne blanda, trémula, que olía a fiebre y a sudor... Recogió la estilográfica, que las débiles manos del enfermo, abiertas, habían dejado caer en la cama, manchando las sábanas de tinta.

—¿Estás mejor ya, David?

No contestó. Desde hacía cerca de dos semanas no había dicho más palabras que : «me ahogo» o «me duele»... mascullándolas con voz ronca y desconocida, que sólo la enfermera comprendía, al parecer. Permanecía tendido, con los ojos cerrados, los brazos extendidos a lo largo del cuerpo inmóvil, callado como un cadáver. Sin embargo, cuando Ghédalia se fué, la enfermera se inclinó hacia él, le arregló el embozo y murmuró a su oído : «Está satisfecho...» Bajo los párpados levantados, temblorosos, brotó una mirada insistente, dura, que se fijaba, con honda expresión de súplica y de desaliento, en sus labios, en su rostro... «Lo entiende todo», pensaba la mujer. Pero—y tampoco más adelante, cuando pudo hablar y dar órdenes—nunca le preguntó a ella ni a nadie el nombre de su enfermedad, el tiempo que duraría, ni cuándo podría levantarse, salir... Se conformaba, aparentemente, con las indeterminadas afirmaciones de Gloria : «Pronto estarás mejor... Era exceso de trabajo... Tendrás que dejar el tabaco... que te hace mucho daño, David... Y el juego... Ya no tienes veinte años...»

Cuando se fué Gloria, pidió la baraja. Se pasaba horas enteras haciendo solitarios sobre una bandeja colocada sobre sus rodillas. La enfermedad le debilitó la vista y ya no soltaba los len-

tes, grandes, con montura de plata y tan pesados que a cada paso se le caían rodando por la cama. Los buscaba largo rato a tientas, con sus temblorosas manos, que se enredaban en las arrugas de la sábana. Cuando daba fin a un solitario barajaba los naipes y volvía a empezar.

Aquella tarde la enfermera dejó la ventana y las persianas entreabiertas. Hacía mucho calor. Sólo cuando pasó algún tiempo, ya al anochecer, intentó echar sobre los hombros de Golder un chal, que él rechazó enfadado.

—Bueno, bueno; no se incomode usted, señor Golder. Lo hacía porque empieza a sentirse el airecillo del mar. Supongo que no querrá usted recaer...

—¡Pero, señor!—protestó Golder con su voz débil y ahogada, que expelía trabajosamente las palabras—. ¿Cuándo querrán dejarme en paz? ¿Cuándo podré levantarme?

—El doctor ha dicho que a fines de semana, si hace buen tiempo.

Golder arrugó el entrecejo.

—El doctor... ¿Por qué no viene ese hombre?

—Creo que le han llamado desde Madrid para una consulta.

—¿Le... le conoce usted?

Otra vez advirtió la enfermera la expresión de ansiedad y de avidez en sus ojos.

—Sí, sí, señor Golder; mucho.

—¿Y es... de veras... un médico bueno?

—Muy bueno.

Se echó hacia atrás sobre las almohadas, bajó los párpados y cuchicheó en seguida:

—He estado enfermo mucho tiempo...

—Pero ya se pasó...

—Se pasó...

Se palpó el pecho, levantó la cabeza, miró fijamente a la enfermera...

—¿Por qué me duele aquí?—dijo de pronto con sol labios trémulos.

—¿Ahí?... ¡Oh!...

Le quitó la mano suavemente y se la puso descansando sobre las sábanas.

—Ya lo sabe usted... Ya ha oído al médico... Eso son dolores nerviosos... que no tienen importancia.

—¿No?

Suspiró, se irguió maquinalmente y volvió a coger la baraja.

—Pero... ¿No es en el corazón?... ¿eh?

Lo dijo de prisa, en voz baja, sin mirarla y con profunda emoción. La enfermera respondió:

—No, señor, ¡qué ha de ser!

Ghédalia había encargado mucho que se ocultara la verdad... A pesar de lo cual habría que decírsela más pronto o más tarde... Pero esto no

era cosa de ella... ¡Pobre hombre! ¡Qué miedo tenía a la muerte!... La enfermera dijo, indicando los naipes:

—Se ha equivocado usted... Lo que tiene que poner ahí es el as de espadas y no el rey..., ¿a ver? Ponga usted ahora el siete...

—¿En qué día estamos?—preguntó él sin escucharla.

—En martes.

—¿Ya? Debía de estar yo en Londres—añadió a media voz.

—Ahora, señor Golder, tendrá usted que viajar menos...

Le vió que palidecía, labios inclusive.

—¿Por qué? ¿Por qué?—murmuró con voz entrecortada—. ¡Qué dice usted, Dios mío! ¡Está usted loca!... ¿Que me han prohibido... prohibido viajar... marcharme?...

—No, no—contestó ella rápidamente—. ¿De dónde saca usted eso? Yo no he dicho semejante cosa... Únicamente que habrá usted de cuidarse durante algún tiempo... Ni más ni menos...

Se acercó a él; le pasó un paño por la cara; por sus mejillas corrían las gotas de sudor, gruesas como lágrimas.

—Esta mujer miente... Se lo conozco en la voz... ¿Qué tendré yo, Dios mío? ¿Qué tendré?

¿Por qué me ocultan la verdad? Yo no soy ninguna mujer..., ¡por vida de !...

La rechazó débilmente y se volvió del otro lado.

—Cierre usted el balcón..., tengo frío.

—¿Va usted a dormir?—preguntó la enfermera, atravesando la habitación sin hacer ruido.

—Sí. Déjeme tranquilo.

CAPITULO XV

Poco después de las once, cuando la enfermera empezaba a dormirse, oyó, de pronto, la voz de Golder en la habitación inmediata. Acudió y le encontró sentado en la cama, con la cara encendida y agitando las manos.

—Escribir... quiero escribir...

—Le ha subido la fiebre—pensó la enfermera.

E intentó volver a ocostarle, haciéndole reflexiones, como a un niño.

—No es, ésta, hora de escribir... Mañana, señor Golder, mañana... Tiene usted que dormir ahora...

Golder renegó y repitió sus órdenes, esforzándose por hablar de distinta manera, más tranquilo, con lucidez, como antes.

Acabó la enfermera por llevarle su estilográfica y un pliego de papel, pero él apenas si pudo tra-

zar unas pocas letras; casi no podía mover la mano, pesada, dolorida, como sujeta por un peso. Gimió, murmuró:

—Escriba..., usted...

—¿A quién?

—Al doctor Weber. Busque usted sus señas en el Anuario de París, que está abajo. Ruéguele que venga inmediatamente. Con toda urgencia. Ponga mi dirección y mi nombre, ¿entendido?

—Sí, señor Golder.

Pareció que se tranquilizaba. Pidió de beber. Volvió a tumbarse sobre las almohadas y dijo:

—Abra usted las persianas, el balcón... Me ahogo...

—¿Quiere usted que me quede aquí?

—No; no hace falta. Yo llamaré... El telegrama, mañana a las siete de la mañana; en cuanto abran la oficina de telégrafos...

—Sí, señor; sí, señor; descuide. Duerma tranquilo.

Se volvió del otro lado con muchísimo trabajo, con un jadeo penoso y profundo que no se calmaba. Permaneció inmóvil, mirando fijamente hacia el balcón. Soplaban el viento y las cortinas, unas cortinas grandes, blancas, que se inflaban, como si fuesen globos. Escuchó mucho tiempo, maquinalmente el rumor de las olas... Una, dos, tres... al choque sordo contra la roca del faro,

allá abajo, y luego el chapoteo húmedo, musical, leve, del agua que se deslizaba por entre las peñas... Silencio... La casa parecía desierta.

Volvió a pensar otra vez:

—¿Qué será ésto? ¿Qué tendré yo? ¡Dios mío! ¿Qué tengo? ¿El corazón? ¿Será el corazón? Me están engañando. Lo sé perfectamente. Hay que saber mirar cara a cara...

Se interrumpió, oprimió nerviosamente sus manos una contra otra. Temblaba. No tenía ánimos ni para pronunciar, ni para pensar francamente: la muerte... Miró con una especie de espanto el cielo deslumbrador que llenaba el balcón:

—¡No puedo! ¡Aún no!... Tengo que trabajar todavía... ¡No puedo! ¡Adenoi!—cuchicheó desesperadamente, recordando de pronto el olvidado nombre del Señor—. ¡Bien sabéis que no puedo!... Pero, ¿por qué no me dicen la verdad?

¡Cosa rara! Durante la enfermedad creyó cuanto le dijeron... El tal Ghédalia... Y Gloria... Sin embargo, estaba mejor. No podía negarlo... Le permitían levantarse, salir... Pero el tal Ghédalia no le inspiraba confianza... Por lo demás, apenas si se acordaba de su facha... Pero ¡hasta el nombre!... Un apellido de charlatán. De Gloria no podía venir nada bueno. ¿Por qué no se le ocurrió a ella también llamar a Weber, que era el primer médico de Francia? Cuando ella tuvo

aquel ataque al hígado, le llamó en seguida. Era para ella... ¡naturalmente!... En cambio, tratándose de él... Para Golder servía cualquiera, ¿verdad?... Se le representó la cara de Weber; sus profundos ojos cansados, que parecían que leyeran hasta en el fondo de las almas. Ya le diré yo... ¡eso es!... Necesito saberlo... tengo que trabajar... El me comprenderá...

Después de todo... ¿para qué, Dios mío? ¿Qué adelanto con saberlo anticipadamente? Había de ocurrir la cosa en un segundo, como el desmayo^o aquel en el Casino... Pero sería definitivamente... ¡para siempre, Dios mío!... ¡No, no! ¡No hay enfermedad que sea incurable!... Veamos... Yo digo: el corazón, el corazón... el corazón... como un imbécil... Pero aunque fuera el corazón... A fuerza de cuidados, observando un régimen, creo que... ¿Tal vez?... ¡Seguramente!... Los negocios... sí, los negocios son lo más terrible... Pero no son para siempre; los negocios no duran toda la vida... Vamos a ver; ahora tenemos el de Teïsk... Este, como es natural, hay que terminarlo ante todo... Será cosa de seis meses, de un año—pensó con su invencible optimismo de hombre de negocios—. Sí, de un año a lo más. Y luego, ¡se acabó! Podré vivir tranquilo, descansar... Ya soy viejo... Habrá que parar cualquier día... No quiero seguir trabajando

hasta que me muera... Quiero vivir todavía... No fumaré... no beberé... no jugaré... Si lo que tengo es del corazón, me conviene estar tranquilo, calma, nada de emociones, de... Únicamente...

Se encogió de hombros y dijo con ironía :

—¿Negocios... y nada de emociones? ¡Antes de acabar con lo de Teïsk reventaré cien veces, sí, cien veces!...

Se volvió con mucho trabajo y se quedó tum bado de espaldas. Sentíase de pronto extraordinariamente débil y cansado. Miró el reloj. Era muy tarde. Cerca de las cuatro. Quiso beber ; buscó el vaso de limonada que le habían preparado para la noche, y le dió un golpe contra la mesa.

La enfermera, que se despertó al punto, asomó la cabeza por la rendija de la puerta.

—¿Ha dormido usted algo?

—Sí—contestó él, por contestar.

Bebió ávidamente, le tendió el vaso y de pronto se quedó quieto e hizo una seña.

—¿No ha oído usted?... En el jardín... ¿Qué es?... Asómese para verlo...

La enfermera se asomó.

—Me parece que es la señorita Joyce, que vuelve.

—Llámelá usted.

Salió la enfermera, suspirando, a la galería.

Los tacones altos y puntiagudos de Joyce crujían en el pavimento. Golder le oyó preguntar :

—¿Qué le pasa? ¿Está peor?

Entró corriendo, y lo primero de todo, oprimió el interruptor y llenó de luz la alcoba.

—¡No sé cómo puedes estar así, Dad! ¡Esa lamparilla es lúgubre!...

—¿Dónde estabas?—murmuró él—. Hace dos días que no te veo.

—Ya no me acuerdo... tenía que hacer...

—¿De dónde vienes?

—De San Sebastián. Había un baile por todo lo alto en casa de María Pía. Mira mi vestido. ¿Te gusta?

Entreabrió el abrigo y apareció casi desnuda, con un traje de tul color de rosa, escotado hasta el nacimiento de sus menudos y delicados senos; con un hilo de perlas alrededor de la garganta, el dorado cabello alborotado por el viento. Golder la miró mucho tiempo sin decir nada.

—¡Qué raro te encuentro, Dad!... ¿Qué tienes?... ¿Por qué no me dices nada? ¿Estás enfadado?

Se subió a la cama de un salto rápido y se puso de rodillas a sus pies.

—Escucha, Dad... Esta noche he bailado con el Príncipe de Gales... Le oí decir a María Pía : *«It's the loveliest girl I've ever seen...»* Le pre-

guntó cómo me llamaba... ¿No te agrada?—murmuró con una risa alegre, que produjo en sus pintadas mejillas dos hoyuelos infantiles.

Se inclinaba de tal modo sobre el pecho de su padre, que la enfermera, que estaba de pie, detrás de la cama, le hizo señas para que se apartase y le dejara... Pero Golder, a quien solamente el peso del embozo sobre el corazón le ahogaba, la permitía, sin decirle nada, que descansara y agitase sobre él la cabeza y los desnudos brazos.

—Estás contento, mi querido Dad; ya lo sabía—exclamó Joyce.

Una sonrisa repentina, como una mueca, distendía con doloroso esfuerzo las comisuras de sus labios de viejo, cerrados.

—¿Lo ves? Estabas enfadado porque te abandoné para irme a bailar, ¿eh? Pero aun así, soy yo quien te hace sonreír por primera vez. Oye, Dad, ¿no lo sabes? He comprado el «auto»... ¡Si vieras qué lindo es!... Corre como el viento... Eres un cariño, Dad...

Se calló, bostezó de pronto, echó al aire con la punta de los dedos su pelo de oro, enredado.

—Voy a acostarme; tengo mucho sueño... Ayer volví a casa a las seis... ¡No puedo más! Esta noche he bailado sin parar...

Entornó los ojos y canturreó en voz baja, jugando pensativa con sus pulseras:

«Tus ojos, bailando, Marquita,
aunque tú no quieras,
de deseos brillan...»

—Buenas noches, Dad; que duermas bien y que tengas sueños agradables...

Se acercó a él y le rozó la mejilla con un beso.

—Anda—dijo el padre—. Vete a dormir, Joy...

Se fué. El oyó el ruido de sus pasos, durante largo tiempo, con una expresión diferente, apaciguada, dulcificada...

—Esta niña... con su vestido de color de rosa... lleva consigo la alegría, la vida...

Ya se sentía más tranquilo, más fuerte...

—La muerte—pensó—, si me dejo llevar... eso es... Tontunas, nada más que tontunas... Hay que trabajar, trabajar más todavía... Tübingen tiene setenta y seis años... A los hombres como nosotros sólo nos conserva la vida el trabajo...

La enfermera, que había apagado la luz, preparó una tisana en la cocinilla de alcohol. De pronto se volvió hacia ella Golder.

—No hace falta enviar el telegrama. Rómpalo usted.

—Está bien, señor.

En cuanto se fué la enfermera, David se durmió tranquilamente.

CAPITULO XVI

Cuando estuvo curado Golder finalizaba el mes de septiembre, pero hacía mejor tiempo aún que a mediados de estío; no soplaban viento alguno y el ambiente estaba bañado de luz, dorado como la miel.

Un día, después del almuerzo, en vez de subir a su cuarto para echarse un poco, según costumbre, se sentó en la terraza y pidió los naipes. Gloria no estaba allí. Hoyos apareció poco después.

Le dirigió Golder una mirada por encima de los lentes, sin decir nada. Hoyos bajó casi hasta el suelo el respaldo móvil de una *chaise-longue*; se sentó en ella y se estiró como si estuviese en una cama, con la cabeza echada hacia atrás y los brazos caídos, rozando, muy a su gusto, con la punta de las uñas el frío mármol del pavimento.

—Hace buen tiempo; menos calor—murmuró—. Aborrezco el calor...

—¿Sabe usted, por casualidad, dónde ha almorzado mi hija?—preguntó Golder.

—¿Joyce? Me figuro que en casa de las de Mannering... ¿Por qué?...

—Por nada. Nunca está aquí.

—Son cosas de su edad... Además, ¿para qué le ha regalado usted ese coche nuevo? Ahora parece que tiene los demonios en el cuerpo...

Hizo una pausa, se incorporó sobre un codo y miró al jardín.

—¡ Ahí tiene usted a su Joyce !...

Se acercó a la balaustrada para gritar :

—¡ Eh, Joyce ! ¿ Te vas a marchar ahora ? ¡ Estás loca ! ¿ Sabes ?

—¿ Cómo ?—refunfuñó Golder.

Hoyos se reía con toda su alma.

—¡ Qué graciosa es ! Se lleva consigo su casa de fieras. De verdad... Jill... ¿ No has cogido tus muñecas también ? ¡ No ! ¿ Y tu principito ? ¿ Tampoco le llevas, guapa ? ¡ Mírela usted, Golder, qué graciosa está !

—¡ Ah ! ¿ Pero está Dad ahí ?—exclamó Joyce—. Le estoy buscando por todas partes.

Subió corriendo a la terraza, vestida con su abrigo de viaje, su gorrito encasquetado hasta los ojos y el perro bajo el brazo.

—¿Adónde vas?—preguntó Golder levantándose de pronto.

—¡Adivínalo!

—¿Cómo quieres que yo sepa los caprichos que nacen en esa cabeza loca?—dijo Golder incomodado—. ¡Cuando yo te hable tienes que contestar! ¿Sabes?

Se sentó Joyce, cruzó las piernas, le miró como desafiándole y se echó a reír alegremente.

—Voy a Madrid.

—¡Cómo!

—¿No lo sabía usted?—intervino Hoyos—. Pues sí. Esta criatura ha resuelto irse a Madrid, en automóvil... sola... ¿No es cierto, Joyce? ¿Sola?—murmuró sonriéndose—. En su manía de correr como el viento, lo más probable es que se estrelle en el camino; pero es capricho suyo, y hay que dejarla... ¿De modo que no lo sabía usted?

Golder golpeó el suelo con su pie, violentamente.

—¡Joyce! ¡Insensata! ¿Qué has discurrido ahora?

—Ya hace tiempo que te dije que me iría a Madrid en cuanto tuviese un coche nuevo... ¿Qué tiene de particular?

—Te prohibo que te vayas. ¿Me oyes?—dijo Golder muy despacio.

—Te oigo. ¿Qué más?

Golder se acercó a ella violentamente con la mano levantada; pero Joyce, un poco pálida, seguía riéndose.

—¿Vas a abofetearme, Dad? Me tiene sin cuidado, lo sabes bien. Pero te costará muy caro.

Sin tocarla siquiera bajó su padre el brazo.

—¡Vete!—dijo pasándole las palabras con esfuerzo por entre los labios apretados—. Vete a donde te dé la gana...

Volvió a sentarse y cogió la baraja.

Joyce murmuró con zalamería:

—¡Vamos, Dad, no te incomodes!... Comprende que pude marcharme sin decirte nada... ¿eh? Además, ¿qué puede importarte a ti?...

—Vas a romperte esa cabecita tan linda, querida Joyce—dijo Hoyos acariciándole una mano—. Ya lo verás...

—Eso es cosa mía. ¡Vamos, Dad, hagamos las paces, anda!

Se acercó a él y le rodeó el cuello con sus brazos.

—Dad...

—No eres tú quien debe ofrecerme la paz... ¡Déjame! ¿Qué manera es esa de hablar a un padre?—dijo rechazándola, en tanto que Hoyos se reía burlescamente.

—¿No le parece a usted que es un poco tarde

para empezar la educación de esta monísima criatura?

Golder dejó caer el puño sobre las cartas.

—¡Déjeme usted en paz!—gruñó—. ¡Y tú, vete! ¿Crees que voy a rogarte?

—¡Todo me lo estropeas, Dad! ¡Todas mis diversiones! ¡Toda mi felicidad!—dijo la muchacha, en tanto que por sus mejillas se deslizaban unas lágrimas de nerviosidad que brotaron de pronto—. ¡Déjame! ¡Déjame! ¿Crees que se divierte una mucho aquí desde que estás enfermo? ¡Yo no puedo más! Andar despacito, hablar bajo, no reírse, no ver más que caras de mal humor, tristes... ¡Quiero y quiero marcharme, ea!

—Vete. ¿Quién te lo impide? ¿Te vas sola?

—Sí.

Golder bajó la voz.

—No te figures que te creo, ¿eh? Tú vas a rodar por esas carreteras con ese chulito. ¡Grandísima pérdida! ¿Crees que estoy ciego? Pero ¿qué le he de hacer yo? ¡No puedo hacer nada!—repitió con voz trémula—. No creas que te ríes de mí, ¿sabes? Aún no ha nacido el que haya de reírse del viejo Golder, ¿lo entiendes?

Hoyos se reía suavemente, con las manos puestas a modo de pantalla delante de la boca.

—¡Qué molestos son ustedes!... Todo es in-

útil, querido Golder... ¡ Ya se ve que no conoce usted a las mujeres !... No hay más remedio que ceder... Ven a darme un beso, lindísima Joyce...

Ella no le oía. Dejaba caer la cabeza sobre un hombro de su padre.

—¡ Dad... querido Dad !...

El la apartó.

—¡ Déjame ! Me estás ahogando... Y vete pronto ; si no, te marcharás demasiado tarde...

—¿ No me das un beso ?

Hizo un esfuerzo para rozar con sus labios la mejilla que ella le tendía.

—¿ Yo ? Sí... Toma.

Joy le miró. Estaba extendiendo los naipes ; sus dedos, poco firmes, parecía que se escurrían en la madera de la mesa. La muchacha dijo :

—Dad... ¿ Sabes que no tengo dinero ?

No contestó el padre, y ella repitió :

—¿ Oyes, Dad ? Haz el favor de darme dinero...

—¿ Qué dinero ?—preguntó Golder con un tono seco y tranquilo, que Joyce no le había oído nunca.

Esforzándose por disimular su impaciencia, que le hacía retorcerse los dedos nerviosamente, contestó Joyce :

—¿ Qué dinero ? Pues el dinero para el viaje. ¿ Cómo te figuras que voy a vivir en España ? ¿ Con qué ? ¿ Con mi cuerpo ?

Golder reprimió una mueca.

—¿Necesitas mucho dinero?—dijo con calma, mientras contaba con un dedo las trece cartas que formaban la primera fila del solitario.

—No sé... ¡Vamos!... Me estás aburriendo... Como es natural... mucho... lo de costumbre... Diez, doce, veinte mil...

—¡Ah!

Metió la mano en el bolsillo interior de la americana de su padre y trató de sacar la cartera.

—¡No me mortifiques más!... Dámelo en seguida. ¡Vamos, trae!

—No—dijo Golder.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Digo que no.

Echó la cabeza atrás. La miró largamente, sonriéndose. Hacía mucho tiempo que no acertaba a decir que no de aquella manera, con el tono duro y claro de antes... Otra vez murmuró: «No», como si saboreara la forma del vocablo, como si éste fuera una fruta. Juntó poco a poco las manos delante de la barbilla y se pasó varias veces el extremo de las uñas a lo largo de los labios.

—Parece que te choca... ¿Quieres irte? ¡Vete! Pero, ya lo has oído. ¡Ni un céntimo! Tú verás lo que haces. ¡No me conoces todavía, hijita!

—¡Te odio!—exclamó Joyce.

Bajó él la cabeza y empezó a contar las cartas

a media voz: Una, dos, tres, cuatro... Pero al llegar a la última de la fila se confundió visiblemente; repitió en voz más baja y trémula: Una, dos, tres... Luego se detuvo como si le faltaran las fuerzas, y suspiró profundamente.

—Tampoco tú me conoces a mí—le replicó su hija—. Te he dicho que quería irme, ¡y me iré! ¡Maldita la falta que me hace tu cochino dinero!...

Llamó, silbando, a su perro y se fué. Un momento después se oyó en la carretera el ruido del automóvil que corría como una tromba. Golder no se había movido.

Hoyos se encogió de hombros levemente.

—¡Bah, querido amigo, ella se las arreglará!...

Como David no le contestaba, murmuró entornando sus delicados ojos cansados y sonriéndose:

—No conoce usted a las mujeres, querido... Ha debido usted abofetearla. La novedad del ademán la hubiese contenido tal vez... Con esa clase de bestezuelas no se sabe nunca...

Golder sacó la cartera del bolsillo y empezó a darle vueltas y más vueltas entre las manos. Era una cartera vieja, de piel negra, estropeada, como casi todas las cosas de su uso; el forro, de seda, deshilachado; le faltaba una cantonera de oro. Estaba hinchada de billetes y sujeta con una

goma. De pronto la cogió Golder, apretando los dientes, y se puso a dar fuertes golpes en la mesa con ella. Los naipes salían volando. Golder golpeaba sin cesar la madera, que resonaba sordamente a cada golpe. Por último, se paró, volvió a guardarse la cartera, se puso de pie, pasó por delante de Hoyos, dándole, de intento, un empujón con todo el cuerpo, y dijo:

—¡ Así doy yo las bofetadas !

CAPITULO XVII

Todas las mañanas bajaba Golder al jardín y paseaba durante una hora a lo largo de un abrigado camino. Andaba despacio, por la faja de sombra de los añosos cedros, contando sus pasos metódicamente; al llegar a los cincuenta, se paraba, se recostaba en el tronco de un árbol, ensanchaba con doloroso esfuerzo las oprimidas narices y respiraba profundamente, penosamente, tendiendo los abiertos labios de un modo instintivo hacia el viento del mar. Luego reanudaba el paseo y la cuenta de sus pasos. Golpeaba, distraído, las piedrecitas con la contera de su bastón... Vestido con una hopalanda gris, vieja, enrollado al cuello un tapabocas de lana, y con un sombrero viejo, negro, raído, se parecía muchísimo a un traperero judío de cualquier pueblo de Ukrania. A veces, andando, levantaba un hom-

bro, con un movimiento maquinal y cansado, como si izara sobre la espalda un pesado fardo de tela o de cosas de hierro viejo.

Salió aquel día, por segunda vez, a eso de las tres. Hacía muy buen tiempo. Se sentó en un banco, frente al mar. Desenrolló un poco el tapabocas, se desabrochó por arriba el gabán y respiró con precaución. Su corazón palpitaba acompasadamente; tan sólo el sempiterno silbido del asma subrayaba el flujo y reflujo del aire en su pecho, con un ruidito leve, agudo y quejumbroso.

El banco estaba de lleno al sol y el jardín se maceraba tranquilamente en una luz transparente y amarilla como el aceite fino.

Golder cerró los ojos, extendió sobre las rodillas, dando un suspiro, mezcla de tristeza y de bienestar, sus manos frías a todas horas, y luego se refregó con suavidad las falanjes. Le gustaba el calor. En París, en Londres, el tiempo debía ser detestable, de seguro... Aquel día esperaba al director de la Golmar, que le anunció la víspera su llegada... Era la señal para la partida... Sabe Dios a dónde tendría que ir todavía... Le daba lástima irse... El tiempo era magnífico.

Resonaron unos pasos en la arena del jardín. Volvióse David y vió a Loewe: un hombrecillo pequeño, pálido, con la cara gris, consumido, tí-

mido, que flaqueaba bajo el peso de una cartera enorme y llena de papeles.

Loewe fué durante mucho tiempo un modesto empleado de la Golmar. Actualmente era el director desde hacía cinco años, pero las miradas de Golder le azoraban como en otro tiempo, sometiéndole a un temblor interno. Fuése hacia él precipitadamente, encorvando los hombros, riendo de un modo nervioso. Golder recordó una vez más las palabras de Marcos, tantas veces repetidas: «Tú, muchacho, te crees un gran hombre de negocios y no eres más que un especulador; no sabes elegir ni encontrar hombres. Estarás solo toda tu vida, rodeado de granujas o de imbéciles.»

—¿A qué ha venido usted?—preguntó cortando con brusquedad las interminables y embrolladas frases con que Loewe le preguntaba por su estado de salud.

Este se quedó callado, se sentó en el borde del banco y, dando un suspiro, abrió su cartera...

—Yo le explicaré... Haga usted el favor de escucharme con atención... Aunque tal vez eso le canse... ¿Prefiere usted esperar? Las noticias que traigo...

—Son malas—le interrumpió Golder, enfadado—. ¡Es natural! Déjese de discursos, por amor de Dios! Diga lo que tiene que decir y con claridad, si puede.

—Sí, señor—murmuró precipitadamente Loewe.

La enorme cartera no se sostenía bien en sus rodillas; la apoyó con las dos manos contra el pecho y empezó a sacar legajos de cartas y de papeles que iba colocando sucesivamente en el mismo banco. Al fin murmuró, angustiado:

—¡No encuentro la carta...! ¡Ah, sí, aquí está! ¿Usted permite?

Golder se la arrebató de las manos.

—¡Deme usted eso!...

La leyó sin decir nada; pero Loewe, que no le quitaba ojo, sorprendió un leve estremecimiento en sus labios.

—¡Ya ve usted!—dijo en voz baja, como si se disculpase.

Le entregó otros documentos.

—Hemos tenido todas las contrariedades al mismo tiempo, como siempre sucede... La Bolsa de Nueva York dió anteayer el último golpe, si puede decirse así. Pero eso no hizo más que precipitar las cosas... Me figuro que ya se lo esperaba usted...

Golder levantó rápidamente la cabeza.

—¿Qué? Sí—murmuró con un tono como si pensara en otra cosa—. ¿Dónde está el informe de Nueva York?

Al ver que Loewe empezaba a revolver sus papeles los rechazó con arrebató de un puñetazo.

—¿No ha podido usted ordenar eso antes? ¡Por vida...!

—Acabo de llegar en este momento... y no... no he tenido tiempo siquiera de entrar en el hotel...

—¡No faltaba más!—rió Golder.

—Ha visto usted, ¿verdad?—insistió Loewe tosiendo nerviosamente—, la carta del Banco Británico. Si no se les cubre antes de ocho días, venderán de oficio sus títulos de usted.

—¡Eso lo veremos!... ¡Cochinos!... Weille es quien ha dispuesto eso...; pero ya me las pagará, ¡lo juro! Mi descubierto es allí de cuatro millones, ¿no es eso?

—Sí—contestó Loewe bajando la cabeza.

—Están muy irritados, ¡mucho!, contra la Golmar en estos momentos. En la Bolsa circulan los rumores más pesimistas desde que el pobre señor Marcos... Sus enemigos de usted, señor Golder, han llegado hasta a desfigurar del modo más falso y más malvado la enfermedad que acaba usted de pasar...

Golder se encogió de hombros.

—Eso...

No le extrañaba aquello. Ni tampoco los efectos del suicidio de Marcos...

—Eso le consolaría antes de morir—pensó.

Y continuó diciendo:

—Nada de eso tiene importancia. Voy a hablar con Weille... Lo que me preocupa, sobre todo, es Nueva York... Habrá que ir, forzosamente, a Nueva York. ¿No hay nada de Tübingen?

—Sí. Un telegrama que llegó cuando yo salía.

—¿A qué espera usted para dármele, hombre de Dios?

Lo leyó: «Estaré en Londres 28 corriente.»

Se sonrió un poco.

—Con la ayuda de Tübingen todo se arreglará fácilmente. Telegráfíe usted en seguida a Tübingen que el 29 por la mañana estaré en Londres.

—Muy bien. Perdone usted..., ¿es cierto lo que se dice?...

—¿Qué?

—Que está usted encargado por la Tübingen de negociar con los Soviets el convenio referente a la concesión del Teisk, y que Tübingen rescata sus acciones de usted y le da entrada en la combinación. ¡Ese sí que sería un magnífico negocio! ¡Y qué crédito en cuanto se sepa...!

—¿En qué día estamos?—le preguntó Golder.

Y calculó rápidamente:

—Son las cuatro... Podría salir hoy... No, el sábado no vale la pena. Me es indispensable ver a Weille en París. Mañana. El lunes por la mañana, en París; puedo seguir el viaje a las cua-

tro. Estaré en Londres el martes... Para Nueva York hay barco el día primero... ¡Si pudiera prescindir de Nueva York...! No, no es posible... Sin embargo, yo debía estar en Moscú el quince, lo más tarde el veinte... ¡Qué difícil es todo esto!...

Se oprimió las manos como si estuviera cascando nueces entre las palmas.

—Es difícil. Tendría que partirme en pedazos. En fin, ¡allá veremos!

Calló. Loewe le presentó otro papel lleno de nombres y números.

—¿Qué es esto?

—Si quisiera usted echarle una ojeada... Son los ascensos del personal... Ya recordará usted... Hablamos de ellos con el señor Marcos en abril último...

Golder examinó la lista con el entrecejo arrugado.

—Lamberto, Matías... Sí, está bien... ¿La señorita Wieilhomme? ¡Ah, sí! la mecanógrafa de Marcos... esa zorrilla que ni siquiera sabe escribir una carta correctamente... ¡No!, de ningún modo. A la otra sí, a la jorobadita. ¿Cómo se llama?

—La señorita Gassion.

—A esa sí... ¿Charbers? ¿Su yerno de usted? ¿Le parece a usted que no basta con haberle dado

un empleo a ese imbécil?... Se digna ir a la oficina un par de veces por semana, cuando no tiene otra cosa que hacer... ¡y para lo que trabaja!... ¡Ni un céntimo! ¿Lo oye usted bien? ¡Ni un céntimo!

—El caso es que en abril...

—En abril tenía yo dinero, y ahora no lo tengo. Si fuera a ascender a todos los holgazanes, a todos los hijos de familia con los cuales entre usted y Marcos llenaron las oficinas... ¡Venga el lápiz!

Tachó varios nombres violentamente.

—¿Y Levine, que acaba de tener el quinto hijo?...

—Eso no me importa a mí.

—¡Vamos, vamos! Se quiere usted hacer más cruel de lo que es...

—No me gusta que los demás sean generosos con mi dinero, Loewe, como lo hace usted. Es muy agradable prometer a tontas y a locas... y que luego tenga yo que salir del paso cuando no hay en Caja ni un céntimo, ¿verdad?

Se calló de repente. Pasaba un tren. Se oía con toda claridad en el tranquilo ambiente, cómo aumentaba el ruido, cómo se acercaba. Golder bajó la cabeza y escuchó.

Loewe dijo:

—Ya lo pensará usted, ¿no es cierto?... Levine... Mantener a cinco hijos con dos mil francos

mensuales, es muy difícil... Hay que ser compasivo...

Se alejaba el tren. Un silbido prolongado, que la distancia hacía más leve, cruzó el aire como un llamamiento, como una pregunta de inquietud.

—¡Compasivo!...—exclamó Golder con repentina violencia—. ¿Por qué? ¡Nadie lo ha sido conmigo!... ¡Nadie se ha compadecido nunca de mí!...

—¡Oh, señor Golder!...

—Sí, sí; pagar, pagar y siempre pagar. ¡Para eso he venido al mundo!

Respiró con fuerza y terminó diciendo por lo bajo y con diferente tono de voz:

—Suprima usted los ascensos que he tachado... ¿Entendido? Y tome usted los billetes. Nos iremos mañana.

CAPITULO XVIII

—Me marcho mañana—dijo Golder al levantarse de la mesa.

Gloria se estremeció levemente y dijo :

—¡ Ah !... ¿ Para mucho tiempo ?

—Sí...

—Estás seguro... seguro de que eso es prudente, David?... Aún sigues enfermo.

El se echó a reír.

—¿ Y eso qué importa ? ¿ Tengo, por ventura, derecho a estar enfermo, como los demás ?

—Ese tono de víctima—dijo Gloria entre dientes, iracunda.

Se fué, dando un portazo. Los colgantes de cristal de los candelabros que había encima de la mesa, agitados por la corriente de aire, sonaron en medio del silencio con un tintineo rápido, argentino.

—Está nervioso—dijo Hoyos.

—Sí. ¿Sales esta noche? ¿Deseas el automóvil?

—No, gracias, querida.

Gloria se volvió hacia el criado.

—No necesito al «chauffeur» hoy.

—Bien, señora.

Y dejando sobre la mesa la bandeja de plata, los licores y los cigarros, se fué.

Ella permaneció callada un instante. Luego prosiguió, con cierta rabia:

—¡De todo esto tiene la culpa David!... ¡Mima a esa chiquilla como un insensato, como un imbécil!... ¡Y ni siquiera le tiene cariño!... ¡Ella adula su vanidad de advenedizo!... Se conduce como una perdida... ¿Sabes cuánto dinero le dió él la noche que se puso enfermo en el Casino?... ¡Cincuenta mil francos! ¡Ya está bien! ¿Eh? Algunas personas me describieron la escena. En la timba, ella, andando medio dormida, con las manos llenas de billetes de Banco, que se le salían por entre los dedos... como una mujerzuela que hubiese robado a algún vejete... ¡Y al hablar conmigo, siempre el mismo estribillo: «los negocios están muy mal», «tengo que trabajar mucho»!... ¡Soy muy desgraciada! En cuanto a Joyce...

—¡Es seductora!...

—Ya lo sé—le interrumpió Gloria.

Hoyos se calló en el acto, se fué hacia el bálcon y aspiró el aire.

—¡Qué buen tiempo hace! ¿Quieres que bajemos al jardín?

—Como gustes.

Salieron juntos. Hacía una hermosa noche de luna; los blancos reflectores de la terraza espolvoreaban la arena del paseo y las ramas de los árboles con una luz teatral y fría.

—Mira qué bien huele—habló nuevamente Hoyos—. El viento sopla de España. Se nota un perfume como de canela, ¿no lo percibes?

—No—contestó ella con sequedad.

Se acercó a un banco.

—Sentémonos—dijo—. Me cansa andar a obscuras.

Se sentó él a su lado y encendió un pitillo; la llama del encendedor iluminó de pronto su rostro caído, sus párpados hinchados, enfermizos, ajados como flores muertas, la pura línea de sus labios, jóvenes aún, llenos de vida.

—Pero, ¿qué sucede? ¿Estamos solos esta noche?

—¿Esperas a alguien?—preguntó Gloria distraída.

—No, a nadie, especialmente...; pero me choca... La casa está a todas horas llena de gente, como una posada en día de feria. No me quejo

de eso, no... Ya somos viejos, hija mía, y necesitamos a nuestro alrededor gente y ruido. No ocurría lo mismo antes, pero ¡todo pasa!

—¡Antes! —repitió ella—, ¿sabes cuántos años hace?... Es espantoso...

—Cerca de veinte años.

—Desde 1901. Fué en el Carnaval de Niza de 1901. ¡Veinticinco años!

—Sí—murmuró él—, una extranjerita extraviada en las calles, con su sombrero de paja, su vestido sencillo... ¡Qué pronto cambió todo aquello!

—Entonces me querías... y... Ahora no tienes cariño más que al dinero... Ya lo sé, ya... Si no fuese por mi dinero...

El se encogió de hombros.

—¡Chito! ¡Chito!... No te enfades, que te pones más vieja... y esta noche me siento muy tierno... ¿Te acuerdas, Gloria, del baile «azul y plata»?

—Sí.

Callaron ambos, evocando al mismo tiempo, sin duda, la calle de Niza en aquella noche de Carnaval, llena de máscaras que pasaban cantando; las palmeras, la luna, el vocerío de la muchedumbre en la plaza de Massena..., su juventud..., la hermosa noche, voluptuosa y fácil, como una romanza napolitana...

Hoyos sacudió bruscamente su cigarro.

—¡Basta de ensueños retrospectivos, querida; me hacen sentir el frío de la muerte!...

—Es cierto—dijo Gloria estremeciéndose sin querer—. Cuando me acuerdo de aquella época... Yo quería venir a Europa... No sé dónde buscó David el dinero para mi viaje... Vine en tercera... Cuando desde el entrepuente veía bailar a las señoras, cubiertas de alhajas... ¿Por qué se logrará todo tan tarde?... Aquí, en Francia, vivía en una casa de huéspedes... Cuando a fin de mes no venía el dinero de América yo comía por todo alimento una naranja, encerrada en mi habitación... Nunca lo supiste... Yo me daba pisto... ¡Bien sabe Dios que no eran muy alegres para mí todos los días!... ¡Pero cuánto daría por aquellos días, todas estas noches!

—Ahora le toca a Joyce... Cosa rara: eso me da rabia y me consuela al mismo tiempo. A ti no, ¿eh?

—No.

—Ya lo suponía—murmuró él.

Por el tono de voz adivinó ella que se sonreía y dijo de pronto:

—Hay una cosa que me mortifica... Me has preguntado muchas veces lo que dijo Ghédalia, el médico, de la enfermedad de...

—Sí, ya te entiendo.

—Pues bien, lo que tiene es una angina de pecho. Puede morirse de un momento a otro.

—¿Lo sabe él?

—No. Ya... ya he procurado yo que Ghédalia no se lo dijese. Quería el médico que abandonara sus negocios... ¿Cómo hubiéramos vivido entonces? No ha ahorrado nada para mí, nada, ni un céntimo. Pero yo no creía que tuviera que marcharse tan pronto. Y esta noche tiene la muerte retratada en el semblante. No sé qué es mejor...

Hoyos chascó los dedos con expresión de disgusto.

—¿Por qué hiciste eso?

—Yo creí que hacía bien... Pensaba en ti, como siempre. ¿Qué sería de ti, el día en que David no ganara nada? Porque ya sabes a dónde va a parar mi dinero.

—¡Oh!—dijo él riéndose—, No deseo vivir hasta el día en que las mujeres dejen de darme dinero. Los amantes viejos, de corazón, tienen una gracia de libertinaje que me encanta.

Gloria hizo un gesto de impaciencia.

—¡Deja eso! ¿No ves lo nerviosa que estoy? ¿Qué debemos hacer? Si le digo la verdad y lo abandona todo... ¡No digas que no! Tú no le conoces. En estos momentos no piensa más que en su salud, le asedia la idea de la muerte. ¿No le has visto por las mañanas, con su gabán vie-

jo, paseando por el jardín al sol? ¡Ay! ¡Si aún tuviera que verle así muchos años!... ¡Preferiría que se muriese ahora mismo! Aunque... ¡Ah! Nadie había de sentir su muerte, lo aseguro...

Hoyos se inclinó para coger una flor; la arrugó entre los dedos y luego olió su perfumada mano.

—¡Qué bien huele!—murmuró—. Es exquisito este olor frío, a pimienta... Se desprende sin duda de esos clavelitos blancos que bordean las praderas... Eres injusta con tu marido, hija. Es un buen hombre.

—¡Un buen hombre!—repitió Gloria irónicamente—. ¿Sabes, siquiera, cuántas ruinas, cuántos suicidios, cuántas desgracias ha causado? Por culpa suya se mató Marcos, su socio durante veintiséis años. No lo sabías, ¿verdad?

—No—contestó él con indiferencia.

—En fin...—repitió Gloria—, ¿qué haremos?

—No hay que hacer más que una cosa, querida... Prepararle poco a poco, en lo posible; darle a entender... Pero no creo que renuncie al negocio que tiene entre manos... Fischl me ha hablado del asunto vagamente...; pero tú sabes que no entiendo de esas cosas. Por lo que he podido comprender, los negocios de tu marido están muy mal en estos instantes. Para ponerse otra vez a flote confía en una negociación con

los soviets... Es cosa de petróleos, me parece... De todas maneras, lo cierto es que si se muriese de repente, en la situación en que se halla su capital, te encontrarías ante una herencia embrolladísima, con muchas deudas y ningún dinero.

—Es cierto; sus asuntos están muy enredados; él mismo no sabe cómo salir del apuro, si no me equivoco.

—¿Y no hay nadie que esté al corriente?...

—No—dijo Gloria haciendo un movimiento de ira—; desconfía de todo el mundo, según parece, y de mí más que de nadie... ¡Sus negocios! ¡Me los oculta como si se tratara de queridas tuyas!...

—Pues bien, si él sabe, si sospecha que su vida está amenazada, adoptará algunas disposiciones, con toda seguridad... Además, eso le acicateará, en cierto modo...

Se rió a medias.

—Su último negocio, su última probabilidad... ¡Figúrate!... Sí, conviene hacérselo saber.

Los dos se volvieron instintivamente y miraron hacia la casa. En el balcón del primer piso, correspondiente al cuarto de Golder, había luz.

—No duerme.

—¡Ah!—exclamó ella en voz baja—. ¡No le puedo ver!... No me ha comprendido nunca,

no me ha querido nunca... El dinero, sólo el dinero, toda su vida... Una especie de máquina, sin alma, sin sentidos, sin nada... Me he acostado, he dormido con él durante muchos años... Siempre ha sido lo mismo que ahora... duro, frío... El dinero, los negocios... Ni una sonrisa, ni una caricia... Gritos, escenas... ¡No he sido feliz con él, ni mucho menos!...

Calló. Al moverse, el fulgor de la luz eléctrica suspendida en medio del paseo, hizo brillar los diamantes de sus orejas. Hoyos se sonrió.

—¡Qué noche más hermosa!—dijo como en sueños—; las flores perfuman el ambiente, esto es delicioso... El olor que usas es demasiado penetrante, Gloria, ya te lo he dicho... es insoponible, y mata el de esas pobres rosas de otoño... ¡Qué silencio!... Es extraordinario... Se oye el ruido del mar... ¡Qué tranquila está la noche!... Escucha esas voces de mujer que cantan en la carretera... ¡Qué delicia! ¿Verdad?... Esas voces bellas y puras, la noche... Me gusta este país. Me entristecería la venta de esta casa...

—¡Estás loco! —murmuró Gloria—. ¿Qué dices?

—¡Caramba! Eso es una cosa que puede ocurrir. No está a tu nombre la casa, ¿verdad?

Gloria no contestó nada y él prosiguió:

—¡Lo has intentado tantas veces!... ¿Te

acuerdas? Y siempre te contestaba él con el mismo estribillo: «Aún estoy yo aquí...» ¿eh?

—Es preciso hablarle esta misma noche.

—Sí; mejor será...

—Ahora mismo...

—Más valdría así...

Gloria se puso de pie muy despacio.

—Me solivianta este asunto... ¿Te quedas aquí?

—Sí; ¡hace tan buena noche!

CAPITULO XIX

Cuando Gloria entró en el cuarto de Golder, estaba éste trabajando, sentado en la cama; unos almohadones arrugados y enrollados unos a otros, le sostenían el cuerpo; tenía la pechera de la camisa desabrochada, como las mangas, anchas y largas que ondeaban sobre sus desnudos brazos. Había colocado la lámpara encima del mismo lecho, en una bandeja en la cual se veía aún una taza de te a medio vaciar, y un plato con cáscaras de naranja. La luz de la lámpara caía a plomo sobre la cabeza, inclinada, iluminando intensamente su blanco cabello.

En el instante en que Gloria abrió la puerta, se volvió de pronto, la miró y gruñó, bajando más todavía la frente:

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Quería hablar contigo—dijo ella secamente.

Golder se quitó los lentes, y se limpió con una

punta del pañuelo sus irritados ojos. Su mujer se sentó en la cama, a su lado, con el busto erguido y resonando sus perlas.

—Oyéme, David... Es indispensable que te lo diga... Tú te quieres marchar mañana... Estás enfermo, cansado... ¿Has reflexionado que si te ocurre algo desagradable me quedo sola en el mundo?

El la escuchaba en una actitud triste y fría, sin moverse, sin decir una palabra.

—David...

—¿Qué quieres?—preguntó, por fin, mirándola con aquella expresión de dureza, temerosa, testaruda, que ella sola conocía—. ¡Déjame; tengo que trabajar!

—Lo que te estoy diciendo es, para mí, tan importante como tu trabajo. Te advierto que no has de desembarazarte fácilmente de mí...

Y apretó los labios con fría violencia.

—¿Por qué te marchas con tanta prisa?

—Porque lo exigen mis negocios.

—¡Ya me figuro que no será porque vayas en busca de una querida!—exclamó ella encolezándose—. ¡Mucho ojo, David; no me soliviantes! ¿A dónde vas? Tus negocios van mal, ¿no es cierto?

—No...—murmuró él blandamente.

—¡David!

Lo dijo gritando nerviosamente, a su pesar. Le costó trabajo calmarse.

—¡ Soy tu mujer, me parece!... Tengo perfecto derecho a interesarme por esos negocios que me afectan tanto como a ti...

—Hasta este momento—dijo Golder con calma—acostumbrabas a decir: «Necesito dinero. Mira lo que haces para dármelo». Y yo te lo he dado. Así seguiremos hasta que me muera.

—¡ Sí, sí!—dijo ella furiosa y con una amenaza sorda en la voz—. Te conozco perfectamente... Siempre el mismo estribillo. ¡ Tu trabajo! ¡ Tu trabajo! Y entre tanto, ¿qué sacaré yo de todo esto si desapareces tú? ¡ Tú te has arreglado tan bien!, ¿no es eso?, que el día que te mueras, cuando caigan sobre ti los acreedores, no tendré ni una moneda de cobre!

—¡ El día que yo me muera! ¡ El día que yo me muera! Todavía no me he muerto, ¿sabes?—gritó de pronto, temblando—. ¡ Y cállate! ¿Me entiendes? ¡ Cállate!

Ella se burló.

—¡ Sí, sí; haces lo mismo que los avestruces, que esconden la cabeza debajo de un ala! ¡ No quieres ver nada ni enterarte de nada!... Pues bien... ¡ tanto peor!... ¡ Tienes una angina de pecho, hijo mío!... Puedes morirte mañana. ¿Por qué me miras así?... ¡ Eres lo más cobarde que

he visto!... ¡Un hombre!... ¡Esto se llama un hombre!... Miradlo. ¡Se va a desmayar de veras!... ¡Vamos, no pongas esa cara!—dijo, haciendo un mohín—. Todavía puedes vivir veinte años: el médico lo ha dicho. Pero ¡qué quieres! Hay que mirar las cosas cara a cara... Además, todos somos mortales... Acuérdate de Nicolás León, de Porgés, de tantos otros que manejaban fortunas inmensas. ¿Qué dejaron a sus viudas al morir? Un descubierto en el Banco. Yo no quiero que me suceda lo mismo. ¿Me oyes? Toma las precauciones que creas más convenientes. Por de pronto, pon esta casa a mi nombre. Si fueses un marido bueno, hace mucho tiempo que me hubieras garantizado un capital decoroso. Pero no tengo nada.

Se calló repentinamente y luego dió un grito. De un puñetazo había echado Golder a rodar la bandeja y la lámpara. Cayeron al suelo, esparciéndose por el pavimento con estrépito de cristales rotos en medio del silencio de la casa dormida.

Gloria protestó:

—¡Bruto, más que bruto! ¡Perro!... ¡No has variado!... ¡Sigues siendo el mismo!... El judío que vendía trapos y hierro viejo en Nueva York, llevando un saco a la espalda. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?

—¿Y tú? ¿Te acuerdas de Kichinieff y de la tienda de tu padre, el usurero, en la calle judía?... No te llamabas Gloria en aquella época, ¿eh? ¡Havké!... ¡Havké!...

Rugía este nombre en *iddisch*, como si fuese una injuria, y alzando el puño. Ella le cogió por los hombros para ahogar sus voces, hundiéndole la cabeza entre sus senos.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!... ¡Bruto!... ¡Canalla!... ¡Están ahí los criados; están escuchando!... ¡No te perdonaré nunca!... ¡Cállate, que te mato!... ¡Calla!...

De pronto le soltó y dió un gemido. Aquella boca de viejo le había mordido ferozmente la carne entre las perlas. Golder gritaba, con ojos ensangrentados, de perro rabioso:

—¿Te atreves?... ¡Te atreves a reclamar!... ¿No tienes nada?... ¿Y esto? ¿Y esto? ¿Y esto?...

Agitaba, enfurecido, el pesado collar, retorciendo el hilo entre los dedos. Ella le clavaba las uñas en las manos, sin conseguir que soltara la presa. El se ahogaba, rugía.

—¡Esto, hija mía, vale un millón!... ¿Y tus esmeraldas? ¿Y tus collares? ¿Y tus pulseras?... ¿Y todo lo que tienes, lo que te cubre de pies a cabeza?... Dices... Te atreves a decir que no te he garantizado una fortuna. ¡Mírate, cubierta de alhajas, reventando de dinero que me has arre-

batado, que me has robado!... ¡Tú, Havké!... ¡Cuando yo te recogí eras una pobre, una miserable muchacha!... ¡Acuérdate, acuérdate!... Caminabas por la nieve con los zapatos rotos, con los pies saliéndose de las medias, con las manos amoratadas, hinchadas de frío... ¡Ah, querida... yo bien me acuerdo!... Como del barco, cuando nos fuimos; de la cubierta de emigrantes... ¡En cambio, ahora, Gloria Golder! Con vestidos, joyas, casas, automóviles que he pagado yo, ¡yo!, ¡con mi salud, con mi vida!... ¡Todo lo que me has cogido, lo que me has robado!... ¿Crees que ignoro que os repartisteis Hoyos y tú cerca de doscientos mil francos de comisión cuando compré esta casa? ¡Paga! ¡Paga! ¡Paga... desde la mañana hasta la noche!... ¡Paga... paga... paga... toda la vida!... ¿Pero tú te figurabas que yo no advertía nada, que no comprendía nada, que no te veía enriquecerte, engordar a costa mía y a la de Joyce?... Amontonar tus diamantes, tus títulos de renta... ¡Pero si eres más rica que yo desde hace muchos años!... ¿Lo oyes? ¿Lo oyes?

Sus gritos le desgarraban el pecho; se llevó las manos a la garganta y rompió a toser, con un tos espantosa que conmovía todo su cuerpo, como hubiera podido hacerlo una tormenta. Por un momento, Gloria creyó que iba a morir. Pero aún

tuvo él ánimos para lanzarle en un soplo ronco, en un jadeo de tortura, desde el fondo de su destrozado pecho, estas palabras :

—¡ La casa ! ¡ No la tendrás !... ¿ Me oyes ?...
¡ Nunca !...

Luego se cayó hacia atrás, mudo e inmóvil, con los ojos cerrados. Se había olvidado de ella. Sólo oía el ruido de su respiración, aquella tos gimiente que no se calmaba, que rodaba por su garganta como una marejada, y el de su corazón, el viejo corazón enfermo, que tropezaba contra las paredes del pecho con golpes sordos y profundos...

Aquello duró mucho tiempo. Luego, poco a poco, cedió la crisis. La tos se hizo más débil y más ligera. Volvió la cabeza hacia Gloria y murmuró trabajosamente, en voz baja, ahogada, extenuada :

—¡ Conténtate con lo que tienes, anda !... Porque yo te juro que no tendrás nada más de mí...
¡ Nada !

Ella le interrumpió, a su pesar.

—No hables. Hace daño oírte.

—Déjame—gruñó él, rechazando la mano que su mujer le tendía.

No le era posible soportar el contacto de sus sortijas frías con la carne.

—Deja. Quiero que lo sepas de una vez para siempre. Mientras yo viva, todo irá bien... Eres

mi mujer y te he dado todo lo que he podido... Pero cuando me haya muerto te quedarás sin nada. ¿Está claro? Sin nada de lo que has reunido... y aún será demasiado... He dispuesto las cosas para que todo sea de Joyce. Y para ti, ni un céntimo, ¡ni un solo céntimo! Nada, nada, nada. ¿Lo oyes? ¿Lo oyes bien?

Vió claramente que las mejillas de Gloria se pusieron lívidas bajo los afeites que las cubrían.

—¿Qué dices?—preguntó ella con voz apagada—. ¿Te has vuelto loco, David?

El enfermo se enjugó el sudor que le cubría el rostro y miró sombríamente a su mujer.

—Yo quiero, yo deseo que Joyce sea libre, rica... En cuanto a ti...

Apretó con fuerza las mandíbulas.

—¡Ni esto! ¿Lo oyes? ¡Ni esto!...

—¿Por qué?—preguntó ella maquinalmente, con cierta ingenuidad.

—¿Por qué?—repitió él despacio—. Pues... ¿quieres de verdad que te diga por qué?... Pues bien, porque opino que he hecho demasiado por ti... que os he enriquecido de sobra a ti y a tus amantes...

—¿Cómo?

David se echó a reír.

—¿Te asombras?... Pero ahora lo entenderás bien, me parece, ¿eh?... He dicho a tus aman-

tes... a todos... al menudo Porgés... a Lewis Wichmann... a los demás... y a Hoyos... sobre todo a Hoyos... Lo que es a éste... Hace veinte años que le veo con sus sortijas, sus trajes, hasta sus queridas, pagado todo con mi dinero... Pero hasta aquí hemos llegado, ¿comprendes?

Como ella seguía callada, repitió :

—¿Comprendes? ¡ Ah ! ¡ Si vieras la cara que pones !... ¡ Ni siquiera intentas mentir !...

—¿Por qué?—dijo Gloria con una especie de silbido que atravesaba difícilmente sus apretados labios—. ¿Por qué?... Yo no te he engañado... Se engaña a un esposo... a un hombre que duerme con una y que le proporciona placer... Pero ¿tú? Hace muchos años que eres un viejo enfermo... un andrajo... te olvidas... no has contado los años... Hace cerca de diez y ocho que no te acercas a mí... ¿Y antes?

Prorrumpió en una carcajada.

—¿Y antes, David? Te has olvidado...

De pronto la cara de Golder se arrebató; un aflujo de sangre la amarató por completo y llenó de lágrimas sus ojos. Aquella risa... Muchos años hacía que no la oía... desde aquellas noches en que la aplastaba en vano bajo sus labios... Y, como entonces, murmuró :

—Tuya ha sido la culpa... Nunca me has querido...

Ella se rió con más fuerza.

—¿Quererte? ¿A ti, David Golder? ¿Pero se te puede querer? ¿Le das a Joyce tu dinero porque te figuras que te quiere? No. También ella quiere tu dinero nada más, ¡viejo imbécil!... Se ha ido, ¿eh? Tu Joyce te ha dejado solo, viejo, enfermo... ¡Tu Joyce! Cuando te pusiste tan enfermo, ¿te acuerdas? Cuando estabas moribundo... ella se pasó la noche bailando... Al menos, yo, por pudor, me quedé en casa... Pero ¿ella? ¡Ella bailará el día de tu entierro, idiota! ¡Sí que te quiere Joyce, sí!

—Me tiene sin cuidado.

Quiso gritar, pero su voz, torturada, no era ya más que un aliento ronco ahogado en su garganta.

—Me tiene sin cuidado. No me lo digas; ya lo sé, ya lo sé. Ganar dinero para los demás, y reventar después... Para eso he venido a este cochino mundo... Joy es una pérdida, como tú, ya lo sé; pero ella no puede hacerme daño... es algo mío, es mi hija, lo único que tengo en la tierra...

—¡Tu hija!...

Gloria se dejó caer de espaldas en el lecho, acometida por una risa estridente y loca.

—¿Tu hija? ¿Estás seguro? ¿No sabes eso, tú, que sabes tantas cosas?... Pues bien, no es tuya esa hija, ¿lo oyes? No es tuya, sino de Hoyos.

¡Imbécil! ¿No has notado cómo se le parece y cuánto le quiere?... Ella lo ha adivinado hace tiempo, te lo juro. Nunca has notado cómo nos reímos cuando besas a tu Joyce... ¡a tu hija!...

De pronto se calló. El no se movía, no decía nada. Se inclinó Gloria sobre su cuerpo. David se puso las manos delante de la cara.

La adúltera murmuró maquinalmente :

—David... Eso no es cierto... Oyeme...

Pero él no la oía. Aplastaba contra el rostro las manos, con una especie de vergüenza, y enmudecía. No oyó que su mujer se levantaba, se detenía en la puerta un instante y le miraba.

Por fin se fué.

CAPITULO XX

Poco después se levantó Golder; se arrastró trabajosamente hasta el inmediato cuarto de baño. Quería beber. Buscó durante un buen rato la botella de agua hervida preparada para la noche, y no la encontró. Abrió el grifo del baño y se mojó las manos y la boca. Se irguió poco a poco; le temblaban las rodillas como a un caballo viejo cuando se cae, medio muerto, y pretenden levantarlo a fuerza de golpes.

Por la ventana abierta entraba el viento, ya más fresco; de la noche. Se acercó instintivamente; miró hacia afuera, sin ver nada, estirando la cabeza con movimiento de ciego. Luego tuvo frío y se volvió a su cuarto.

Pisó unos cristales rotos y profirió una blasfemia ahogada; vió con indiferencia cómo le sangraban los pies, y volvió a meterse en la cama. Tiritaba. Se arrolló la ropa al cuerpo y a la cara

y apoyó la frente en las almohadas. Estaba rendido de cansancio. «Voy a dormirme... a olvidar... Mañana... ya veremos.» ¿Mañana? ¿Qué? ¿Qué podía hacer él? No había nada que hacer. ¡Nada! Hoyos... ese cochino chulo... y Joyce... «¡Y es verdad que se le parece!», exclamó de pronto en tono de desesperación. Pero casi en seguida volvió a callarse y apretó los puños. Gloria dijo: «¿No has notado cuánto le quiere?... Ella lo ha adivinado hace tiempo...» Es decir, que lo sabía, que se reía de él, que iba a refrescarse contra su cuerpo sólo por el dinero. ¡Zorrita!... Zorra. Y trabajosamente, con los labios secos, murmuró: «Yo no he merecido tal cosa.»

¡Cuánto la quiso! ¡Qué orgulloso estaba de ella! ¡Cómo se habían reído de él todos!... Una hija suya, ¡pobre idiota! ¿Pudo creer de verdad que poseía algo en el mundo?... Su suerte... Trabajar toda la vida para quedarse a lo último solo y pobre, con las manos vacías... ¡Una hija! ¡Pero si a los cuarenta años era ya viejo y estaba frío como un cadáver!... Gloria tenía la culpa; Gloria, que siempre le odió, le rechazó, le despreció... ¡aquella risa!... porque era feo, rudo, torpe... ¿Y al principio? ¡Qué miedo le daba a ella tener un hijo!... «Cuidado, David... mucho cuidado; que si me dejas embarazada me suicido...» ¡Valientes noches de amor! Después...

Ahora lo recordaba, lo recordaba perfectamente... Hacía ya diez y nueve años de aquello. Los contó. En 1907: diez y nueve años. Ella estaba en Europa; él, en América. Pocos meses antes ganó por primera vez dinero, mucho dinero, en un negocio de construcciones... Otra vez se encontraba sin nada. Gloria vagaba sola por algún sitio de Italia. De cuando en cuando, un telegrama conciso: «Necesito dinero.» Siempre lo encontraba para ella. ¿Cómo? ¡Ah! Los maridos judíos tienen que apañárselas...

Se formó una sociedad de banqueros americanos para construir una línea férrea en el Oeste; país espantoso, de llanuras y pantanos... Al cabo de diez y ocho meses se acabó el dinero y desaparecieron todos, uno tras otro... El se encargó de la empresa; encontró capitales; se fué allá, y allá permaneció. ¡Cuando ponía sus dos manos pesadas y poderosas en un negocio, no lo soltaba fácilmente, no!...

Vivía, como los obreros, en una barraca de maderas podridas. Era en la estación de las lluvias. Las paredes rezumaban agua, que también entraba por el techo de tablas mal unidas. Al hacerse de noche, los mosquitos enjambres de los pantanos zumbaban en el aire. Todos los días se moría algún hombre de fiebre. Los enterraban por la noche, para no suspender el trabajo. Los

ataúdes esperaban todo el día, bajo unas lonas mojadas, relucientes, que crujían con la lluvia y el viento.

Allí desembarcó Gloria un buen día, con sus pieles, sus uñas pintadas, sus tacones puntiaguados, que se hundían en el lodo...

Recordaba David cómo llegó, cómo entró en su casa, cómo abrió con trabajo un ventanuco de vidrios empañados. En la parte de afuera croaban las ranas. Era una tarde de otoño; el cielo tenía un color rojo oscuro, casi pardo, que se reflejaba en los pantanos... ¡Lindo espectáculo!... Una aldea miserable, olor a madera emmohecida, barro, agua... El no se cansaba de decir: «¿Estás loca? ¿Para qué has venido? Vas a coger unas fiebres... No me hacía falta ahora encontrarme con una mujer entre manos...» «Me aburría; tenía deseos de verte; somos marido y mujer, y vivimos como extraños, en los dos sitios más distantes de la tierra.» Poco después: «¿Dónde vas a dormir?» No había más que una cama de campaña, dura y estrecha. Recordaba cómo le dijo en voz baja: «Contigo, David.» Bien sabe Dios que aquella noche no la codiciaba. Estaba embrutecido de cansancio: el trabajo, las veladas, la fiebre... Aspiraba con algún temor su olvidado perfume, y repetía: «Estás loca, estás loca...», mientras ella adhería al cuerpo de su

marido el suyo, ardoroso, y murmuraba, rabiosa, entre sus apretados dientes: «Pero ¿no sirves para nada? ¿No eres hombre? ¿No te da vergüenza?» ¿Cómo no sospechó nada entonces?... Ya no se acordaba bien... A veces cierra uno los ojos y vuelve la cara porque no quiere ver. ¿Para qué? Cuando no se puede remediar nada... Luego viene el olvido... Aquella noche se separó de él su esposa con esa actitud cansada, saciada, de animal cebado. Se durmió, tirada en la cama, con los brazos en cruz, respirando muy fuerte, como durante una pesadilla... El se levantó. Había trabajado como todas las noches. La lámpara de petróleo echaba humo y hacía tufo. Llovía. Croaban las ranas al pie de los ventanucos.

Pocos días después se marchó ella otra vez. Aquel año nació Joyce... Era natural...

Joy... Joy... Repetía su nombre de una manera estúpida, con un sollozo ronco y seco, parecido al grito de un animal... A aquélla sí la quiso... Su hija... Su hijita... Se lo dió todo. Ella se burlaba de él, se rozaba contra él, a la manera que las entretenidas acarician y besan al viejo que las ama... Sabía que no era su padre... El dinero, nada más que el dinero. ¿Se hubiera ido si no como se fué? Cuando él la besaba sabía apartarse diciendo: «¡Oh, Dad, me vas a quitar los polvos!...» Se avergonzaba de él.

Era tosco y torpe, y tenía modales groseros... Le afligía el corazón una humillación salvaje. De sus hinchados ojos cayó una lágrima ardiente a lo largo de la mejilla. La aplastó con su trémulo puño cerrado. ¡Llorar por tal cosa!... ¡Por aquella criatura perdida... él, David Golder!... «Se ha ido y te ha abandonado, solo y enfermo...» Sí; pero siquiera por esta vez no había visto su dinero. Recordó con penetrante gozo bravo cómo se marchó sin un céntimo... Hoyos decía: «Ha debido usted abofetearla...» ¿Para qué? Aquella era la mejor venganza. Se habían olvidado de que era él el dueño del dinero, y si quería se morirían de hambre todos al día siguiente... Decía «(todos)», pero sólo pensaba en Joyce. No tendría nada, ni un céntimo, ¡ni esto!... Hizo chascar fuertemente la uña contra sus dientes apretados... ¡Se habían olvidado de quién era él!... Un pobre hombre enfermo, moribundo, engañado, ridículo; todo eso, sí, ¡pero también era David Golder! Cuando en Londres, en París, en Nueva York, se decía «David Golder», todo el mundo sabía que se trataba de un judío viejo y cruel que durante toda su vida fué odiado y temido; que aplastó a los que quisieron su mal. «¡Perros, perros!—murmuró—. Yo les enseñaré antes de morirme... puesto que ella dice que tengo que morirme...» Sus temblorosas manos se en-

redaban en las arrugas de la sábana. Miró con desesperada compasión aquellas manos toscas y agitadas por la fiebre: «¿Qué han hecho de mí?» Cerró los ojos y rechinó con odio: «Gloria. Sus perlas escurridizas y frías como manojos de serpientes enredadas... ¿Y la otra?... La zorrita... ¿Qué son una y otra sin mí? ¡Nada, un poco de cieno! He trabajado, he matado», dijo de pronto en voz alta, con una expresión extraña. Se interrumpió, retorció sus manos. «¡Sí, he matado a Simón Marcos, lo sé... ¡Lo sabes—se dijo a sí mismo—, y ahora...! Pero ¿se figuran que voy a seguir trabajando como un perro hasta reventar? ¡Sí que se lo figuran! ¡Ya lo creo!» Soltó una carcajada seca y absurda, como una tos sofocada. «¡La vieja loca... y la otra, la...!» Profirió en su idioma una maldición, en voz baja. «No, amiga mía, eso se ha acabado ya... se ha acabado definitivamente...» Era ya de día. Oyó ruido en la puerta. Preguntó:

—¿Qué hay?

—Un telegrama, señor.

—Entre.

El criado hizo un ademán de extrañeza.

—¿Está enfermo el señor?

Sin contestar, cogió el telegrama y lo leyó.

«Necesito dinero.—*Joyce.*»

—Si el señor quiere enviar la respuesta—dijo

el criado, que le miraba con curiosidad—, el ordenanza está ahí todavía...

—¿Cómo?—dijo Golder con calma—. No... No tiene contestación.

Volvió a acostarse y se quedó inmóvil, con los ojos cerrados. Algunas horas después se lo encontró así Loewe. No se había movido. Respiraba con una expresión de esfuerzo doloroso, echada hacia atrás la cabeza, abierta la boca, trémulos y descoloridos los labios por la fiebre y la sed.

Se negó a levantarse y a contestar; no dijo una palabra ni dió ninguna orden; parecía medio muerto, desplazado de la tierra. Loewe le puso en la mano unas cartas con solicitudes de crédito, de plazos, de auxilios; pero sus dedos inertes volvían a caer sin firmar. Loewe, desesperado, se volvió a marchar aquella misma noche. Tres días después, y arrastrando diversos capitales, como un torrente indiferente, se anunció en la Bolsa la quiebra de Golder.

CAPITULO XXI

Joyce y Alé durmieron aquella noche cerca de Ascaín. Habían salido de Madrid diez días antes y vagaban por los Pirineos, sin fuerzas para desprenderse el uno de los brazos del otro.

Casi siempre guiaba Joyce, mientras Alé y Jill dormían abrumados por el sol. Se detenían de noche, comían en los jardines de las hospederías, llenos de parejas enamoradas, de acordeones y de racimos de glicinas; lucían entre las ramas los faroles de papel, que a veces se incendiaban repentinamente; una llama viva, dorada, lamía el follaje y caía, convertida en pavesas. Los dos jóvenes, acodados a una mesa vacilante, se acariciaban y bebían vino fresco, servido por una muchacha que llevaba anudado al moño un pañuelo oscuro; luego subían para pasar la noche en habitaciones sin adornos y fres-

cas; se entregaban al amor, dormían y seguían su camino por la mañana.

Aquella noche estaban, en su recorrido, cerca de Ascain, en la montaña. El sol poniente pintaba de color de rosa las casas del pueblecito, un color rosa pálido, de confite.

—Mañana—dijo Alé—, otra vez al tormento... lady Rovenna...

—¡Qué mujer más horrible!—exclamó Joy furiosa—. Es desagradable, es fea, es malvada...

—Hay que vivir. Cuando estemos casados sólo me acostaré con muchachas bonitas—añadió él riéndose.

Colocó suavemente una mano en la fina nuca de Joy; la oprimió...

—¡Cuánto te deseo, Joy!... ¡Pero a ti sola! ¿Sabes?...

—Sí que lo sé—contestó ella con agrado y haciendo aquel gesto triunfal que hinchaba sus bellos labios pintados—. Sí que lo sé.

Aumentaba la obscuridad. En las cavidades de los Pirineos, las tranquilas nubes del anochecer empezaban a deslizarse hacia la hondonada de los valles, donde se agazapaban para pasar la noche. Joyce paró el coche en el umbral de la fonda. La fondista acudió a abrir la portezuela.

—¿Cuarto con cama de matrimonio, señores?—preguntó, sonriéndose, al verlos.

Era una estancia amplísima, con piso de madera rubia, con una cama muy grande, alta y maciza. Joyce se tumbó en seguida sobre el floreado cubrepiés, cuan larga era.

—Ven... Alé...

El amado se inclinó sobre ella.

Poco después se quejaba Joyce :

—Mira... hay mosquitos.

Daban vueltas en corro por el techo, alrededor de la lámpara encendida. Alé se apresuró a apagar la luz. Sobrevino la obscuridad de un modo repentino y solapado, mientras ellos se besaban. Ante las ventanas, en el estrecho jardín plantado de girasoles, se oyó de pronto fluir el agua de la fuente.

—Estarán poniendo a refrescar el vino blanco— dijo Alé, brillándole los ojos—. Tengo apetito, tengo sed.

—¿Qué nos darán de comer?

—He pedido cangrejos y vino—dijo Alé—; en cuanto a lo demás, tomaremos el cubierto que tengan preparado. ¿Sabes que sólo nos quedan quinientos francos? Hemos gastado cincuenta mil en diez días. Si no te envía nada tu padre...

—¡Cada vez que me acuerdo de que me dejé marchar sin un céntimo!... No se lo perdonaré nunca... A no ser por aquel viejo de Fischl...

—¿Qué te pidió ese viejo a cambio de sus cin-

cuenta mil francos?—preguntó en tono ambiguo Alé.

Ella exclamó apresuradamente:

—¡Nada, te lo juro!... Sólo de pensar que pudiera tocarme con sus asquerosas manos, me dan náuseas. ¡Tú sí que te acuestas con viejas como lady Rovenna por el dinero!...

Le prendió la boca entre los dientes, como si fuese una fruta, y le mordió con fuerza los labios.

Alé dió un grito.

—¡Me has hecho sangre, borrica!

Ella se reía en la obscuridad.

—Anda, ven, vamos abajo...

Salieron al jardín seguidos del perrito. Estaban solos. La fonda parecía desierta. Pendía entre los árboles una luna grande, amarilla, en medio del cielo, claro todavía. Joy destapó la humeante sopera y olfateó su aroma, dando un gruñidito de satisfacción.

—¡Qué bien huele!... Dame tu plato...

Le sirvió de pie, con un aspecto tan extraño, pintada, con los brazos desnudos, echando hacia atrás bruscamente sus perlas, que él se echó a reír al mirarla.

—¿Qué pasa?

—Nada... ¡Es curioso!... ¡No pareces una mujer!...

—Una muchacha—rectificó ella haciendo un gesto.

—No consigo figurarme que hayas sido niña... ¿De veras no viniste al mundo cantando y bailando, con los ojos pintados y los dedos llenos de sortijas?

—No. ¿Y tú?

—Yo tampoco.

La criada, a quien habían llamado, partió en rebanadas el pan dorado, apoyándolo contra su pecho. Joy, con la cabeza hacia atrás, la contemplaba distraídamente, estirando con languidez sus desnudos brazos.

—De pequeñita era yo muy linda... Me acariciaban, me sobaban...

—¿Quiénes?

—Los hombres. Los viejos sobre todo, como es natural...

Se llevó la criada los platos sucios y volvió con una cazuela llena de cangrejos que nadaban en una salsa picante, aromática, hirviente. Se los comieron con extraordinario apetito. Joyce los espolvoreaba todavía con pimienta, y luego sacaba la lengua, que abrasaba como un ascua. Alé sirvió vino helado, que empañaba los vasos.

—Esta noche, como de costumbre, beberemos champagne en nuestro cuarto—murmuró Joyce,

que estaba un poco penique y aplastaba entre sus dientes un cangrejo enorme—. ¿Qué champagne tienen aquí, dime? Yo quisiera Cliquot, muy seco.

Levantó su vaso con las dos manos.

—Mira... El vino tiene esta noche el mismo color que la luna... doradito, doradito. ¿Lo ves?

Bebieron juntos, confundiendo sus labios húmedos, picantes, pero tan jóvenes, que nada alteraba su delicado sabor de fruta.

Con el pollo salteado y con aceitunas y pimienta se bebieron una botella de purpúreo Chamber-tin, sabroso y cálido, que les perfumó la boca. Luego pidió Alé coñac, y lo echó, mitad y mitad, en copas grandes de champagne. Joyce seguía bebiendo. Al llegar a los postres empezó a divagar. Con el perrito en el regazo miraba al cielo, echando la cabeza atrás, y lanzaba al aire con toda su fuerza, con las puntas de sus dedos, los dorados mechones de su pelo corto.

—Quisiera dormir al aire libre toda la noche... Me gustaría quedarme aquí toda mi vida... Me gustaría amar toda mi vida... ¿Y a ti?

—Me gustan mucho tus senos chiquitines— dijo Alé, y se calló luego.

La bebida le ponía taciturno. Siguió echando gota a gota el coñac en el dorado champagne.

Era aquella una apacible noche campestre : la

luz de la luna fluía por la montaña ; cantaban las chicharras.

—Se figuran que es de día—comentó Joyce entusiasmada.

El perrito se había dormido en sus brazos, y ella no quería moverse, y dijo :

—Alé, ponme un pitillo en la boca y enciéndemelo.

Le colocó él, a tientas, el cigarrillo entre los labios, y luego la cogió por el cuello, balbuciendo palabras confusas.

Joy separó de pronto las piernas, que tenía cruzadas, y el perro, despierto, saltó al suelo y fué a tenderse en la hierba, con las patas estiradas y hocicando en la tierra húmeda y aromática de septiembre.

Alé dijo muy bajito :

—Ven, Joy, ven a disfrutar del amor...

—Ven, Jill—dijo ella al perrito.

Jill levantó los ojos y pareció que titubeaba. Pero ya ellos se metían en la obscuridad a pasos lentos y desiguales, juntando sus jóvenes cabezas ebrias. El perrito se levantó, dando un leve ronquido, semejante al suspiro de una persona, y se fué tras ellos, parándose a cada instante para olfatear el suelo.

Ya en el cuarto, como de costumbre, se instaló

frente a la cama. Lo mismo que todas las noches, le dijo ella :

—Oye, Jill, mirón cochino. Eso se paga.

La luna dibujaba grandes charcos de plata en el suelo. Joy se desnudó despacio, y luego se plantó desnuda ante la ventana. Sólo tenía encima sus perlas, que brillaban en la fría claridad.

—Soy bella... ¿Te gusto, Alé?

—¡La última noche!—dijo él lastimeramente, como un niño—. Ya, ni dinero ni nada... Tenemos que regresar, tenemos que separarnos. ¿Hasta cuándo?...

—Es verdad... ¡Dios mío!

Por primera vez aquella noche no se precipitaron glotonamente en el amor para dormirse en seguida, como animales silvestres jóvenes; estaban tristes, y, acostados en el edredón floreado, a la luz de la luna, se mecieron largamente, cariñosamente, en brazos uno de otro, sin hablar y casi sin deseos.

Luego tuvieron miedo y cerraron las maderas de la ventana, corriendo la cortina de cretona azul y rosa. Habían cortado la corriente eléctrica; era tarde. Una vela encendida en una esquina de la mesa hacía bailar sus sombras en el techo. Llegó desde lejos a sus oídos el ruido sordo de unos cascos que golpeteaban el suelo.

—Debe haber alguna granja por aquí cerca— dijo Alé al ver que Joy levantaba la cabeza—: probablemente están soñando los animales...

Jill dió entre sueños una vuelta, suspirando con tal cansancio y tristeza, que Joy murmuró sonriéndose:

—Así suspira Daddy cuando pierde en la Bolsa... ¡Ay, Alé! ¡Qué frías tienes las rodillas!...

En el blanco lecho, sus sombras unidas dibujaban un enredo extraño, algo así como un ramo de flores y tallos mezclados.

Joyce dejó que se deslizaran sus manos a lo largo de sus trémulas y dolientes caderas.

—¡Ay, Alé! ¡Cuánto me gusta amar!...

CAPITULO XXII

Golder regresó a París solo. Vendida la casa de Biarritz, Gloria y Joyce se marcharon para realizar un crucero en el «yacht» de Behring, acompañadas de Hoyos, Alé y los Mannering. Hasta diciembre no estuvo Gloria de vuelta en París, e inmediatamente fué con un anticuario a casa de Golder para venderle los muebles.

Con cierto gozo sombrío vió Golder cómo se llevaban la mesa adornada con esfinges de bronce, la cama estilo Luis XV, con sus amercillos, sus carcajes y su pabellón de cúpula. Hacía ya mucho tiempo que dormía en la sala, en una camita estrecha y dura. Al anoecer, después de marcharse los últimos carros de mudanza, sólo quedaban en la casa unas cuantas sillas y una

mesa de cocina. En el suelo se veían virutas de madera y periódicos viejos. Volvió Gloria. Golder no se había movido; estaba medio echado en su cama, abrigado el pecho con una manta negra a cuadros, mirando con expresión de desahogo las amplias ventanas desprovistas de las cortinas de damasco que interceptaban la luz y el aire.

Gloria entró. Bajo sus pasos crujía fuertemente el desnudo *parquet*. Pareció que la sorprendía aquel ruido; se estremeció de un modo nervioso, se detuvo y reanudó la marcha con trabajo, de puntillas, balanceando sin querer el cuerpo; pero aun así, continuaban los crujidos. De pronto se sentó al lado de Golder.

—David...

Se miraron un instante sin hablar, con dura expresión en los ojos. Ella intentó sonreirse; pero, a su pesar, su brutal mandíbula cuadrada avanzaba con un movimiento carnívoro, que cuando ella no ponía atención daba a su cara una expresión brutal. Por último, preguntó, azotando el aire con sus guantes retorcidos a manera de látigo:

—¿Así que estás ya satisfecho? ¿Estás contento ahora?

—Sí.

Apretó Gloria los labios violentamente y exclamó en voz baja, con voz desusada y aguda, como un silbido :

—¡Loco !... ¡Más que loco !... Creíste que sin ti y sin tu maldito dinero me iba a morir, ¿eh?... ¡Pues mira !... ¡No tengo facha de miserable, me parece ! ¿Ves esto ?

Y blandió con insistencia el brazo, en cuya muñeca sonaba una pulsera nueva.

—Esta no la has pagado tú, ¿sabes ? Así que tú verás lo que has hecho. Tú solo padeces, imbecil... Yo ya me he arreglado... Todo lo que había aquí es mío, ¡mío !—repitió golpeando con arrebató las maderas de la silla en que estaba sentada—. Y si intentaras impedirme que lo venda, tendrías que vértelas conmigo como yo quisiera y cuando yo quisiera, ¡ladrón !... ¡Mereces ir a la cárcel ! ¡Dejar sin recursos a una mujer después de tantos años de vida común y... ! Pero, contesta, ¡contéstame algo, hombre !—gritó—. Ya ves que lo sé. ¿Oyes ? ¡Confiesa ! ¿Lo hiciste de propósito para privarme de dinero ? Has arruinado, has perdido a varios desgraciados y te has perdido tú... ¿Prefieres reventar entre cuatro paredes y verme pobre a mí también ? ¿Es eso ? ¿Sí ? ¿Es eso ?

—¡Bah, qué se me da a mí !—exclamó Gol-

der; cerró los ojos, murmurando—. ¡ Me tenéis tan sin cuidado tú, tu dinero y todo lo que se relacione contigo!... ¡ Si tú supieras! Además, no creas que va a durarte mucho tu dinero, hija mía. Créemelo: cuando no hay un marido que reponga la caja, ¡ qué pronto se acaba todo!

Hablaba sin cólera, con dulce voz de viejo, subiéndose maquinalmente el cuello de la americana hasta sus mejillas. Por las rendijas de la ventana desnuda entraba de la calle un viento helado...

—¡ Sí, qué pronto se acaba todo!... Me figuro que has jugado a la Bolsa... Dicen que este año basta con tocar a un papel para que suba... Pero eso no durará siempre... y Hoyos...—soltó una sonrisita desusada, casi de hombre joven—. ¡ Qué vida la vuestra dentro de uno o dos años, criaturas!...

—¿ Y tú? ¿ Y tu vida? ¡ Si estás enterrado vivo!...

—Eso es lo que he querido—exclamó de pronto Golder con altanera violencia—, y en este mundo he hecho siempre lo que se me ha antojado...

Ella se calló y poco a poco destrenzó sus guantes.

—¿ Te quedas aquí?

—No lo sé.

—Tienes dinero todavía, ¿eh? —murmuró ella—. ¿Has ordenado tus cosas?

El bajó la cabeza.

—Sí—dijo otra vez suavemente—, tengo dinero; pero no intentes apoderarte de él... No vale la pena... He tomado mis precauciones...

Gloria sonrió irónica, indicando con la barbilla el cuarto desamueblado.

—Sí... me complace haberme desembarazado de todo aquello: de las esfinges, de los laureles... No necesito ninguna de esas cosas—añadió David con actitud de cansancio, cerrando los ojos.

Púsose en pie su mujer, recogió la piel de zorro, el bolso, y empezó a darse polvos con toda calma ante el espejo de la chimenea.

—Me parece que va a venir Joy a verte muy pronto...

Y al ver que él no contestaba, murmuró:

—Necesita dinero...

Vió en el espejo que Golder, la cara de Golder, adoptaba una expresión muy rara, y dijo apresuradamente y como a su pesar:

—¿Ha sido por culpa de ella todo esto?

Advirtió que le temblaban las mejillas y las manos con un estremecimiento brusco.

—¿Por ella principalmente? ¿Por ella, que no te ha hecho nada?... ¡Es curioso!

Soltó una risita afectada, aguda y seca.

—¡Cuánto la quieres!... ¡Dios mío, cuánto la quieres!... Como un viejo enamorado... ¡Es cómico!

—¡Basta!—rugió David.

Reprimió Gloria un movimiento de terror, y murmuró arqueando las cejas:

—¿Vas a empezar otra vez? ¿Quieres que te mande encerrar?

—Muy capaz serías de hacerlo.

Suspiró, colérico y fatigado:

—¡Vete!

Pareció que se calmaba a costa de mucho esfuerzo. Se enjugó lentamente el sudor que bañaba su rostro.

—Vete. Te lo ruego.

—Buenos, pues... ¡Adiós!

Sin contestarla, se puso de pie y se marchó a la habitación inmediata. Cerró tras él la puerta con un golpe sordo, que vibró mucho tiempo en la casa desamueblada. Gloria pensó que siempre terminaban así sus disgustos en otro tiempo...; luego, que probablemente no volvería a verle... Aquella vida solitaria se extinguiría pronto, sin duda... «¡Vivir juntos tantos años para acabar de esta manera!... Pero ¿por qué? A su edad... Cosas que suceden todos los días... El lo quiso...

¡Peor para él!... Pero ¡qué necesidad, Dios mío, qué necesidad!»

Se fué, cerró la puerta y bajó pesadamente la escalera.

Golder se quedó solo.

CAPITULO XXIII

Permaneció solo mucho tiempo. Por lo menos su familia no le molestó ya.

Todas las mañanas iba el médico a verle; atravesaba con apresuramiento las oscuras habitaciones vacías, entraba en la de Golder, auscultaba el anciano pecho, repleto aún de los estertores hondos y sordos de la noche. El corazón mejoraba. La enfermedad se adormecía. Golder parecía sumido en una especie de sueño, de triste modorra. Se levantaba, se vestía, respirando despacio, como para economizar todo lo posible sus fuerzas, el manantial de su vida. Daba dos vueltas a la estancia, calculando todos los movimientos de sus músculos, todos los latidos de sus arterias y de su corazón. Dosificaba sus ali-

mentos gramo a gramo en las balanzas de la cocina, y cuidaba, reloj en mano, del grado de cocción del huevo pasado por agua.

En la inmensa cocina, donde estaban muy a sus anchas los cinco criados de antes, sólo había ahora una criada para todo, vieja, encorvada sobre el fogón, que preparaba sus comidas mirándole con ojos de resignación y de cansancio, en tanto que él iba y venía con las manos cruzadas a la espalda, con su bata, comprada en Londres antaño, cuya seda color violeta, deshilachada, agujereada por varios sitios, dejaba salir mechones de lana blanca.

Luego mandaba arrastrar hasta junto al balcón de la sala una butaca y un taburete, y allí permanecía el día entero haciendo solitarios sobre una bandeja atravesada encima de las rodillas. Cuando hacía sol, salía para ir a la botica de la calle inmediata, se pesaba y volvía despacio a casa, parándose cada cincuenta pasos para respirar, apoyado en su bastón, sujetando con cuidado los dos extremos de su bufanda de lana, que le daba dos vueltas al cuello, prendida con un alfiler sobre el pecho.

Luego, cuando empezaba a ponerse el sol, acudía a jugar a las cartas con él un judío viejo, alemán, llamado Soifer, a quien conoció en otra época en Silesia y, perdido de vista luego, le

volvió a encontrar pocos meses hacía. La inflación arruinó a Soifer, que luego especuló con los francos y volvió a ganar cuanto había perdido. A pesar de ello, desconfiaba cada año más de ese dinero que las guerras y las revoluciones cambian así, de un día para otro, en asignados sin valor. Soifer fué convirtiendo en alhajas toda su fortuna poco a poco. Poseía en una caja de caudales, en Londres, perlas admirables y esmeraldas tan hermosas como no las tuvo nunca Gloria. Además, su avaricia rayaba en locura. Vivía en un hotel sórdido, de una calle oscura de Passy. No tomó nunca un «taxi», ni aun cuando algún amigo se ofreciera a pagarlo. «No quiero—decía—acostumbrarme a lujos que no me puedo permitir.» En invierno esperaba horas enteras el autobús, aguantando la lluvia, y cuando venían completos los asientos de segunda, dejaba pasar coche tras coche. Para que le durase más el calzado, anduvo de puntillas toda su vida. Como se había quedado sin dientes desde algunos años antes, no comía más que papillas y legumbres machacadas, para evitarse el gasto de una dentadura.

Con su piel amarillenta, seca y transparente como una hoja de árbol en otoño, tenía esa apariencia de nobleza patética que se ve alguna vez en los veteranos presidiarios cargados de años.

Caían sobre sus sienes plateados mechones de hermoso cabello blanco. Sólo su boca desdentada y escupidora, perdida entre las profundas arrugas de la cara, inspiraba una especie de repulsión, de miedo.

Todos los días le dejaba ganar Golder una veintena de francos y le oía hablar de los negocios ajenos. Tenía una especie de malhumor muy parecido al de Golder, y esta circunstancia hacía que se encontraran a gusto juntos.

Pasado algún tiempo, Soifer murió, solo como un perro, sin un amigo, sin una corona de flores en su sepultura, enterrado en el cementerio más barato de París por su familia, que le odiaba, a la cual odió él también; pero la dejó una herencia de más de treinta millones, cumpliendo hasta lo último el incomprensible destino de los buenos judíos en este mundo.

Así, pues, todas las tardes, a las cinco, jugaban a los naipes sentados a una mesa de madera sin pintar, junto al balcón de la sala. Golder, con su bata de color violeta, y Soifer, abrigado con un mantón de mujer, de lana negra, que le cubría los hombros. Los golpes de tos de Golder tenían en la callada habitación resonancias fantásticas. Soifer se lamentaba con voz irritada y quejumbrosa.

Junto a ellos había te hirviendo en copas de

plata compradas por Golder en Rusia. Soifer se detenía, dejaba las cartas sobre la mesa, tapándolas instintivamente con la palma de la mano, y bebía, diciendo :

—¿Sabe usted que va a subir el precio del azúcar?

Y luego :

—¿Sabe usted que el Banco Lalleman va a subvencionar a la Compañía minera Franco-Argelina?

Golder levantaba la cabeza de pronto, con una mirada viva y ardorosa, como esas llamas escondidas que atraviesan la ceniza y la hacen caer, y murmuraba con flojedad :

—No debe de ser ese mal negocio.

—El único negocio bueno es convertir en valores firmes, si los hay, el dinero propio y sentarse para empollarlo como una clueca vieja... A usted le toca, Golder...

Y volvía a coger las cartas.

CAPITULO XXIV

—¿No sabe usted?—dijo Soifer al entrar—. ¿No sabe usted lo que van a inventar todavía, después de eso?

—¿Quién?

Soifer indicó con el puño el balcón y París entero.

—Anteayer—continuó con su voz aguda y gimiendo—fueron los impuestos sobre la renta, y mañana, sobre los alquileres. Hace ocho días pagué cuarenta y tres francos de gas. Luego se ha comprado mi mujer un sombrero nuevo. ¡Setenta y dos francos!... Una especie de puchero boca abajo... A mí no me importa pagar las cosas buenas, las que duran; pero ¿eso? ¡Eso no le dura dos temporadas siquiera!... ¡Y a sus años!...

¡ Un sudario es lo que necesita ! Yo lo hubiese pagado con mucho gusto... ¡ Setenta y dos francos !... En mi tiempo se compraba un abrigo de piel de oso, en nuestro pueblo, por ese precio... ¡ Ay, Dios mío !... Si mi hijo intenta casarse algún día, le estrangularé con mis propias manos... Será mejor para él... ¡ pobre chico !... que pasarse la vida pagando, como usted y como yo... ¡ Además, parece que si no renuevo hoy mi tarjeta de identidad, me expulsan !... Un pobre anciano como yo, enfermo... ¿ adónde había de ir ? ¿ Quiere usted decírmelo ?

—A Alemania.

Refunfuñó :

—¿ A Alemania ?... ¡ Mala peste la coma !... Usted sabe que tuve allí una peripecia hace algún tiempo, con motivo de ciertos suministros de guerra... ¿ No ? ¿ No lo sabía usted ?... ¡ Vaya, tengo que marcharme, porque cierran a las cuatro !... ¿ Y sabe usted lo que cuesta ese gusto ?... ¡ Trescientos francos, amigo Golder, trescientos francos, y los gastos, sin contar el tiempo que se pierde y los veinte francos que usted me deja ganar, porque ni siquiera tenemos tiempo para jugar una partida... ¡ Señor ! ¡ Dios mío ! ¿ Quiere usted acompañarme ? Así se distraerá. Hace buen tiempo.

—¿ Usted quiere que pague el « taxi » ?—pre-

guntó Golder con su sonrisa ronca y brusca, como un golpe de tos.

—A fe mía que yo no esperaba que me convidara usted más que a tranvía... Usted sabe que nunca tomo «taxi» para no adquirir malas costumbres... pero hoy tengo las piernas pesadas como si fueran de plomo... ¡Y si a usted le gusta tirar el dinero por la ventana!...

Salieron juntos, apoyándose cada uno en un bastón. Golder, callado, escuchaba a su compañero, que le refería un negocio de azúcares que había terminado en una quiebra fraudulenta. Soifer se frotaba con deleite las temblorosas manos.

Cuando salían de la Prefectura de Policía, Golder quiso andar un poco. Aún era de día; los últimos rayos de un rojo sol de invierno iluminaban el Sena. Atravesaron el puente, subieron, al azar, por una de las calles que hay a espaldas del Ayuntamiento, y luego por otra, que resultó ser la calle Vieja del Templo.

Soifer se paró de pronto.

—¿Sabe usted dónde estamos?

—No—contestó Golder con indiferencia.

—Pues muy cerca de aquí, querido, en la calle de los Rosales, está un restaurante judío que es el único de París donde saben preparar como es debido el lucio relleno. Venga usted a cenar conmigo.

—¿No creerá usted que yo haya de comer semejante cosa—gruñó Golder—, cuando hace cerca de seis meses que no he probado el pescado ni la carne?

—Nadie le pide a usted que coma. Basta con que venga usted conmigo y pague. ¿Está claro?

—¡Vaya usted al infierno!

A pesar de su exclamación acompañó a Soifer, que subía trabajosamente la calle olfateando el ambiente de las negras tenduchas, que olían a polvo, a pescado y a paja podrida. Al fin se volvió para cogerse al brazo de Golder.

—¡Qué judería más puerca! ¿Eh? ¿No le recuerda a usted nada?

—Nada bueno—contestó Golder.

Se detuvo, y levantando la cabeza contempló un instante, sin decir nada, las casas y la ropa que colgaba de las ventanas. Se le metieron por entre las piernas unos chiquillos, y los apartó suavemente con el bastón, suspirando. En las tiendas sólo se vendían trastos viejos o pescado, arenques amarillos, toneles de salmuera. Soifer le indicó un restaurante modesto, con la muestra en caracteres hebraicos.

—Aquí es. ¿Viene usted, Golder? ¿Me invita usted a comer, para agradar a un pobre viejo?

—¡Vaya usted al infierno!—repitió Golder.

Pero acompañó otra vez a Soifer. ¿Aquí o

allá?... Se sentía más cansado que de costumbre.

El fonducho aquel parecía bastante limpio. En las mesas había servilletas de papel de color y una cafetera de cobre reluciente en un rincón. Ni un alma.

Soifer pidió una ración de lucio relleno y rábanos silvestres. Cogió con precaución el plato caliente y lo alzó a la altura de su cara.

—¡ Qué bien huele !

—¡ Por amor de Dios ! ¡ Coma usted y déjeme en paz !—murmuró Golder.

Se apartó a un lado, levantó una punta de la cortina de algodón a cuadros blancos y rojos. Afuera se habían parado dos hombres y hablaban, recostados en la ventana. No se oían sus palabras, pero Golder las adivinaba sólo por el movimiento de sus manos gesticuladoras. Uno de ellos era polaco y llevaba un gorro enorme de piel con orejeras, pelado, chamuscado, y una barba enorme, rizada, gris, que sus impacientes dedos trenzaban, retorcían y alborotaban mil veces por segundo. El otro era un hombre joven, de pelo rojo, que crecía en todos sentidos, a modo de llamas.

—¿ Qué venderán éstos?...—pensó Golder—. ¿ Heno o hierro viejo, como en mi época?...

Entornó los ojos. Ya, entre la noche, que empezaba a caer, el estrépito de una carreta que año-

gaba con sus tropezones y sus chirridos el ruido de los automóviles de la calle Vieja del Templo, y la obscuridad que disimulaba la altura de las casas, sentía algo así como si hubiese vuelto en sueños a su país, como una visión de rasgos familiares, pero deformados, retorcidos por la fantasía...

—A veces sueña uno así—pensó vagamente— y ve a personas que se murieron hace muchos años...

—¿Qué está usted mirando?—le preguntó Soifer, que, rechazando el plato, en el cual había aún restos de pescado y de patatas machacadas, añadió—. ¡Lo que es hacerse viejo!... En otro tiempo me hubiera comido yo fácilmente tres raciones como ésta... ¡Pobres dientes míos!... Trago sin masticar... y eso me da ardor aquí—e indicaba su pecho—. ¿En qué piensa usted?

Calló, siguió las miradas de Golder y bajó la cabeza.

—¡Oy!—moduló de pronto con su inimitable acento, quejumbroso e irónico al mismo tiempo—. ¡Oy, Señor, Dios mío!... ¿No le parece a usted que son más felices que nosotros?... Sucios, pobres... ¿Acaso necesitan los judíos tantas cosas?... La pobreza conserva a los judíos como la salmuera a los arenques... Me gustaría venir aquí más a menudo. ¡Si no estuviera tan

lejos y, sobre todo, si no fuera tan caro... porque ahora en todas partes es caro... yo vendría todas las noches a cenar tranquilo, sin mi familia, que el demonio se lleve !...

—Habrá que venir aquí de cuando en cuando—murmuró Golder.

Extendió las manos hacia la enrojecida estufa, acabada de encender, que brillaba en un rincón y zumbaba y desprendía un calor pesado.

—En casa—pensó—no podría respirar con un olor así.

Pero no se sentía mal. Hasta sus huesos de viejo penetraba una especie de tibieza animal que no había experimentado nunca hasta entonces.

Pasó por la calle un hombre que llevaba en la mano una pértiga larga, encendida por la punta; rozó con ella el mechero de gas que había delante de la casa de comidas y brotó la luz, iluminando una ventana estrecha en la que había ropa tendida por encima de unos tiestos viejos y vacíos. Golder se acordó de pronto de otra ventana, colocada oblicuamente, como aquella, frente a la tienda donde nació... y de aquella calle nevada y azotada por el viento, que volvía a ver algunas veces en sueños.

—Ha sido un camino muy largo—dijo en voz alta.

—Sí—añadió Soifer—; largo, duro e inútil.

Ambos, levantando los ojos, miraron largamente, suspirando, la pobre ventana y los harapos que azotaban los cristales. Entreabrió la ventana una mujer, se inclinó hacia afuera, recogió la ropa, la sacudió. Luego adelantó la cara, y a la luz del farol, sacando un espejito, se pintó los labios.

Golder se levantó bruscamente.

—Vámonos... volvamos a casa... Este olor a petróleo me hace daño...

CAPITULO XXV

Aquella noche volvió a ver a Joyce en sueños, confundidas sus facciones con las de aquella judía joven de la calle de los Rosales. Fué la primera vez desde hacía mucho tiempo. El recuerdo de Joy dormía en él como su enfermedad...

Se despertó con las piernas temblonas y destrozadas de cansancio, como si hubiese caminado leguas y leguas. Abandonando los naipes, permaneció casi todo el día sentado junto a la ventana, envuelto en mantas y mantones. Tiritaba, sentía un frío glacial, sutil, que se le metía hasta los huesos.

Soifer llegó más tarde, pero también se encontraba enfermo y triste y no habló casi nada.

Se fué más pronto que de costumbre, apresuradamente, recorriendo la obscura calle, apretando el paraguas contra su pecho.

Cenó Golder. Luego, cuando subió la criada, dió la vueltá al piso y echó el cerrojo a las puertas. Gloria se había llevado las arañas, y en cada habitación había una bombilla eléctrica pendiente del flexible, que se columpiaba con las corrientes de aire y reflejaba en las profundidades de los espejos de sobre las chimeneas al viejo Golder, descalzo, con las llaves en la mano, sus espesos cabellos enmarañados, su cara sorprendente por la palidez y cada día más hundida por las azules ojeras propias de los cardíacos.

Llamaron. Antes de abrir, Golder, extrañado, miró el reloj. Ya hacía rato que habían llegado los periódicos de la noche. Supuso que le hubiera ocurrido algún accidente a Soifer y que éste hubiera dispuesto que le llevaran a casa de Golder para que le pagase el médico.

Preguntó al través de la puerta :

—¿Es usted, Soifer? ¿Quién es?

—Tübingen—dijo una voz.

Con las facciones contraídas por la repentina emoción, soltó Golder la cadena de seguridad. Sus manos se embarullaban. Iba despacio, se impacientaba; pero Tübingen seguía esperando sin decir nada. Golder sabía que podía estar-

se así, sin moverse, horas enteras. «No ha variado», pensó.

Por fin consiguió descorrer el cerrojo, y entró Tübingen.

—¡Hola!—dijo.

Se quitó el sombrero y el gabán, los colgó con mucho cuidado; luego abrió el paraguas, mojado, lo puso en un rincón y le dió la mano a Golder.

Su alargada cabeza tenía una forma extraña, tanto que la frente parecía desmesurada y luminosa. Una cara puritana, pálida, con los labios apretados.

—¿Se puede entrar?—preguntó, indicando la sala.

—Sí, entre usted.

Golder le vió echar una mirada a las habitaciones, desprovistas de muebles, y bajar los ojos, como un hombre que hubiera sorprendido un secreto.

Le dijo:

—Mi mujer se ha ido.

—¿A Biarritz?

—No lo sé.

—¡Ah!—murmuró Tübingen.

Se sentó, y Golder frente a él, respirando con trabajo.

—¿Qué tal van los negocios?—dijo al fin.

—Como siempre. Unos bien y otros mal. ¿Sabe usted que la Amrum ha firmado ya con los rusos?

—¿Qué ha firmado? ¿Qué? ¿Lo de Teïsk?—dijo apresuradamente Golder, llevando las manos hacia adelante, como si quisiera coger una sombra al pasar.

Las dejó caer en seguida y se encogió de hombros.

—Sí, lo de Teïsk. Un contrato que estipula la venta de cien mil toneladas de petróleo ruso por año, y con una duración de cinco años, en los puertos de Constantinopla, Port Said y Colombo.

—Pero... ¿Teïsk?—dijo Golder con voz apagada.

—Nada.

—¡Ah!

—Se que la Amrum envió por dos veces una comisión a Moscú. Nada.

—¿Por qué?

—¡Ah!... ¿Por qué? Tal vez porque parece que los Soviets pretenden de los Estados Unidos un préstamo de veintitrés millones de rublos-oro, y la Amrum ha tenido que sobornar a tres miembros del Gobierno, uno de los cuales es senador. Era demasiado. Además, cometieron la torpeza de dejarse robar los recibos, y esto provocó una campaña de prensa.

—¿Sí, eh?

—Sí.

Bajó la cabeza.

—La Amrum ha pagado nuestros campos de Persia, Golder.

—¿Reanudó usted las negociaciones?

—¡Claro! ¡Inmediatamente! Yo quería poseer el Cáucaso entero. Yo quería tener el monopolio del refinado y ser el único distribuidor de productos del petróleo ruso en todo el mundo.

Golder se sonrió un poco.

—Era demasiado, como usted acaba de decir. No quieren entregar a los extranjeros una fuerza económica, y por consiguiente política, demasiado grande.

—Son imbéciles. Su política no me interesa. Cada cual hace en su casa lo que quiere. Pero una vez allí no hubieran podido meter demasiado la nariz en mis asuntos... ¡Se lo juro a usted!

Golder soñaba en voz alta.

—Yo... yo hubiera empezado por Teïsk y los Arundjis. Luego, poco a poco, andando el tiempo...—hizo un movimiento con la mano abierta, cerrándola rápidamente en el vacío—cogería todo aquello... todo... todo el Cáucaso, todo el petróleo...

—Precisamente he venido a ver a usted para proponerle que intentemos otra vez el negocio.

Golder hizo un gesto de indiferencia.

—No. Conmigo no hay que contar... Estoy enfermo... medio muerto...

—¿Conserva usted sus acciones de Teïsk?

—Sí—contestó Galder titubeando—. No sé por qué... ¡Para lo que valen!... Podría venderlas al peso...

—¡Eso sí!... En el caso de que la Amrum logre la concesión. *P'll be damned*, si llegaran a valer, entonces sí... Si fuese yo...

Calló. Golder movió la cabeza.

—No—dijo apretando los dientes, con expresión de sufrimiento—. No.

—¿Por qué? Yo le necesito a usted y usted me necesita a mí.

—Lo sé. Pero no puedo trabajar. No puedo ya. Estoy enfermo. Del corazón... Sé que si no renuncio a los negocios, me moriré. Y no quiero. ¿Para qué? A mi edad no necesito grandes cosas. Vivir, nada más.

Tübingen bajó la cabeza.

—Yo—dijo—tengo setenta y seis años. Dentro de veinte, de veinticinco, cuando hayan brotado todos los pozos de Teïsk, estaré enterrado desde mucho antes. A veces pienso en eso... Así que cuando firmo un contrato de noventa y nueve años... ¡Ah! En ese tiempo, yo, mis hijos, mis nietos y los hijos de mis nietos descansare-

mos juntos en el seno del Señor. Pero aún quedará algún Tübingen. Para él trabajo.

—Yo no tengo a nadie, de modo que ¿para qué?

—Tiene usted hijos, como yo.

—Nó tengo a nadie—repitió Golder con energía.

Tübingen cerró los ojos.

—Queda lo que se ha creado...

Levantó los párpados muy despacio; parecía que al través de ellos estuviese mirando a Golder.

—Lo creado...

Y repitió, animándose, con esa voz ahogada, profunda, del que habla del más íntimo cariño de su alma:

—Creado... construído... duradero...

—¿Para mí? ¿Qué queda para mí? ¿El dinero? ¡No vale la pena!... ¡Si pudiera uno llevarselo a la sepultura!...

—El Señor me lo dió, el Señor me lo quita; bendito sea su santo nombre—recitó Tübingen a media voz, con esas inflexiones rápidas y monótonas de los puritanos nutridos desde su infancia con el texto de las Escrituras: es la ley. No hay nada que oponerle.

Golder dió un suspiro muy hondo.

—No. Nada.

CAPITULO XXVI

—Soy yo—dijo Joyce.

Se había acercado hasta tropezar con él, sin que él se moviese.

—¡ Cualquiera diría que no me conoces ya !

De repente exclamó como en otro tiempo :

—¡ Dad !

Sólo entonces se estremeció él y cerró los ojos, como si les ofendiera una luz demasiado intensa. Tendió la mano con tanta dejadez que apenas si rozó la de la muchacha, y en seguida la dejó caer, sin decir nada.

Joyce arrastró un taburete hasta los pies de la butaca que ocupaba él, se sentó, se quitó el sombrero, agitó la cabeza violentamente, con un mo-

vimiento que él conocía, y luego se quedó inmóvil, aplomada, en silencio.

—Has cambiado—dijo él.

Ella se rió irónicamente.

—Sí.

Estaba más alta, más delgada, tenía una apariencia extraña, indefinible, de desgaste, de extravío, de cansancio.

Llevaba puesto un abrigo de espléndidas pieles de cebellina. Lo tiró al suelo detrás de ella con un ademán violento, dejando ver en su cuello, en vez del collar de perlas regalado por Golder, uno de esmeraldas, verdes como la hierba, tan límpidas y tan grandes, que Golder se quedó mirándolas un buen rato sin explicarse aquello, sin decir nada, con cierta estupefacción. Por fin se echó a reír duramente.

—¡ Ah, sí! Ya veo que tú también te has acomodado... Pero siendo así, ¿para qué has venido? ¡ No lo entiendo!

Joyce murmuró con una voz monótona:

—Es un regalo de mi novio. Voy a casarme pronto.

—¡ Ah!...

Y terminó con trabajo:

—Te felicito...

Ella no contestó.

Quedóse Golder pensativo, se pasó varias veces la mano por la frente y suspiró :

—Bien, mujer ; te deseo...

Se interrumpió para decir :

—Por lo que veo, es rico, ¿eh? Vas a ser dichosa...

—Dichosa...

Prorrumpió en una risita desesperada, y volviéndose hacia él, dijo :

—¿Dichosa? ¿Sabes con quién me caso? Con el viejo Fischl—declaró al ver que él no le preguntaba nada.

—¡Fischl!

—Sí, Fischl. ¿Qué querías que hiciera? Me he quedado sin dinero, ¿no es así? Mi madre no me da nada, nada; tú la conoces. Entonces... ¡qué quieres!... ¡Y gracias a que él quiere casarse conmigo... Si no, hubiese tenido que acostarme con él sin más ni más, ¿no es cierto? Tal vez fuera mejor, más fácil... una noche de cuando en cuando... pero él no quiere. ¿Qué te parece? ¡Quiere que le den todo lo que sea por su dinero, el grandísimo marrano!—exclamó de pronto con voz trémula de odio—. ¡Ah! Yo quisiera...

Se detuvo, se pasó la mano por el pelo y tiró de él con todas sus fuerzas, en actitud desesperada.

—Yo quisiera matarle—dijo, por último, lentamente.

Golder se rió con mucho trabajo.

—¿Por qué? ¡Al contrario! ¡Fischl está muy bien, está magnífico!... Cuando no se encuentra en la cárcel, tiene dinero, ¿sabes? Tú le engañarás con tu... ¿cómo le llaman ahora?... con tu amante... y serás feliz, ¡vaya! Este era un final a propósito para ti, grandísima... lo llevabas escrito en la cara... Sin embargo, no era el que yo soñaba para mí Joyce en otro tiempo...

Se puso más pálido y pensó febrilmente.

—Pero ¿a mí qué se me da esto, Señor? ¿Qué me importa?... ¡Que se acueste con quien quiera y que se vaya adonde le dé la gana!...

Sin embargo, su orgulloso corazón sangraba como antaño.

—¡Mi hija!... Para todos, y a pesar de todo es la hija de Golder... ¡Ese Fischl!

—¡Si vieras qué desgraciada soy!

—Quieres demasiadas cosas, hija mía: dinero, amor... Es preciso escoger... Pero ya has escogido, ¿no?

Hizo una mueca reveladora de su sufrimiento.

—Nadie te obliga, ¿verdad? Entonces... ¿por qué lloriqueas? Tú lo has querido.

—¡La culpa de todo, de todo, la tienes tú!... ¡Dinero, dinero!... Pero si no puedo vivir sin

él, ¿qué quieres? Lo he intentado; te juro que lo he intentado... Si me hubieras visto este invierno... ¿Tú sabes... el frío que ha hecho?... Como nunca, ¿verdad?... Yo llevaba un abrigo gris, de otoño... lo último que me compré antes de que te fueras... ¡Buena estaba yo!... ¡Pero ya no puedo... no puedo... no he nacido para eso. ¡No es mía la culpa!... Vienen las deudas, los apuros, todo... Y para acabar con ello será preciso... ¿verdad? Ese u otro... Pero Alé... Alé... ¿Dices que engañaré a Fischl? ¡Naturalmente! Pero si crees que él me ha de dejar así como así, te equivocas. ¡No le conoces!... Cuando paga por algo quiere guardarse lo que sea, ¡y guardárselo bien! ¡Valiente viejo! ¡Viejo cochino! Quisiera morirme; soy desgraciada, estoy sola, estoy mal. ¡Ayúdame, Dad! ¡Sólo te tengo a ti!...

Le cogió las manos, las oprimió, las retorció febrilmente...

—¡Contéstame! ¡Habla! Dime algo... ¡Si no, al salir de aquí me mato! ¿Te acuerdas de Marcos?... Dicen que se mató por tu culpa... Pues bueno, también pesará sobre tu conciencia mi muerte, ¿oyes?—exclamó de pronto con voz de niña, vibrante y aguda, que sonaba de un modo raro en aquellas habitaciones desiertas.

Golder apretó los dientes.

—Quieres atemorizarme, ¿eh? ¡No me creas

tan imbécil! Además, ya no tengo dinero... Déjame. No eres nada mío. Bien lo sabes... lo has sabido siempre... No eres hija mía... Sabes... sabes perfectamente que eres hija de Hoyos... ¡Vete con él! Que él te proteja, que te tenga a su lado, que trabaje para ti... Ahora le toca a él... Yo ya hice bastante... y no me corresponde, no me importa. ¡Vete! ¡Vete!...

—¿De Hoyos? ¿Estás... seguro?... ¡Ay, Dad, si tú supieras!... En su casa es donde veo a Alé... y delante de él nos...

Se cubrió la cara con ambas manos. Golder veía las lágrimas que se escapaban por entre los dedos apretados.

Joyce repitió desesperada:

—¡Dad! No tengo a nadie más que a ti en el mundo... Nada me importa que seas o no seas mi padre... No tengo a nadie más que a ti... Ayúdame, te lo suplico... ¡Deseo tanto ser feliz!... Soy joven, quiero vivir, quiero... ¡quiero ser dichosa!

—¡No eres la única que lo quiere, pobre hija mía! ¡Déjame, déjame!

Hizo un ademán incierto, rechazándola y atrayéndola al mismo tiempo. De pronto se estremeció. Deslizó sus dedos a lo largo de la nuca doblada, sobre los cabellos dorados, cortos, impregnados de perfume... Tocar una vez más aquella

carne extraña... sentir bajo la palma de la mano las palpitaciones leves y apresuradas de la vida, como antes... y luego...

—¡Ay, Joyce! ¿Por qué has venido, hija mía? Yo estaba tranquilo...

—¿Adónde querías que fuese?

Se retorció las manos nerviosamente.

—¡Si tú quisieras!... Sólo con que tú quisieras...

Golder se encogió de hombros.

—¿Qué? ¿Quieres que te dé a tu Alé para toda la vida, y además, dinero y alhajas, como te daba juguetes antes?... Pues no puedo. Es demasiado caro. Te habrá dicho tu madre que aún tengo dinero, ¿eh?

—Sí.

—Pues ya ves cómo vivo. Me queda lo preciso para mientras me dure la existencia. Contigo no alcanzaría para un año lo que tengo.

—¿Pero por qué?—suplicó ella desesperadamente—. Haz como antes, emprende negocios, gana dinero... ¡Es tan fácil!...

—¿Te parece a ti?

Otra vez palpó con una especie de medroso gozo la fina cabeza dorada. ¡Pobrecita Joyce!

—¡Es curioso!—pensó con trabajo—. Sé perfectamente cómo acabaría esto... Dentro de dos meses se acostaría con su Alé, o con otro... y se

habría acabado todo... ¡Pero con Fischl!... ¡Si siquiera fuese con otro! ¡Con cualquiera!... ¡Con Fischl!, no!—repitió rencoroso—. Luego dirá ese puerco... «la hija de Golder, a quien cogí sin nada, sin más que la camisa que llevaba puesta...»

De pronto se inclinó, abarcó con las dos manos la cara de Joyce y la levantó a la fuerza. Hundía, a propósito, sus duras uñas en la carne delicada, con una especie de apasionamiento...

—¡Oye, oye! Si no me necesitaras, ¡cómo me dejarías morir solo! ¿Eh?

Ella murmuró:

—¿Me habrías llamado tú?

Se sonrió. Contemplaba él, perdida la cabeza, aquellos ojos anegados en lágrimas, aquellos lindos labios gruesos y rojos que se entreabrían despacio, como si fuesen flores.

—Mi hija... Después de todo, tal vez sea hija mía. ¡Quién sabe! Además, ¿qué importa eso, Señor, qué importa? Ya sabías tú cómo engatusarías al viejo, ¿verdad, Joy?—murmuró febrilmente—. Tus lágrimas y la idea de que ese cochino pudiera comprarse una cosa mía... ¿Verdad? ¿Verdad?—repetía locamente, con una especie de odio y de cariño salvaje. Así que... ¿quieres que pruebe? ¿Que gane para ti algún dinero antes de morirme? ¿Quieres esperar un

año? Dentro de un año serás más rica que lo ha sido tu madre nunca.

Se separó y se puso de pie. Otra vez sentía en su cuerpo viejo y cansado el hormigueo de la vida, la fuerza y la fiebre de otro tiempo.

—¡Mandá a Fischl al cuerno!—continuó en seguida con voz muy diferente, precisa y seca—. Si no fueses tonta, enviarías a tu Alé por el mismo camino. ¿No? Si le dejas que te coma tu dinero, ¿qué harás cuando yo me muera? ¿Que lo mismo te da? ¿Que siempre será tiempo de caer otra vez sobre Fischl?... ¡Bah! ¡Sólo soy un viejo imbécil!—gruñó por lo bajo.

Cogió a Joyce de la barbilla y se la retorció entre sus dedos tan brutalmente, que le hizo dar un grito.

—Vas a hacerme el favor de firmar a ciegas el contrato que mandaré redactar para tu boda. No tengo ganas de descrismarme para tu golfo. ¿Entendido? Bien. ¿Quieres dinero?

Hizo ella un movimiento de cabeza por toda respuesta, y David se alejó un poco y abrió un cajón.

—Escucha, Joy... Vas a ir mañana, de mi parte, a casa de Seton, que es mi notario. Te dará todos los meses ciento cincuenta libras...

Garrapateó a toda prisa unos números en el margen de un periódico que había sobre la mesa.

—Es, aproximadamente, lo mismo que te daba antes. Algo menos. Pero tienes que conformarte con ello durante algún tiempo, hija mía... porque es todo lo que me queda. Más adelante, cuando yo regrese, te casarás.

—¿Pero adónde piensas ir?

Se encogió de hombros con un movimiento brutal.

—¿A ti qué te importa?

Volvió a ponerle la mano en la nuca y la obligó a inclinarse.

—Mira, Joyce... Si me muero en el camino, Seton se encargará de arreglarlo todo para defender lo mejor que pueda tus intereses. Te bastará con dejarle obrar. Firma todo lo que él te diga. ¿Has entendido?

Joy bajó la cabeza y Golder dió un suspiro profundo.

—De modo que...

—Dady, *darling*...

Se dejó caer de rodillas, apoyando la frente en su hombro, con los ojos cerrados.

El la miró, se sonrió y contuvo un estremecimiento que se inició en las comisuras de la boca.

—¡Qué tierno se pone uno cuando carece de dinero! ¿Eh? Esta es la primera vez que te veo así, hija...

En seguida pensó: «¡Y la última!...» Pero no

lo dijo. Se limitó a pasar los dedos suavemente por los párpados y el cuello de su hija, deteniéndose mucho en la caricia, como si los modelara para conservar la impresión de su imagen más tiempo.

CAPITULO XXVII

«Ambas partes contratantes acuerdan concertar el convenio, por lo que se refiere a las concesiones, en un plazo de treinta días, a partir de la ratificación del presente contrato...»

Los diez hombres, sentados en torno a la mesa, miraron a Golder.

—Sí, sigan ustedes—murmuró éste.

«En las siguientes condiciones...»

Golder agitó nerviosamente la mano por delante de su cara para alejar con trabajo una bocanada de humo denso que se le metía en la boca. Por momentos, la cara del hombre que estaba leyendo frente a él, pálida, angulosa, demacrada, con el agujero negro de la boca abierta, le pare-

cía que se esfumaba como una mancha de color medio desvanecida entre el humo.

Impregnaba el ambiente un olor fuerte a tabaco ruso, es decir, a cuero y a sudor humano.

Estaban allí los diez hombres, desde la víspera, sin llegar a entenderse acerca de la redacción definitiva del contrato. Antes de aquello hubo una discusión que duró diez y ocho semanas.

Miró David la hora en su reloj de pulsera, pero se había parado. Dirigió una mirada al balcón. A través de los mugrientos cristales se veía el amanecer de Moscú. Era una hermosa mañana de agosto, pero tenía ya la transparente pureza de los primeros amaneceres de otoño.

«El Gobierno soviético otorgará a la Tübingen Petroleum C.º una concesión del cincuenta por ciento de los terrenos petrolíferos comprendidos entre la región de Teïsk y la llanura llamada de los Arundgis, descritos en la memoria presentada por el delegado de la Tübingen Petroleum C.º, con fecha 2 de diciembre de 1925. Cada terreno petrolífero así concedido tendrá una superficie rectangular cuya extensión no excederá de veinte *dessiatines*, y no estarán inmediatos.»

Golder se movió.

—¿Tiene usted la bondad de leer otra vez este último artículo?—preguntó apretando los labios.

«Cada terreno petrolífero...»

—¡Eso es!—pensó Golder exasperado—. No se ha tratado antes de semejante cosa... Esperan al último momento para intercalar esas porquerías de artículos confusos que en apariencia no tienen una significación determinada... y todo ello con objeto de disponer de pretextos para romper más tarde, cuando se haya adelantado el dinero para los primeros gastos... Dicen que hicieron lo mismo con la Amrum...

Recordó haber leído en otro tiempo una copia del contrato con la Amrum, que estaba entre los papeles de Marcos. Las obras tenían que comenzar en una fecha fijada de antemano... Oficiosamente se prometió al representante de la Amrum que el plazo sería prorrogado... Luego quedó anulado el contrato. Esto le costó a la Amrum unos cuantos millones...

—¡Piara de cerdos!—gruñó.

De pronto golpeó la mesa con el puño.

—¡Va usted a tachar eso inmediatamente!...

—No—dijo uno.

—Pues no firmo.

Otro de aquellos hombres exclamó:

—¡Oh, querido David Issakitch!...

El acento ruso, zalamero y cantarín, y las fórmulas esclavas, corteses y acariciadoras, contrastaban de un modo extraordinario con su cara amarilla y dura, en la cual brillaban unos ojillos

estrechos, centelleantes, fijos y crueles. Continuó, abriendo los brazos como si quisiera estrechar a Golder contra su corazón:

—¿Qué está usted diciendo, querido amigo? Golubtchik... Usted sabe que ese artículo no tiene nada de particular. Sólo sirve para calmar las legítimas inquietudes del proletariado, que no había de ver sin desconfianza que pasaba a manos de los capitalistas parte del territorio soviético, sin asegurarse de...

Golder hizo un movimiento de impaciencia.

—¡Basta! ¿Qué más? ¿Y la Amrum? ¿Eh? Además, no tengo poderes para autorizar con mi firma un artículo que no ha sido leído ni aprobado por la Compañía... ¿Está claro, Simón Alexeevitch?

Simón Alexeevitch cerró la carpeta y dijo, cambiando el tono de su voz:

—¡Muy bien! Esperaremos a que se entere y lo apruebe o lo rechace.

Golder pensó:

—¿De modo que... aún quieren más aplazamientos?... ¿Acaso la Amrum...?

Echó hacia atrás su silla con mucho estrépito y se puso de pie.

—No espero a nada. ¿Lo oís? ¡A nada!... ¡O se firma el contrato ahora mismo, o no se firma nunca!... ¡Mucho cuidado! Digan ustedes que

sí o que no, pero díganlo inmediatamente... ¡ Bien entendido que no me quedo en Moscú ni una hora más!... Venga usted, Walleys—dijo dirigiéndose al secretario de la Tübingen, que llevaba treinta y seis horas sin descansar y le miraba con una expresión desesperada.

¿ Irían a comenzar otra vez, por culpa de tan insignificante cuestión, aquellas discusiones, aquellas voces, y el viejo Golder con su voz forzada, espantosa, que a veces no era más que una especie de hervor inarticulado, como un ruido de sangre corriendo por la garganta?...

—¿ Cómo podrá gritar de esa manera?—pensó Walleys con una involuntaria sensación de espanto—. ¿ Y los demás?

Agrupados en un rincón de la sala, lanzaban los demás clamores salvajes, en los cuales sólo oía bien Walleys las frases de «intereses del proletariado» y «tiranía del capital explotador» que se lanzaban unos a otros a la cara diez veces por segundo, como si fueran puñetazos.

Golder, con el rostro amoratado, inyectado en sangre, golpeaba febrilmente la mesa con la palma de la mano, echando a volar los papeles que había sobre el mueble. A cada grito le parecía a Walleys que iba a estallar el corazón del anciano.

—¡ Walleys! ¡ Vive Dios!

Se estremeció y se puso de pie apresuradamente.

Pasó ante él Golder como un huracán, arrastrando un grupo de hombres que manoteaban y rugían. Walleys no comprendía ya ni una palabra. Seguía a Golder como en una pesadilla. Ya estaban en la escalera cuando uno de los miembros de la Comisión, el único que no se había movido de su sitio, se levantó y se acercó a Golder. Tenía una cara extraña, chata y cuadrada, casi de chino, de color moreno oscuro, como de tierra seca. Era un ex presidiario y tenía las narices cortadas de un modo horrible.

Golder se calmó aparentemente. Aquel hombre le habló al oído. Volvieron a entrar en la sala y se sentaron. Simón Alexeevitch empezó a leer de nuevo :

«Sobre la producción anual de petróleo, que se puede calcular en unas treinta mil toneladas métricas, percibirá el Gobierno soviético un derecho de cinco por ciento. Por cada diez mil toneladas de exceso se aumentará veinticinco céntimos por ciento, hasta llegar a un rendimiento anual de cuatrocientas treinta mil toneladas, en las cuales los derechos del Gobierno soviético se aumentarán al quince por ciento. El Tesoro soviético percibirá también una retribución igual al cuarenta y cinco por ciento del petróleo de los

pozos surgentes, y un derecho sobre el gas, comprendido entre el diez y el treinta y cinco por ciento, según la gasolina que contenga...»

Ahora escuchaba Golder en silencio, con la mejilla apoyada en la mano y los ojos casi cerrados. Walleys se figuró que estaba durmiendo; tenía la cara pálida, abatida; las comisuras de la boca, muy pronunciadas, y las narices deprimidas, como las de un cadáver.

Walleys calculó con la mirada los pliegos de escritura a máquina del contrato que aún tenía Simón Alexeevitch en la mano. Y pensó con desaliento:

—No es posible que esto acabe en un día...

Golder se inclinó de pronto hacia él.

—Abra usted la ventana que tiene detrás—cuchicheó—. ¡Pronto! ¡Me ahogo!

Walleys hizo un movimiento de sorpresa.

—¡Abra usted!—ordenó Golder otra vez, casi sin separar los dientes.

Empujó el secretario la hoja de la ventana rápidamente y se acercó a Golder, temiendo que se cayera de su asiento.

Entretanto Simón Alexeevitch seguía leyendo:

«La Sociedad Tübingen Petroleum puede exportar todos sus productos en bruto y refinados, sin impuestos y sin autorización especial. Igualmente podrá importar sin gastos las máquinas,

las herramientas y las primeras materias que necesite para sus operaciones, así como los artículos de consumo para sus obreros...»

Walleys balbució precipitadamente :

—Señor Golder, voy a decirle que se calle... No está usted en condiciones... se ha puesto lívido...

Golder le oprimió con fuerza la mano.

—¡ Cállese ! ¡ No me deja usted oír !... ¡ Cállese de una vez, hombre de Dios !

«Los pagos por las concesiones que deben hacer los explotadores al Gobierno soviético pasarán del cinco al quince por ciento sobre el rendimiento total de los campos petrolíferos, y al cuarenta por ciento del rendimiento de los pozos surgentes...»

Golder lanzó un gemido inarticulado y se dobló por la mitad del cuerpo encima de la mesa. Simón Alexeevitch interrumpió la lectura.

—Debo advertir que, por lo que respecta a los pozos surgentes, la segunda subcomisión, cuyo informe está aquí, opina...

Walleys notó que la helada mano de Golder cogía la suya por debajo de la mesa y la oprimía convulsivamente. Apretó los dedos con todas sus fuerzas, recordando que así sostuvo una vez la mandíbula rota y ensangrentada de un *setter* moribundo. ¿Por qué le recordaría tan a menudo

aquel judío viejo a un perro enfermo, agonizante, que aún se revolvía para dar una dentellada, un gruñido salvaje, la última y tremenda mordedura?

Decía Golder :

—Esa nota del artículo 27... Hemos estado babeando sobre ella tres días seguidos... No volveremos a empezar, ¿eh?... Siga...

«La Sociedad Tübingen Petroleum puede construir edificios, refinerías, cañerías y todo lo necesario para su trabajo. La duración de estas concesiones será de noventa y nueve años...»

Golder separó de un tirón su mano de la de Walleys, y por debajo de la mesa, echado, acostado en el hule sucio de tinta, apartaba la ropa del pecho, se lo arañaba, como si quisiera dejar al aire los pulmones. Sus temblorosos dedos le oprimían el corazón con el salvaje encarnizamiento de un animal enfermo que apoya en el suelo la parte dolorida de su cuerpo. Estaba lívido; Walleys veía correr el sudor a gotas grandes, como lágrimas, por su cara.

La voz de Simón Alexeevitch era más fuerte a cada momento, casi solemne. Se incorporó un poco sobre su asiento para terminar :

«Artículo 74 y último. Al terminar la concesión, las construcciones antes mencionadas y todas las herramientas de los campos pasarán a

ser propiedad inalienable del Gobierno soviético.»

—¡Se acabó!—dijo Walleys con cierto estu-
por.

El anciano Golder levantó poco a poco la ca-
beza y por señas pidió una pluma. Empezó la
ceremonia de la firma. Los diez hombres estaban
pálidos, callados, rendidos.

Se levantó Golder y echó a andar hacia la
puerta. Los miembros de la Comisión se despi-
dieron desde lejos y con circunspección. Sólo se
sonreía el chino. Los demás parecía que estaban
cansados y furiosos. Golder contestaba inclinan-
do la cabeza con movimiento rápido y rígido de
automata. Walleys pensaba :

—Ahora... se va a caer... Ya no puede más...

Pero no se cayó. Bajó la escalera. Sólo al lle-
gar a la calle pareció que le daba algo así como
un vértigo. Se detuvo, apoyó la frente contra la
pared, callado, con el cuerpo acometido de estre-
mecimientos.

Walleys llamó un coche; ayudó a subir a su
jefe. A cada vaivén oscilaba la cabeza de Golder
y volvía a caer sobre su pecho, como la de un
muerto. Poco a poco, no obstante, le reanimó el
aire. Respiró profundamente y palpó la cartera
que llevaba encima del corazón.

—¡Por fin!... ¡Ya está!... ¡Qué gentuza!

—¡Y pensar—dijo Walleys—que llevamos aquí

cuatro meses y medio ! ¿Cuándo nos marchamos, señor Golder ? ¡ Este es un país detestable !—dijo por último con energía.

—Sí. Usted se marchará mañana.

—¡ Cómo ! ¿ Y usted ?

—Yo voy a Teïsk.

—¡ Oh !—exclamó Walleys sorprendido.

Titubeó :

—Señor Golder... ¿ Es eso absolutamente necesario ?

—Sí. ¿ Por qué ?

Walleys se puso encarnado.

—¿ Puedo ir con usted ? No me gustaría que se quedara usted solo en esta tierra salvaje. No está usted bueno.

Golder no contestó. Hizo un movimiento de hombros vago y molesto.

—Es preciso que se vaya usted cuanto antes, Walleys.

—¿ Y no se podría... llamar a alguien ? No me parece prudente que viaje usted así, en ese estado, solo...

—Ya estoy acostumbrado—dijo Golder con sequedad.

CAPITULO XXVIII

—Cuarto número diez y siete; el primero a la izquierda, por el pasillo—gritó desde abajo el camarero.

Al cabo de un momento se apagó la luz. Golder seguía subiendo, tropezando, como en sueños, con los escalones, que no se acababan nunca.

El brazo, hinchado, le dolía. Dejó la maleta en el suelo, buscó a tientas la barandilla, se inclinó, llamó. No contestaba nadie. Profirió una maldición en voz baja y ahogada, subió dos escalones más, se detuvo, jadeó, recostado en la pared y con la cabeza en alto.

Sin embargo, la maleta no pesaba mucho. Sólo contenía objetos de tocador y un poco de ropa blanca. En aquellas provincias soviéticas llegaba siempre un momento en que era preciso cargar

con el propio equipaje. Lo había aprendido Golder desde que salió de Moscú... Pero aun así, aligerada de peso la maleta, apenas tenía fuerzas para levantarla. Estaba cansado como un perro.

Salió de Teïsk la víspera. El viaje le puso de tal modo que tuvo que parar el coche en el camino. ¡ Todo por veintidós horas de automóvil! ¡ Valiente resistencia! Pero hay que tener en cuenta que se trataba de un Ford medio deshecho y que las carreteras, en la montaña, estaban casi intransitables. Los traqueteos, las sacudidas, eran capaces de romperle los huesos a cualquiera. Por la tarde se rompió el *kłaxon*, y el «chauffeur» tuvo que apoderarse en una aldea de un chiquillo que, de pie en el estribo, agarrándose al techo del «auto» con una mano, y metidos en la boca dos dedos de la otra, fué silbando sin parar desde las seis hasta las doce de la noche. Aun en aquel momento le pareció que le oía. Se llevó las manos a los oídos, haciendo una mueca de dolor. El estrépito de hierro viejo del viejísimo Ford, el ruido de los cristales, que parecía que se iban a desprender a cada revuelta del camino... Era cerca de la una cuando divisaron algunas lucecitas temblonas. Habían llegado al puerto desde donde al día siguiente iba a embarcar Golder para Europa.

Aquello era antaño uno de los principales mer-

cados del comercio triguero. Lo conocía muy bien. Estuvo allí a los veinte años y en aquel puerto se embarcó por primera vez.

Ahora sólo fondeaban en aquellas aguas algunos vapores griegos y unos cuantos buques de carga soviéticos. La ciudad tenía un aspecto de abandono y de pobreza que oprimía el corazón. Y aquel hotel, sombrío, sucio, con huellas de balazos en las paredes, resultaba indeciblemente siniestro. Golder lamentó no haber regresado por Moscú, como le aconsejaban en Teïsk. Los barcos no transportaban más que *churun-burun*, mercaderes de Levante que recorren el mundo entero con sus bultos de alfombras y de pieles viejas. Pero una noche pasa pronto. Le corría prisa marcharse de Rusia. Dos días después estaría en Constantinopla.

Entró en su cuarto, dió un suspiro muy hondo, encendió la luz eléctrica y se sentó, en un rincón, en la primera silla que halló al alcance de su mano, dura e incómoda, con el respaldo rígido, de madera negra.

Estaba tan cansado, que al cerrar los ojos un instante perdió la noción de las cosas y le pareció que se dormía. Esto duró un minuto escaso. Abrió los párpados y examinó maquinalmente el cuarto. Al través de la bombilla eléctrica colgada del techo pasaba una corriente muy débil,

y la luz oscilaba como si fuera a apagarse, como la llama de una vela agitada por el viento. Iluminaba unas pinturas borrosas, unos amorcillos de muslos bermejos en otro tiempo y ahora cubiertos con una capa de polvo obscuro. El cuarto era inmenso, alto, vasto, con muebles de madera negra y terciopelo rojo; en el centro, una mesa y una lámpara de petróleo antiguo, cuyo globo, lleno de moscas muertas, parecía embadurnado con una confitura espesa y negra.

Como es de suponer, las paredes estaban agujereadas a balazos. Sobre todo, en uno de los lados había, de parte a parte, enormes boquetes, y el yeso, agrietado en forma estrellada, se descascarillaba y caía como arena. Golder metió el puño distraídamente en uno de aquellos agujeros, se frotó las manos mucho una con otra y se levantó. Eran más de las tres.

Dió unos pasos, volvió a sentarse, se inclinó para quitarse los zapatos y se quedó encorvado, con un brazo extendido y sin moverse. ¿Para qué había de desnudarse si no podía dormir? No había agua. Dió vueltas al grifo del lavabo. Estaba seco. El calor era sofocante. No corría ni un soplo de aire. El polvo y el sudor le pegaban la ropa al cuerpo. Cuando se movía helaba sus hombros la tela húmeda. Sentía entonces un estremecimiento doloroso, como un acceso de fiebre.

—¡Dios mío!—pensó—. ¿Cuándo saldré de este país?

Le pareció que no iba a acabarse nunca la noche. Tres horas todavía. El barco había de zarpar al amanecer, pero lo haría con algún retraso, como era natural... En el mar se encontraría mejor. Habría algo de viento... aire... Y luego, Constantinopla, el Mediterráneo, París. ¿París? Tuvo una indefinible sensación de gozo al pensar en todas aquellas cochinas caras de la Bolsa. «¿No sabe usted, el viejo Golder?... ¿Eh? ¡Quién lo hubiera creído!... Parecía un hombre acabado del todo...» Se figuraba que los oía. ¡Puercos!... ¿Qué podrían valer los Teisk ya? Intentó calcularlo, pero era muy difícil... Desde que se marchó Walleys no había vuelto a tener noticias de Europa. Más adelante... Dió un prolongado resoplido... ¡Qué raro! ¿No acertaba a imaginar lo que sería su vida después del viaje por mar? Más adelante... Joy... Hizo un gesto lamentable. Joy... De tarde en tarde, sin duda; cuando perdiese al juego su marido, o perdiese ella misma, se acordaría de que el viejo vivía, iría a verle, recogería dinero y desaparecería otra vez durante varios meses... Con toda intención obligó a estipular a Setón de que no podría ella tocar al capital. «Es decir, desde el día de su boda hasta el de mi muerte...» No acabó. Ya

no tenía ilusiones. Joy... «He hecho cuanto podía», dijo en voz alta y con tristeza.

Se descalzó y anduvo hasta la cama, en la cual se tumbó. Hacía bastante tiempo que no podía dormir echado, porque no respiraba. A veces se dormía, pero de pronto le faltaba el aliento y se despertaba dando gritos quejumbrosos, extraños, que él oía confusamente, como en sueños, y que le parecían espantosos, incomprensibles, cargados de amenazas oscuras y siniestras. Nunca supo que era él mismo quien gritaba así, gimiendo como un niño aquellas noches.

Esta vez también, apenas se tendió en la cama comenzó a asfixiarse. Se levantó con mucho trabajo, arrastró una butaca hasta la ventana y la abrió. Allá abajo estaba el puerto. Agua oscura... el amanecer...

De pronto se durmió.

CAPITULO XXIX

Los primeros silbidos de las sirenas del puerto despertaron a Golder a las cinco.

Se bajó de la cama con mucho trabajo, se calzó, dió vueltas nuevamente al grifo del lavabo, que seguía sin agua; llamó, esperó en vano bastante tiempo; en el fondo de la botella de agua de Colonia quedaba un poco de líquido; se lo echó en las manos y en la cara, cogió el equipaje y bajó la escalera.

Hasta que llegó al portal no pudo conseguir que le sirvieran una taza de te. Pagó y se fué.

Instintivamente buscó con los ojos un coche. El pueblo parecía desierto. Una arena densa, arrastrada por el viento del mar, sepultaba casi los guardacantones, cubría las calles, en las cua-

les quedaba profundamente marcada la huella de los pasos, como ocurre cuando nieva. Golder hizo señas a un chicuelo que corría sin hacer ruido, con los pies descalzos, por en medio del arroyo.

—¿Quieres llevarme la maleta hasta el puerto? ¿No hay coches?

El chico no daba señales de entenderle, pero cargó con la maleta y echó a andar de frente...

Las puertas de las casas estaban cerradas; las ventanas, cubiertas con tablas clavadas. Veíanse Bancos, edificios públicos que ya no se utilizaban, abandonados... En las paredes, la silueta del águila imperial, arañada en la piedra, como una herida... Sin querer, apretó Golder el paso.

Reconocía confusamente algunos sombríos y viejos callejones sin salida, algunas casas de madera tremulentas. Pero ¡qué silencio!... De pronto se detuvo.

No estaban lejos del puerto. Olía el ambiente, mucho, a sol y a cieno. Un tenducho de zapatero, negro, reducido, con su bota de hierro colgada, que oscilaba ante la puerta, chirriando... En la esquina de la calle, el hotel donde estuvo hospedado, una posada de marineros y de prostitutas, permanecía en pie todavía. El zapatero era un primo de su padre establecido en el pueblo; Golder había comido en su casa algunas veces. Lo recordaba perfectamente... Hizo un esfuerzo

para acordarse de las facciones de aquel hombre; pero su memoria no le ofreció más que el sonido de la voz, de aquella voz chillona y lastimera, acaso porque se parecía a la voz de Soifer.

—¡Quédate, muchacho!... ¿Te figuras que allí nacen las monedas en el suelo? ¡Quita allá! ¡En todas partes es difícil la vida!

De un modo instintivo, Golder fué a levantar el pestillo; pero dejó caer la mano. ¡Hacía de aquello cuarenta y ocho años! Se encogió de hombros y se fué.

—Bueno, ¿y si me hubiese quedado?

Se rió con un lado de la boca. «¡Quién sabe! Gloria arreglando la casa y cociendo galletas de grasa de pato los viernes por la tarde...—murmuró flojamente—. ¡La vida!...» ¡Pero qué extraño era que al cabo de tantos años hubiese ido a parar a aquel extraviado rincón del mundo!...

El puerto. Lo reconoció como si hubiese estado en él el día antes. La casita, medio en ruinas, de la Aduana; las barcas varadas, enterradas en la arena negra, gruesa, cubierta de carbón y de porquerías... El agua, verde, cenagosa, densa, sembrada, como antaño, de cáscaras de sandía y de animales muertos... Subió a bordo. Era aquél un vaporcito griego que antes de la guerra hacía viajes entre Batún y Constantinopla. Debía de haber sido empleado en el transporte de pasaje-

ros, pues conservaba apariencias de algunas comodidades. Había en él un salón, un piano. Desde la revolución no cargaba más que mercancías, y seguramente había realizado tráficos sospechosos. Estaba sucio y pobre. Golder pensó :

—Afortunadamente no es larga la travesía.

En la cubierta, unos hombres *churun-burun*, con sus casquetes rojos adheridos a la cabeza, jugaban a los naipes sentados en el suelo. Levantaron los ojos cuando pasó Golder. Uno de ellos, por influjo de la costumbre, agitó un collar de cuentas de color de rosa que llevaba enrollado al brazo, y se sonrió.

—*Compra cualquier cosa, Barine...*

Golder movió la cabeza y le apartó suavemente con la contera del bastón. ¡Cuántas veces, durante su primer viaje por mar, cuyo recuerdo no le abandonaba, jugó a la baraja con hombres como aquellos, por la noche, en algún rincón del barco... Hacía mucho tiempo...

Los jugadores se echaron un poco atrás para dejarle paso.

Bajó a su camarote ; contempló el mar al través del tragaluz, suspirando. Zarpó el barco. Se sentó él en su cama, que era un tablado cubierto con un delgado colchón relleno de una especie de paja seca y crujiente. Si seguía haciendo buen tiempo, pasaría la noche sobre cubierta. Pero el

viento soplaba con fuerza. El barco se balanceaba, brincaba. Golder miró con odio al mar. ¡Qué harto estaba de este mundo, constantemente agitado, moviéndose sin cesar a su alrededor!... La tierra, que huía junto a la portezuela de los vagones del ferrocarril, de los automóviles; aquellas olas, con sus inquietos gritos de bestias; la humareda en el revuelto cielo otoñal. Fijar hasta la muerte un horizonte inalterable...

Murmuró:

—Estoy cansado.

Con el ademán titubeante, instintivo, de los cardíacos, se oprimió el corazón con las dos manos. Lo alzaba suavemente, como si le ayudara, como si le secundara, levantando un poco, al igual que si fuese un niño o un animal moribundo, aquel mecanismo desgastado, tenaz, que palpitaba débilmente dentro de la carne vieja.

De pronto, en un balanceo más pronunciado, le pareció que flaqueaba, y luego que funcionaba más de prisa, demasiado de prisa... En el mismo momento se apoderó de su hombro izquierdo un dolor fulminante. Se puso lívido, y con la cabeza adelantada, con una expresión de espanto, esperó mucho tiempo. Le parecía que el rumor de su respiración llenaba el camarote, dominaba el estrépito del viento y del mar.

Poco a poco disminuyó aquello, se calmó, se

desvaneció... completamente. El enfermo dijo en voz alta, esforzándose por sonreír :

—No era nada. Ya pasó.

Respiró con trabajo, suspiró más tranquilo.

—Pasó...

Saltó de la cama. Se tambaleaba. En el exterior se habían ensombrecido un poco el cielo y el mar. El camarote estaba obscuro del todo, como si fuese de noche. Sólo al través del tragaluz entraba un extraño fulgor verde, un reflejo turbio y pobre, que no alumbraba. Golder buscó su abrigo a tientas, se vistió, salió. Llevaba las manos extendidas hacia adelante, como un ciego. A cada golpe de mar se estremecía todo el barco, se encabritaba y caía, lo mismo que si fuera a desaparecer y sepultarse en el agua. Subió con mucho esfuerzo la escalerilla recta y casi vertical que iba a dar a la cubierta.

—¡Cuidado, camarada, que allí arriba hace mucho viento!—le dijo un marinero que bajaba corriendo.

Y echó a la cara de Golder una tufarada de aguardiente.

—Esto baila mucho, camarada.

—¡Ya estoy acostumbrado!—gruñó secamente David.

Pero le costó trabajo llegar a la cubierta. Gol-

peaban el buque unas olas enormes. En un rincón, bajo una lona empapada de agua, los *churun-burun*, acostados en montón, oprimiéndose unos contra otros, temblaban como tristes e inmóviles reses. Uno de ellos levantó la cabeza al ver a Golder y gritó unas palabras lastimeras y penetrantes que se perdieron entre los ruidos. Golder le dijo por señas que no había oído. El hombre repitió sus palabras con más fuerza, crispando su lívida cara, en la cual se movían unos ojos relucientes. Luego tuvo náuseas, volvió a caer violentamente al suelo y se quedó tumbado, sin moverse, encima de su pellejo de carnero, entre los fardos de mercancías y los hombres acostados.

Pasó Golder.

A poco tuvo que detenerse. Permanecía de pie, encorvado hacia un lado, como un árbol torcido por la fuerza del viento, tendiendo la cara, percibiendo en los labios un sabor penetrante de sal y de amargor marinos. Pero no conseguía abrir los ojos; se aferraba con ambas manos a una barra de hierro húmeda y helada, que le entumecía los dedos.

A cada momento parecía que se iba a hundir el barco, a destrozarse bajo la pesadumbre del mar, y de sus costados ascendía un quejido prolongado, desgarrador, que a veces dominaba el estruendo del viento y de las olas.

—¡ Vaya !—pensó Golder—. ¡ Sólo me faltaba esto !

Así y todo, no se movía. Dejaba, con inexplicable satisfacción, que la borrasca azotara su viejo cuerpo. El agua del mar, mezclada con la de la lluvia, humedecía sus mejillas y sus labios; sus cejas y sus cabellos estaban tiesos de sal.

De pronto oyó muy cerca de él una voz que gritaba; pero las palabras se las llevaba el viento. Abrió con trabajo los ojos y pudo ver confundidamente a un hombre doblado por la mitad del cuerpo, que se agarraba a la barra de hierro, rodeándola con los dos brazos.

Saltó hasta los pies de Golder una ola. Notó él que se le metía el agua en los ojos y en la boca, y retrocedió a escape. Le siguió el otro hombre. Bajaron con bastante dificultad, lanzados a cada paso contra las paredes. El otro hombre murmuraba, en ruso, con voz aterrorizada:

—¡ Qué tiempo !... ¡ Qué tiempo, Dios mío !...

La obscuridad era muy densa. Golder no veía más que una especie de gabán largo, que llegaba al suelo; pero reconocía aquel acento cantarín que modulaba las palabras como una melopea.

—¿ El primer viaje por mar ?—preguntó—. ¿ *A Yid* ? (¿ Eres judío ?)

El hombre se rió nerviosamente.

—Sí—dijo con animosa precipitación—. ¿Y usted también?

—Yo también—dijo Golder.

Estaba sentado en un diván de terciopelo deteriorado por el uso que había junto a la pared. El hombre permanecía de pie ante él. Con sus entumecidas manos buscó Golder su petaca en el bolsillo de la americana, y la tendió, abierta.

—Toma.

Al encender el fósforo lo levantó un poco y pudo verle la cara, inclinada, joven, casi de adolescente, pálida, con una nariz larga y triste, el pelo crespo, lanudo, negro, y los ojos enormes, inquietos, líquidos y febriles.

—¿De dónde eres?

—De Kremenz, señor; de Ukrania.

—Lo conozco—murmuró David.

Antaño era un pueblo miserable donde pululaban entre el barro cerdos negros confundidos con chiquillos judíos. Aquello debía de haber cambiado mucho.

—¿De modo que te vas?... ¿Para siempre?

—Sí.

—Ahora ya no es cosa de irse. Eso era bueno en mi tiempo.

—¡Ah, caballero!—dijo el judío con su acento cómico y doloroso al mismo tiempo—. ¿Acaso

cambian las cosas alguna vez para nosotros? Yo soy un joven honrado, caballero, y anteayer salí de la cárcel. ¿Por qué? Me dieron el encargo de que enviara desde el Sur a Moscú un vagón de «Montpensier», ya sabe usted, esos bombones de fruta... Era en verano, y toda la mercancía se derritió en el camino, a causa del excesivo calor. Cuando llegué a Moscú, los bombones, deshechos, se habían escurrido por las rendijas de las cajas. ¿Tenía yo la culpa? He estado en la cárcel diez y ocho meses. Ahora me veo libre y quiero irme a Europa.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez y ocho.

—¡Ah!—dijo Golder lentamente—. Casi la misma edad que yo tenía cuando me fuí.

—¿Es usted de este país?

—Sí.

Calló el muchacho. Fumaba ávidamente. En medio de la obscuridad veía Golder el movimiento de sus manos, inquietas, iluminadas por la roja lumbre del pitillo.

Volvió a preguntar:

—La primera travesía, ¿eh?... ¿Y adónde vas así?

—A París, para empezar. Tengo allí un primo, sastre, establecido antes de la guerra. Pero en cuanto reuna un poco de dinero me iré a Nueva

York, ¡a Nueva York!—repitió fervorosamente—. ¡Allá!

Golder no le veía. Se limitaba a acechar, con una especie de placer sordo y doloroso, los movimientos de las manos y de los hombros del muchacho, de pie delante de él. Aquellas incessantes vibraciones de todo el cuerpo; aquella voz que se apresuraba, que se comía las palabras; aquella fiebre, aquella fuerza joven y nerviosa... También él tuvo la juventud ávida y exuberante de su raza... ¡Qué lejos todo ello!

Preguntó de pronto:

—¿Sabes que vas a morirte de hambre?

—¡Estoy acostumbrado!

—Sí, pero allá es más difícil...

—¡Qué importa! ¡Pronto se pasa!

Golder soltó inopinadamente una carcajada seca y restallante como un latigazo.

—¡Ah! ¿Tú crees eso?... ¡Imbécil!... No pasa pronto. Dura años, y años, y años. Y al final no se logra, después de todo, una ventaja grande.

El mozo murmuró en voz baja, ardiente:

—Al final... es uno rico...

—Y luego revienta uno—replicó Golder—solo, como un perro, lo mismo que ha vivido siempre...

Calló y echó la cabeza atrás, sofocando un gemido. ¡Otra vez aquel dolor de martirio en el

hoyo del hombro y la angustia del corazón, que parecía que fuera a interrumpir sus latidos!...

Oyó murmurar al muchacho :

—¿Se siente usted mal?... Es el mareo...

—No—dijo Golder con voz débil, que tropezaba en las palabras—, no... Estoy enfermo del corazón... El mareo... ¿Lo ves?

Respiró trabajosamente. Le hacía daño hablar... le desgarraba la garganta...; pero, por otra parte, ¿qué podía importarle a aquel necio lo pasado, su pasado?... Ahora era muy diferente la vida... más cómoda... Además, le tenía sin cuidado aquel joven judío...

Murmuró con voz débil :

—Mira; el mareo y todas estas tonterías... cuando hayas rodado por el mundo, como yo... ¡Ah! ¿De modo que quieres hacerte rico?

Y añadió más bajo :

—Mírame bien. ¿Crees que vale la pena?

Dejó caer la cabeza sobre el pecho. Por un instante le pareció que se alejaban el rumor del mar y el del viento, que se convertían en un murmullo musical y confuso... De pronto oyó la voz espantada del muchacho, que gritaba : «¡ Socorro !» Se puso de pie, se tambaleó mucho y luego, con las manos extendidas, rasgó el aire, el vacío. Se desplomó a tierra.

CAPITULO XXX

Pasado algún tiempo surgió a medias de las tinieblas, como de unas aguas profundas. Estaba acostado en su camarote, tumbado de espaldas. Alguien le puso debajo de la nuca un gabán enrollado y le desabrochó la pechera de la camisa. Al principio creyó que estaba solo. Luego, al volver la cara febrilmente, oyó la voz del joven judío tras él :

—Señor...

Golder trató de moverse y se acercó el muchacho.

—¿Está usted mejor?

Durante algún tiempo movió David los labios como si se hubiera olvidado de la forma y del sonido de las palabras humanas. Por último murmuró :

—Enciende.

Cuando estuvo encendida la luz eléctrica, sus-

piró, se movió, dejó escapar un gemido y buscó en el pecho con tanteos pesados y maquinales el sitio del corazón; pero sus manos volvían a caer. Dijo unas cuantas palabras confusas en un idioma extranjero y luego pareció que volvía en sí del todo. Abrió los ojos y con voz sorprendentemente clara dijo:

—Ve a llamar al capitán.

Se fué el muchacho. Golder se quedó solo. Gemía un poco cuando golpeaba al barco alguna ola más fuerte que las demás. Pero el balanceo se calmaba poco a poco. La luz del día brilló en el cristal del redondo ventanillo. Golder, agotado, cerró los ojos.

Cuando entró el capitán, un hombre gordo y ebrio, parecía que estaba durmiendo.

—¿Qué? ¿Se ha muerto?—preguntó el griego olasfemando.

Golder volvió hacia él su cara demacrada, sin color, su boca lívida y arrugada, y murmuró:

—Pare usted... el barco...

Al ver que el capitán no contestaba, repitió, más alto:

—¡Pare usted! ¿No me ha oído?

Sus ojos, bajo los párpados medio cerrados, temblorosos, tenían un brillo tal, que el capitán se confundió y dijo como si hablara con un hombre vivo:

—¡ Está usted loco !

—Pagaré lo que sea... le daré a usted mil libras...

El griego refunfuñó :

—¡ Vaya ! Ha perdido el juicio... ¡ Ya empezamos !... ¡ El diablo me lleve !... ¿ Por qué habré admitido eso ?

Golder mascullaba :

—La tierra...

Y luego :

—¿ Acaso quiere usted que me muera aquí, solo, como un animal ? ¡ Perros !...

Después unas palabras que no entendió nadie.

—¿ No hay médico a bordo ?—preguntó el muchacho.

Pero el capitán estaba ya lejos.

Se acercó el joven a David, que jadeaba, con una precipitación alarmante.

—Tenga usted un poco de paciencia—le dijo con dulzura—. Pronto llegaremos a Constantinopla... Ahora navegamos más de prisa... Ha pasado la tempestad... ¿ Conoce usted a alguien en Constantinopla ? ¿ Tiene usted allí familia ? ¿ Alguien ?

—¿ Qué ?—murmuraba Golder—. ¿ Qué ?

Sin embargo pareció que al fin comprendía ; pero se limitó a repetir :

—¿ Qué ?

Y se calló.

El mozo continuaba cuchicheando nerviosamente :

—Constantinopla... Es una ciudad grande... y allí le cuidarán a usted bien... y se curará pronto... No tenga miedo.

Pero en aquel momento comprendió que el anciano Golder estaba en las últimas. De su atormentado pecho salió por primera vez el sordo estertor de la muerte.

Aquello duró cerca de una hora. El muchacho temblaba, pero no se iba de allí. Escuchaba el movimiento del aire en la garganta del moribundo, que producía un gruñido rudo, hondo, un ruido incomprensible, como si ya habitara aquel cuerpo una vida extraña. Y pensó :

—Un momento... un momento nada más, y se acaba todo... Le abandonaré... porque ni siquiera sé, ¡Dios mío!, cómo se llama.

Luego miró la cartera, repleta de dinero inglés, que dejó caer en el suelo al acostarle. Se inclinó, la recogió, la entreabrió; dió un suspiro, y conteniendo el aliento la puso suavemente en la abierta mano, una mano enorme, pesada, fría, muerta ya.

—¡Quién sabe! Así... Puede recobrar el sentido algún momento antes de morir... Acaso quiera dejarme ese dinero... ¡Quién sabe! ¿Quién es

capaz de saberlo? Yo soy quien le ha traído aquí. Está solo.

Volvió a esperar. A medida que llegaba la noche se calmaba el mar. El barco se deslizaba sin brusquedades. Había desaparecido el viento.

—Vamos a tener una buena noche—pensó el muchacho.

Adelantó la mano. Tocó la muñeca que pendía delante de él; latía tan débilmente, que casi predominaba el ruido del reloj de su pulsera de cuero. Pero Golder seguía viviendo. El cuerpo tarda mucho en morir. Vivía. Abrió los ojos. Habló. Entretanto, dentro de su pecho hervía el aire con un rumor siniestro, indiferente, como el de un torrente al caer. El muchacho le oía, inclinado sobre él. Golder dijo unas cuantas palabras en ruso, y de pronto se puso a hablar en *Yiddisch*, la olvidada lengua de su infancia, que acudía inesperadamente a sus labios.

Hablaba de prisa, farfullando con voz extraña, interrumpida por largos silbidos roncós. De cuando en cuando se detenía, se llevaba las manos a la garganta y las movía como quitándose un peso invisible. La mitad de su cara estaba ya inmóvil, con un ojo entornado, vidrioso y fijo; pero el otro vivía, fulguraba. El sudor corría sin cesar a lo largo de su mejilla. Quiso enjugárselo el muchacho, pero Golder gimió:

—Déjame... No vale la pena... Escucha : cuando llegues a París vete a casa del notario Seton, que vive en la calle de Auber, número veintiocho. Dile : David Golder ha muerto. Repite. Repítelo otra vez : Seton, el notario Seton. Dale todo lo que hay en mi maleta y en mi cartera... Dile que haga cuanto pueda en favor de mi hija... Luego irás a casa de Tübingen... Espera...

Jadeaba. Sus labios se movieron, pero el muchacho no le oyó ya. Se acercó tanto a él que sentía en su boca el olor de la fiebre, el aliento del moribundo.

—Escribe—dijo al fin Golder— : Hotel Continental. John Tübingen. Hotel Continental.

El muchacho sacó a escape del bolsillo una carta antigua, rompió el sobre y escribió en él las dos direcciones. Con voz que se apagaba, le ordenó el agonizante :

—Dile que David Golder se ha muerto ; que le ruego que arregle... para mi hija... que tengo confianza en él, y...

Se calló. Sus ojos zozobraban, se llenaban de sombras.

—Y... No. Nada más que eso... Nada más... Así está bien.

Miró el papel que el mozo tenía en la mano.

—Dámelo... que quiero firmar... Será mejor...

—No va usted a poder—dijo el otro.

Sin embargo, cogió la mano de Golder y deslizó el lápiz entre sus débiles dedos.

—No va usted a poder—repitió.

El moribundo murmuraba : «Golder... David... Golder...» con una especie de extravío, de terquedad aterrorizada. Su nombre, las sílabas que lo constituían, sonaban de seguro en sus oídos como palabras desconocidas de un idioma extraño. No obstante, consiguió firmar.

Aún dijo :

—Te doy todo el dinero que llevo encima. Pero júrame que harás exactamente todo lo que te he dicho.

—Lo juro.

—Ante Dios, que te oye—insistió Golder.

—Ante Dios.

Alteró sus facciones una contracción repentina, y por ambos lados de la boca empezó a salir sangre, que le caía en las manos. Cesó el estertor. El muchacho preguntó en voz alta, muy apurado :

—¿Me oye usted todavía, señor?

Todo el resplandor de la tarde, al dar en el tragaluz, se proyectaba sobre aquel rostro decaído. Estremecióse el muchacho. Aquello sí que era el fin. Se había quedado la cartera abierta, bajo la mano extendida. La cogió apresuradamente ; contó el dinero que había en ella ; se la guardó en

el bolsillo y se puso el sobre con las dos direcciones en el cinto, pegado a la piel.

—¿Habrá muerto al fin?

Metió la mano por la abertura de la camisa; pero le temblaban tanto los dedos, que no consiguió percibir los latidos del corazón.

Se separó de él. Como si temiese despertarle, retrocedió de espaldas y de puntillas, hasta llegar a la puerta. Luego, sin volverse, echó a correr.

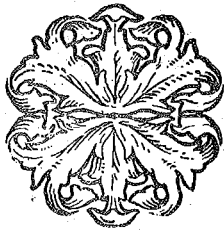
Golder se quedó solo.

Tenía el aspecto y la fría inmovilidad de los cadáveres. Sin embargo, aún no se había apoderado de él la muerte por completo, de una vez, como una oleada. Sintió que perdía la voz, el calor humano, la conciencia de lo que había sido... Pero conservó la mirada hasta lo último. Vió caer sobre el mar la luz del sol poniente. Vió cómo brillaba el agua.

En el fondo de su ser no dejaron de pasar figuras, hasta que dió el último suspiro, más débiles y más pálidas a medida que llegaba la muerte. Hubo un momento en que le pareció que palpaba el cabello y la carne de Joyce. Luego se separó ella, mientras él se hundía más en las tinieblas; le abandonó. Por última vez le pareció oír su risa, suave y leve, como un cascabel lejano. Después se olvidó de ella. Vió a Marcos. Caras,

formas confusas, como arrastradas por la corriente, daban vueltas un momento a la luz del crepúsculo y desaparecían. A lo último sólo quedó un trozo de calle oscura, con una tienda iluminada, una calle de su niñez, una vela encendida tras un vidrio helado, la noche, la nieve que caía, y él mismo... Sintió en su boca los copos de nieve densa que se derretían con su sabor de hielo y de agua, como antaño... Oyó que le llamaba: «¡David! ¡David!», una voz ahogada por la nieve, por el cielo nublado y por la obscuridad; una voz débil que se perdía y se rompía de pronto, como tragada por la revuelta de un camino. Fué el último sonido terrestre que llegó hasta él.

FIN



Printed in Spain.

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

